



Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Facultad de Filosofía y Letras

Colegio de Antropología Social

**Vulnerabilidad social, trabajo y educación. El caso de las niñas y niños jornaleros
agrícolas migrantes en la finca Tlan Makán, Sierra Norte de Puebla**

Tesis presentada para obtener el título de Licenciatura en Antropología Social

Presenta: María José Sánchez García

Director de tesis: Dr. Luis Jesús Martínez Gómez

Mayo 2019

Índice

Índice de Figuras	4
Agradecimientos	5
Introducción	6
Objetivo general	10
Objetivos particulares	10
Hipótesis	10
Organización de la tesis	12
Capítulo 1. Marco teórico y metodológico	14
1.1 La transformación del campo rural y sus actores.....	16
1.2 Desigualdad y vulnerabilidad	18
1.3 Vulnerabilidad social	20
1.4 Vulnerabilidad e infancia.....	24
1.5 Vulnerabilidad y migración	26
1.6 Vulnerabilidad y trabajo	28
1.7 Vulnerabilidad y educación	32
1.8 Metodología	34
1.8.1 Unidad de análisis	35
1.8.2 Selección de la muestra.....	36
Capítulo 2. Contexto etnográfico	38

2.1 La migración interna en México	38
2.1.1 Población jornalera agrícola migrante	42
2.2 Contexto estatal, regional y municipal.....	44
2.2.1 Estado de Puebla	44
2.2.2 Sierra Norte de Puebla	45
2.2.3 Jopala	50
2.3 La Finca Tlan Makán	53
2.3.1 Devenir de la finca	54
2.3.2 Acceso a la finca	56
2.3.3 División espacial de la finca	58
Capítulo 3. Vulnerabilidad social dentro del espacio laboral en la finca Tlan Makán	62
3.1 La división social del trabajo	63
3.2 Los jornaleros agrícolas	69
3.2.1 Totonacas, nahuas y mestizos	75
3.2.2 La llegada e instalación en la finca	77
3.3 La jornada laboral	78
3.4 El proceso de inserción de niños y niñas al trabajo	85
Capítulo 4. Experiencias educativas de niñas y niños en la finca Tlan Makán: vulnerabilidad y exclusión social.....	96
4.1 Las condiciones de educabilidad en las comunidades de origen de las niñas y niños jornaleros agrícolas	97

4.2 Las condiciones de educabilidad en la finca Tlan Makán	103
4.2.1 El PRONIM y el PíEE	103
4.2.2 Las condiciones de base del PíEE en la finca Tlan Makán.....	105
4.2.3 Vicisitudes y aciertos del PíEE en la finca Tlan Makán.....	111
Conclusiones.....	116
Bibliografía.....	126
Anexos.....	136

Índice de figuras

Figura 1. Migración interna en México 2005-2015

Figura 2. Principales rutas migratorias y tipo de desplazamiento para el trabajo agrícola

Figura 3. Grado de marginación por municipio, Región I, Puebla, 2010.

Figura 4. Municipio de Jopala: localidades e infraestructura para el transporte

Figura 5. Pobreza en los municipios de la zona de la finca Tlan Makán, 2010

Figura 6. Mapa de la finca Tlan Makán y localidades de origen aledañas

Figura 7. Croquis de la división espacial de la sección B2 de la finca Tlan Makán

Figura 8. Estructura de la división social del trabajo en la finca Tlan Makán

Agradecimientos

Quiero agradecer a las niñas, niños y familias jornaleras agrícolas que me permitieron aprender con ellos, acompañarles en la jornada diaria, trabajando, jugando, aprendiendo y reflexionando. Sin ustedes, este trabajo de investigación no hubiera sido posible. A los encargados de sección, los trabajadores del beneficio y de la cocina de la finca, por su amistad y compañía durante mi estancia. Y a los promotores del PíEE, especialmente a Caro, por permitirme acercarme a las prácticas educativas en la finca Tlan Makán.

Gracias a la cadena de personas que me dieron acceso al espacio de estudio y las primeras luces sobre la realidad de los trabajadores agrícolas en la Sierra Norte de Puebla: Consuelo García, Jordán Miranda, Elga Valeriano y Rafael Casco. Y a don Faustino y a la finca Tlan Makán por facilitarme la estancia en la misma para llevar a cabalidad la investigación de campo.

De manera especial, quiero agradecer al Doctor Luis Jesús Martínez Gómez, por su acompañamiento en el proceso de investigación, y su clara y paciente guía como director de este trabajo de tesis. Gracias a los lectores de este trabajo, la Doctora Isaura C. García López y el Doctor Luis Arturo Jiménez Medina, por su tiempo y comentarios. Así también, un gran agradecimiento al Colegio de Antropología Social y a sus profesores por los conocimientos, herramientas y habilidades adquiridas, que me han formado no sólo para llevar a cabo esta investigación, sino para desarrollarme profesional y personalmente.

Un agradecimiento a la Colectiva Infancias por la inspiración y el acercamiento al estudio de las experiencias de niñas y niños del sur global, y por la perspectiva fresca y crítica en el trabajo de investigación con la niñez.

Y finalmente, gracias enormes a mi familia, en especial a mis papás Maleni y Polo, por ser pilares de apoyo y acompañamiento incondicional; a mis hermanas por ser alegría en mi vida, a Ángel por ser ánimo en este proceso, y a mis amigos y compañeros, por lo aprendido y compartido juntos.

Introducción

El presente trabajo de investigación antropológica aborda las experiencias de niños y niñas jornaleros agrícolas, de la migración y el trabajo que realizan junto con sus familias y amigos, y de su relación con la educación, en el contexto de la finca cafetalera Tlan Makán, Sierra Norte de Puebla. Cabe señalar que el trabajo de investigación fue realizado entre mayo de 2015 y enero de 2017, recuperando como eje central el concepto de vulnerabilidad social para el análisis de esta realidad.

Puedo decir que mi interés por la niñez como alteridad, fue uno de los primeros ejes que comenzaron a dar forma a este trabajo de investigación. Me pareció de gran importancia escuchar su voz, conocer y comprender su perspectiva, su papel en la vida social y cultural, así como reconocer su capacidad para dar cuenta de sus historias y experiencias.

Como parte de mi inmersión al tema, en primer lugar encontré textos que me ayudaron a entender la percepción y la conceptualización que como sociedad hacemos de la infancia, observando la necesidad de reconocer que niños y niñas no son sujetos pasivos, sino poseedores de conocimiento que desempeñan un papel activo en su medio social. A su vez, dichas lecturas permitieron aproximarme desde las ciencias sociales, de una manera más amable, tanto teórica como metodológicamente al tema de la niñez, destacando sus experiencias en contextos de migración rural (Corona y Gáal, 2009; Chacón, 2015; Ortiz, 2007).

Ahora bien, con el propósito de profundizar y clarificar la indagación de problemáticas que involucraran a sujetos niños y niñas en relación a la ruralidad y la migración, decidí ingresar a uno de los seminarios de investigación en el Colegio de Antropología Social: Nueva Ruralidad y Procesos Migratorios.

Así, encontré que había una considerable cantidad de niños y niñas repatriados que presentaban dificultades para integrarse en la escuela, debido a las configuraciones y reconfiguraciones culturales propias del proceso migratorio (López, 1999). Al mismo tiempo, observé que los obstáculos y encuentros entre culturas podían encontrarse en contextos de migración interna, acompañados de otros fenómenos como el trabajo infantil (Weller, 2000), problemática que desde un inicio captó mi atención.

Para comprender las causas profundas de este tipo de problemas, se hizo necesaria una indagación del fenómeno migratorio interno en México y de sus diversas modalidades – del campo a la ciudad, del campo al campo, temporal, estacional, entre otras–, así como de los sujetos involucrados en estos procesos, incluidos los jornaleros agrícolas. En consecuencia, el seminario antes mencionado, me ayudó a entender los efectos que surtió el proceso de modernización e industrialización a mediados del siglo XX en América Latina, provocando justamente el incremento en la movilidad territorial, así como una serie de desequilibrios entre el campo y la ciudad (Arizpe, 1978).

Asimismo, la lectura de Prud'homme (1995), esclareció la manera en que estos desequilibrios se acentuaron a partir de la década de 1980, culminando con la firma del Tratado de Libre Comercio, reestructurándose la economía de México tanto interna como internacional, en donde se dejó de apoyar a los campesinos y pequeños productores, para favorecer a los de mayor capacidad productiva, lo cual llevó a buena parte de la población agrícola a cambiar sus patrones de cultivo, comportamiento y dinámicas, así como a la introducción de nuevos actores sociales en la migración, como mujeres, niñas y niños.

Aún más, estos nuevos sujetos migrantes no sólo acompañaban a sus familias en el proceso de movilidad territorial, sino que también eran y continúan siendo empleados en diversos sectores productivos, incluido el agrícola más allá de las tareas de autoconsumo familiar, en donde las empresas empleadoras pocas veces acatan las regulaciones en esta materia (Leal, 2011; Muñoz, 2013; Sánchez, 2000; Glockner, 2006; Salinas, 2012). Estamos hablando de la situación que viven los niños y niñas jornaleros agrícolas, un problema que de a poco ha cobrado relevancia tanto en los medios de comunicación como en la academia en México.

Con la intención de profundizar en el tema sobre los niños jornaleros, encontré lecturas como la de López (1999), Weller (2000), Glockner (2006) y García (2010), cuyas reflexiones muestran el fenómeno del trabajo jornalero agrícola infantil de manera cualitativa en diversos contextos dentro de México, coincidiendo en que las condiciones de vida de esta población son precarias, observándose una continua violación a sus derechos humanos, así como una naturalización del fenómeno por parte de las empresas agroindustriales, los

funcionarios y autoridades gubernamentales, la sociedad civil, y de las mismas familias jornaleras.

Al revisar estos textos, cobré interés por el papel que juega la educación en la vida de niños y niñas jornaleros agrícolas; fue así que llegaron a mis manos investigaciones como la de Rojas (2011a, 2011b), quien observa que sólo el 65.1% de esta población asiste con regularidad a la escuela, y casi la mitad de ellos ha repetido o reprobado alguno o varios grados. Aún más, la autora muestra cómo pese a los esfuerzos del Estado y de la Secretaría de Educación Pública por solventar este problema a través del Programa de Educación Básica para Niños y Niñas de Familias Jornaleras Agrícolas Migrantes (PRONIM) esta institución sólo ha logrado atender al 5% de la demanda potencial de tales servicios (*Ibíd.*).

La suma de factores presentes en la condición de los niños y niñas jornaleros agrícolas migrantes hizo necesario un concepto que ayudase a explicar su realidad. En este sentido, fue primordial encontrar el concepto de *vulnerabilidad social*, entendiendo como la susceptibilidad que se tiene al riesgo y al daño, la falta de poder o control, la imposibilidad de cambiar las propias circunstancias, o la desprotección que se experimenta (Feito, 2007).

Otras lecturas sobre el mismo concepto, como Moreno (2008), Filgueira (2001) y González, Ortecho y Molinatti (2013), ayudaron a comprender de manera más profunda este problema de estudio. Al mismo tiempo, encontramos que al caracterizar como vulnerable a una población o individuo como la jornalera agrícola, se promueven políticas de cuidado y protección, pero no de defensa de derechos humanos (*Ibíd.*).

Ejemplo de ello es que el Estado, en vez de buscar hacer valer sus derechos, palía el problema a través de acciones institucionales, políticas públicas y programas de desarrollo social como Oportunidades, PAJA (Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas), ‘Vete sano, regresa sano’, o el arriba referido PRONIM (actualmente operando bajo el nombre de Programa de Inclusión y Equidad Educativa);¹ los cuales presentan múltiples deficiencias sin resolver el problema de fondo (Canabal, 2010).

Aunado a esto, fue de gran utilidad mirar el carácter multidimensional de la migración y los cambios en los mercados de trabajo, en donde se entrelazan una serie de relaciones e

¹ El Programa de Inclusión y Equidad Educativa (PIEE) resultó ser la suma de diversos programas gubernamentales que atendían a distintas poblaciones vulnerables, entre ellos, el Programa de Educación Básica para Niños y Niñas de Familias Jornaleras Agrícolas Migrantes (PRONIM) cuya vigencia fue de 1981 a 2014 (Gobierno de México, 2016).

interacciones entre diversos agentes (trabajadores agrícolas, empleadores, empresas transnacionales, Estado, etc.), mostrando por un lado, las asimetrías que implica la racionalidad de la economía capitalista y por el otro, las negociaciones desde cada situación particular de acuerdo a la edad, género, clase y etnicidad (Sánchez, 2003).

Del mismo modo, se hizo importante enfatizar la complejidad del contexto que enmarca las experiencias de los niños y niñas jornaleros agrícolas migrantes, ligadas a procesos históricos tan persistentes como la migración bajo el modelo del capitalismo neoliberal, así como a una heterogeneidad propia de las condiciones diversas que se viven en los distintos campos agrícolas del país y las características particulares de la población que labora en ellos, abriendo así paso a un panorama mucho más amplio de la situación de vulnerabilidad en relación al trabajo y la educación de este grupo (Rojas, 2011a, 2011b).

Por otra parte, en el proceso de esta indagación pude conectarme con dos ex trabajadores del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA), así como con el coordinador del mismo en Puebla en 2014, quienes me orientaron e introdujeron al contexto de estudio en el Estado, lo cual facilitó la realización del trabajo de campo para esta investigación.

Dicho contexto fue la finca cafetalera Tlan Makán, uno de los más grandes centros agro productores y de atracción de mano de obra en la Sierra Norte de Puebla, la cual ocupa grandes grupos de jornaleros agrícolas, incluyendo familias, niños y niñas. En este sentido, gracias a que los ex trabajadores del PAJA me presentaron a uno de los informantes clave de este trabajo (administrador de la finca) pude acceder a la Tlan Makán, así como acompañar y conocer las prácticas, perspectivas y experiencias de las niñas, niños y familias jornaleras agrícolas en dicha región.

En suma, la revisión bibliográfica me permitió identificar a la finca Tlan Makán como un contexto de estudio propicio para analizar una de las situaciones que experimentan niñas y niños jornaleros agrícolas en México. Dichos elementos incluyeron la inserción y participación de la niñez en el trabajo agrícola jornalero, así como en los procesos migratorios internos en un contexto rural; también condiciones poco propicias para su desempeño escolar, tanto en sus comunidades como dentro de la finca Tlan Makán a través de programas como el PRONIM. Es decir, una serie de condiciones que forman parte de su realidad, y que bien describe la vulnerabilidad social. Aún más, pude comprobar la pertinencia de la delimitación

metodológica, así como de la pregunta y del problema de estudio conduciendo al siguiente planteamiento del problema: ¿Cuáles son los factores que explican la vulnerabilidad social de los niños y niñas jornaleros agrícolas migrantes en relación al trabajo y la educación en la finca Tlan Makán, Sierra Norte de Puebla?

Esta pregunta condujo a plantear los siguientes objetivos generales y particulares:

Objetivo general

Investigar y explicar la condición de vulnerabilidad social de las niñas y niños jornaleros agrícolas migrantes (NJAM) en la finca Tlan Makán, en relación al trabajo y la educación.

Objetivos particulares

- Analizar el contexto migratorio, laboral y educativo en que se insertan los NJAM en la finca Tlan Makán.
- Describir y explicar el proceso de migración e inserción laboral de las niñas y niños jornaleros agrícolas migrantes en la finca Tlan Makán.
- Caracterizar el trabajo que realizan, así como la estructura en que se insertan las niñas y niños jornaleros agrícolas migrantes en la finca Tlan Makán,
- Analizar las formas en que se naturaliza el trabajo de las niñas y niños jornaleros agrícolas migrantes en la finca Tlan Makán.
- Analizar las condiciones de educabilidad de las niñas y niños jornaleros agrícolas migrantes en la finca Tlan Makán.
- Caracterizar las prácticas educativas a las que accede este sector poblacional a través del PIEE dentro de la finca Tlan Makán.

Posteriormente, para poder responder a la pregunta de investigación y cumplir con los objetivos planteados, se propusieron las siguientes hipótesis como guía de esta investigación:

Hipótesis

Consideramos que la vulnerabilidad social de los niños y niñas jornaleros agrícolas migrantes en la finca Tlan Makán es un fenómeno multifactorial y dinámico, cuya explicación puede estar relacionada con una serie de variables tales como la edad, el género, el tipo de migración, el tipo de inserción laboral, la escolaridad, la etnicidad, el lugar de origen de los

jornaleros, la composición de las unidades domésticas, entre otras, pues éstas definen la susceptibilidad al daño o riesgo que puede experimentar este grupo social.

Ahora bien, dentro del espacio laboral y el ámbito educativo, los niños y niñas jornaleros agrícolas migrantes de la finca Tlan Makán son vulnerables por diversos factores. Así por ejemplo:

- La necesidad de obtener un trabajo mejor remunerado, obliga a las familias de jornaleros (incluidos niños y niñas) a migrar por periodos de tiempo indefinidos, desde su comunidad de origen a espacios laborales como la finca Tlan Makán, que pueden ser más o menos hostiles de acuerdo a la pertenencia étnica de los jornaleros (nahuas, totonacos o mestizos) y el dominio del español, a la historicidad laboral de los trabajadores en el corte de café y a las relaciones sociales entabladas dentro de la finca.
- La temprana inserción de niños y niñas a la migración en el marco de un mercado laboral agrícola, temporal e inestable, los expone a largas jornadas de trabajo, que implican peligros relacionados a accidentes, animales ponzoñosos y la exposición a agroquímicos en el espacio laboral. Asimismo, su inserción en el campo agrícola tiene una relación directa con las dificultades que tienen los niños para asistir de manera regular a la escuela, incrementándose los índices de deserción y abandono escolar.
- La composición de la unidad doméstica, específicamente la relación de integrantes en edad productiva y no productiva, repercute por un lado, en el acceso que tienen niñas y niños a la educación, y por otro, en el grado de inserción al mercado laboral agrícola de acuerdo a las necesidades del grupo familiar.
- El Programa de Inclusión y Equidad Educativa que opera en la finca, no logra cumplir con el objetivo de incrementar el acceso a una educación de calidad a poblaciones vulnerables pero, sobre todo, la posibilidad de que los niños y niñas no se conviertan en un futuro en mano de obra barata que se inserte en las agroindustrias, dada la ausencia de una serie de recursos, como profesores capacitados, estrategias pedagógicas multigrado y multilingües, material, así como falta de motivación por parte de niños y niñas, entre otros.

Organización de la tesis

Ahora bien, la investigación aquí presentada está organizada en cuatro capítulos además de la introducción y las conclusiones, los cuales tienen el siguiente orden: 1) Marco teórico y metodológico; 2) Contexto etnográfico; 3) La vulnerabilidad social dentro del espacio laboral en la finca Tlan Makán, y 4) Experiencias educativas de niñas y niños en la finca Tlan Makán: vulnerabilidad y exclusión social.

En el primer capítulo, se presentan los principales enfoques teóricos y conceptos que delimitaron el problema de estudio y orientaron el desarrollo de la investigación, tales como los estudios sobre migración; los procesos de transformación del campo rural y sus actores; la antropología de la niñez, y la *desigualdad* y *vulnerabilidad social*. Así también se aborda la conceptualización de la infancia tanto en la sociedad como en las ciencias sociales; la reflexión sobre el trabajo infantil, y sobre las condiciones de educabilidad de niños jornaleros agrícolas migrantes como objeto de análisis en relación a la vulnerabilidad social.

Finalmente, en este primer capítulo, se describen los lineamientos metodológicos que posibilitaron la investigación, los cuales fueron principalmente cualitativos y antropológicos, añadiendo aportes de otras disciplinas como la geografía cultural, así como herramientas alternas de carácter lúdico para el trabajo con niños y niñas.

A continuación, en el segundo capítulo se realiza una contextualización del problema de estudio retomando datos cuantitativos y cualitativos, documentales y etnográficos, mostrando la complejidad tanto espacial como temporal de lo que es la vulnerabilidad que experimentan los niños y niñas jornaleros agrícolas en la finca Tlan Makán. Para lograr lo anterior, se describe brevemente el fenómeno de la migración interna y de la población jornalera agrícola en México; se realiza una caracterización del Estado de Puebla, de la región Sierra Norte de Puebla y del municipio de Jopala, recuperando aspectos geográficos, demográficos, políticos, históricos, sociales y económicos, dando cuenta de una serie de relaciones establecidas a través del tiempo, que llevan a comprender de mejor manera el contexto etnográfico de la Finca Tlan Makán, la cual también es caracterizada espacialmente.

Ahora bien, el tercer capítulo busca dar cuenta de la vulnerabilidad social que viven familias, grupos de jornaleros agrícolas y particularmente niñas y niños en la finca Tlan

Makán en relación al trabajo productivo, a través de las observaciones hechas en el trabajo de campo y de los testimonios de dichos sujetos. Por tanto, se hace una descripción del proceso migratorio y de inserción laboral de niñas y niños, abordando la estructura en que se insertan, el trabajo que realizan y la manera en que éste se naturaliza, utilizando el mencionado concepto de vulnerabilidad social como eje transversal del análisis de dichos fenómenos.

Para el cuarto capítulo, se abordan las condiciones de educabilidad a las que acceden niños y niñas jornaleros agrícolas, tanto en sus comunidades de origen, como dentro de la finca Tlan Makán a través de iniciativas gubernamentales como el Programa de Inclusión y Equidad Educativa. En este sentido, son recuperados los testimonios de promotores educativos y autoridades de la finca, además de los de niños, niñas y familias, mismos que en conjunción con las perspectivas de otros autores, muestran una serie de factores que impiden que el derecho a la educación sea una garantía para los sujetos de este estudio, repercutiendo no sólo en su desempeño académico y escolar, sino también en su curso de vida. De la misma manera que en el tercer capítulo, la vulnerabilidad social funge un papel importante para acercarnos a comprender la realidad que experimentan niños y niñas jornaleros agrícolas en el ámbito educativo.

Finalmente, en el capítulo de conclusiones se hace un recuento de las diversas aristas de la vulnerabilidad social que experimentan los niños y niñas jornaleros migrantes; de los aportes de esta investigación en las ciencias sociales y en la antropología; de las dificultades y limitaciones que se encontraron al realizar la misma; y de los horizontes y nuevas rutas de investigación en torno a la realidad social de los mencionados sujetos de estudio.

Capítulo 1. Marco teórico y metodológico

En este capítulo se exponen las principales teorías y conceptos que fueron usados a fin de comprender y explicar la vulnerabilidad social que experimentan los niños y niñas jornaleros agrícolas migrantes en relación al trabajo, la migración y la educación en la finca Tlan Makán, Sierra Norte de Puebla. Asimismo, se presentan los lineamientos metodológicos utilizados durante la realización de esta investigación, especialmente al momento del trabajo de campo.

Por tanto, el capítulo está compuesto de ocho apartados: 1) La transformación del campo rural y sus actores; 2) Desigualdad y vulnerabilidad; 3) Vulnerabilidad social; 4) Vulnerabilidad e infancia; 5) Vulnerabilidad y migración; 6) Vulnerabilidad y trabajo, y 7) Vulnerabilidad y educación 8) Metodología

En el primer apartado, hablaremos sobre las transformaciones del campo rural mexicano y sus actores que surgieron a raíz de las políticas de ajuste de corte neoliberal a nivel nacional e internacional en la década de 1980, cuyas dinámicas han cambiado tanto la estructura económica, social y política del país, como las prácticas culturales de subsistencia de las familias e individuos del agro mexicano. Para dicha labor, retomaremos las reflexiones de Prud'homme (1995), Arizpe (1978) y De Grammont (2010).

Paralelamente, en el segundo apartado se volverá la mirada hacia los planteamientos de Moreno (2008) y Filgueira (2001) para abordar el concepto de desigualdad social en el análisis de la realidad social latinoamericana, así como los estudios y conceptos que surgieron a partir de este debate en las ciencias sociales, tales como las nociones de indicador social, pobreza y línea de pobreza, necesidades básicas, vulnerabilidad social, marginalidad y exclusión social.

Para comprender mejor el contexto en que surge el concepto de vulnerabilidad social, así como su utilidad en esta investigación (como una herramienta para analizar las relaciones desiguales en las que participan niños y niñas jornaleros), en el tercer apartado revisaremos de nueva cuenta a Filgueira (2001) y Moreno (2008), así como a Feito (2007) y Gonzáles, Ortecho y Molinatti (2013).

Posteriormente, en el cuarto apartado, haremos un recuento de cómo ha sido conceptualizada la infancia en la sociedad occidental y de cómo la antropología ha abordado a este grupo etario a través de autores como Chacón (2015) y Ortiz (2007). Así mismo, abordaremos las nuevas propuestas desde esta disciplina y desde otras como la geografía cultural, y delimitaremos la manera en que conceptualizamos a las niñas y niños a lo largo de esta investigación.

En el quinto apartado, abordaremos a la migración como un factor relacionado a la vulnerabilidad social en contextos como el de la finca Tlan Makán, revisando a autores como Arizpe (1978) y Petit (2003); resaltaremos el carácter rural-rural (Rivera, 2007), familiar y temporal que puede tener la movilidad espacial en el agro mexicano, y analizaremos otros factores como la pobreza (Guzmán y León, 2002), el cambio en los mercados laborales agrícolas (Sánchez, 2000) y el papel que juega pertenecer a un grupo étnico y etario en este proceso (Sánchez, 2003; Valdés, 2011).

A la postre, en el sexto apartado hablaremos de la repercusión que los cambios en la economía y en la estructuración productiva tuvieron para las familias campesinas, donde la pluriactividad, la participación laboral y monetaria femenina, y la venta de su fuerza de trabajo en el campo se han vuelto inevitables, así como la inserción de niñas y niños al mercado laboral. Para el abordaje de este debate, se hará uso de autores como Arias (2009), Guzmán y León (2002), Sánchez (2000 y 2003), Moreno (2008), García (2010) y Glockner (2006).

Por otro lado, en el séptimo apartado, revisaremos los programas educativos de la Secretaría de Educación Pública (SEP) que han buscado atender a niños y niñas migrantes que acompañan y/o trabajan con familiares, amigos o paisanos fuera de su terruño. Particularmente, revisaremos el Programa de Educación Primaria para Niñas y Niños Migrantes (PRONIM), y el Programa de Inclusión y Equidad Educativa (PIEE) (Rojas, 2011b; y Ocampo y Peña, 2013). Asimismo, abordaremos conceptos como *condiciones de educabilidad* y *estudiante migrante* (Leal, 2011), como herramientas de análisis de la realidad vulnerable de niñas y niños migrantes y trabajadores en relación a la educación.

Finalmente, el octavo apartado da cuenta de la metodología empleada para la realización de este trabajo de investigación, la cual fue esencialmente cualitativa, utilizando herramientas propias de la antropología social como la observación directa y participante, y las entrevistas semiestructuradas y abiertas (Hernández, Fernández y Baptista, 2006). Asimismo, fueron recuperados los planteamientos de autores como Ortiz (2007), Convención sobre los Derechos del Niño (1989), Corona y Gáal (2009) y Glockner (2006), para abordar a la niñez como sujeto de estudio. De igual modo, en este apartado se describe a la unidad de análisis y se caracteriza la selección de la muestra.

1.1 La transformación del campo rural y sus actores

Con el objetivo de presentar el contexto en el que más niños se han incorporado a los mercados de trabajo rural, recuperamos la propuesta de Prud'homme (1995), que expone el proceso de reestructuración del campo definida a partir de la década de los '80, conduciendo al empobrecimiento de la gran mayoría de campesinos, incrementándose la migración y el surgimiento de nuevos actores como los jornaleros agrícolas.

El modelo de desarrollo y el sistema de representación de intereses en el México Posrevolucionario poseían un vínculo estrecho, otorgándole cierta estabilidad política y económica al gobierno y la sociedad en general. Sin embargo, en la década de 1980, estos dos modelos entraron en crisis, arriesgando su estabilidad al interior del país, generando un proceso de reestructuración que devino en la redefinición de los roles del Estado frente a los sectores agrícola e industrial, bajo los efectos de los cambios que se suscitaron en el mercado internacional (Prud'homme, 1995).

Ciertamente, esta crisis fue inducida por el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones –durante la década de los setenta– que durante el régimen posrevolucionario mantuvo la estabilidad financiera, permitiendo el crecimiento económico del país. Cabe decir, que este modelo fue la base de las relaciones del Estado con los sectores agrícola e industrial, empero, su agotamiento –provocado por una serie de factores a nivel nacional e internacional– daría como resultado el rompimiento de las relaciones entre el Estado, el sector agrícola e industrial (*Ibíd.*)

Como efecto de este resquebrajamiento, el Estado dejaría de ser el protector de la industria y el sector rural. De hecho, para el Estado el campo dejó de ser uno de los principales

sectores de crecimiento y desarrollo del país. Bajo este contexto preciso de inestabilidad macroeconómica, el Estado buscó establecer nuevas reglas del juego durante la década de 1980, destacándose la “aplicación de políticas de ajuste de corte neoliberal”, a fin de recuperar el crecimiento económico de años atrás (*Ibíd.*, p. 8).

Estas políticas incluían el cambio de la estructura de precios relativos, la contracción del gasto público, el retraimiento de la participación del Estado en la economía, la redefinición del rol de la inversión extranjera en el desarrollo de la misma, la concentración de precios e ingresos entre los principales agentes económicos, la apertura comercial de México a través de la firma del Tratado de Libre Comercio con América del Norte, etc. En suma, ocurrió una redefinición del funcionamiento macroeconómico del país (Prud’homme, 1995).

El efecto que causarían estas políticas en el sector rural se vería reflejada en 1989 a través de la reforma de la política agropecuaria y la legislación sobre la tenencia de la tierra (que puso fin al reparto agrario), estableciendo así, el nuevo papel económico del agro mexicano, ya no vinculado a la inversión de capital por parte del Estado, sino bajo la relación del sector privado (*Ibíd.*). Al respecto, Glockner señala la importancia que tuvo la adhesión de México al Tratado de Libre Comercio, pues acentuó “el deterioro económico, ecológico y agrícola de las regiones indígenas y campesinas de México [en donde] uno de cada seis campesinos tuvo que abandonar sus tierras tan solo como consecuencia de la importación mexicana de maíz estadounidense barato” (2010, p. 2). Con base en lo anterior, observamos una diversificación y complejización del agro que incluye la dilución de las fronteras de lo rural con lo urbano y la polarización de la estructura productiva (Prud’homme, 1995).

Esta polarización fue determinada de acuerdo al acceso que se tenía al riego, y la capacidad productiva de los campesinos. De los menos productivos surgió un sector informal urbano “producto de la incapacidad de la industria y los servicios, de absorber a la población ‘excedente’ en el medio rural en un período de muy elevado crecimiento demográfico” (Prud’homme, 1995, p. 15). Como resultado de dicho proceso cambiaron las bases de subsistencia de la población rural, las unidades domésticas adoptaron nuevas estrategias de sobrevivencia, modificándose también las formas de la vida cotidiana de la población (*Ibíd.*).

En este contexto preciso, la población del sector rural tuvo que darse a la tarea de buscar nuevos modos de subsistencia, impulsando la migración no sólo rural-urbana, sino

también rural-rural. Aún más, podemos reconocer que una de las causas por la que los sujetos migran en América Latina, es la búsqueda de movilidad social, dada su condición de desempleo y subempleo (Arizpe, 1978).

Asimismo, Prud'homme (1995) y Arizpe (1978) señalan la importancia que ha tenido el Estado en los procesos migratorios, pues a través de sus políticas públicas, prestación de servicios y levantamiento de infraestructura en las grandes urbes, ha favorecido la industrialización capitalista, principalmente de ciertos monopolios internacionales, provocando una concentración de capitales y tecnología en las ciudades industriales, una serie de desequilibrios y desigualdades regionales entre la ciudad y el campo, y consecuentemente, una depresión económica en éste último espacio.

Como fruto de lo anterior, el comportamiento y las dinámicas del mercado del trabajo rural cambiaron, el mercado laboral se tornó insuficiente, precario y flexible; incrementándose la incorporación de nuevos sujetos al mercado, tal es el caso de mujeres y niños (Prud'homme, 1995). Aún más, surgió un esquema migratorio en el que la migración dejó de ser permanente, convirtiéndose en temporal (periodos de corta o larga duración). Además, dos tercios de los hogares rurales dejaron de ser campesinos y sus miembros pasaron a ser parte de una dinámica laboral pluriactiva, siendo trabajadores asalariados en la agricultura, o bien llevando pequeños comercios y diversificando su trabajo en oficios que van de artesanos a albañiles y mecánicos. Lo anterior, sin dejar de ejercer pequeñas actividades de autoconsumo en sus poblaciones de origen a fin de sortear la pobreza (De Grammont, 2010).

En suma, las políticas de ajuste al campo mexicano abatieron la economía campesina en favor de un modelo neoliberal, pero sobre todo, incrementaron los flujos migratorios hacia la Unión Americana o bien hacia ciertas zonas agrícolas y productivas del país. En consecuencia, provocaron una precariedad del trabajo jornalero agrícola, generando un contexto de exclusión y vulnerabilidad social para muchas familias que dependían del cultivo de la tierra para subsistir.

1.2 Desigualdad y vulnerabilidad

Podríamos decir, a riesgo de simplificar, que la vulnerabilidad social representa un concepto que recientemente se ha incorporado como categoría analítica dentro de los estudios de

movilidad espacial, no obstante, constituye un recurso teórico que puede acercarnos a comprender la realidad de los niños jornaleros agrícolas migrantes. Por tanto, creemos pertinente detenernos un momento en su discusión, no sin antes revisar el fenómeno de desigualdad social en los párrafos siguientes.

La desigualdad social ha sido un fenómeno estudiado de manera constante en América Latina. No obstante, este concepto entendido como “cualquier forma observable de distribución dispareja de atributos entre un conjunto de unidades sociales, como pueden ser individuos, grupos, categorías o regiones” (Moreno, 2008, p. 7), ha sido criticado de ser inespecífico y arbitrario, exigiendo así, un marco de referencia lógico y ético que, como Amartya K. Sen plantea, debe asumir lo siguiente:

Todo concepto de desigualdad social comporta [...] una determinación de la *igualdad* que supone resolver dos problemas cruciales: 1) la selección de un *ámbito de evaluación* de la igualdad estimado como relevante (que contesta a la pregunta: *igualdad ¿de qué?*), y, consecuentemente, 2) la referencia a una *exigencia ética* de igualdad en el ámbito de evaluación seleccionado (que contesta a la pregunta: *la igualdad, ¿por qué?*). (Moreno, 2008, p. 8).²

De esta crítica, surgieron nuevos estudios y conceptos, principalmente desde instituciones como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), en un contexto en el que predominaba el interés por la modernización de los países, el desarrollo económico y social, a la vez que se hacía necesario el estudio e identificación de grupos sociales expuestos a una mayor deprivación social³. Para lograr esto último, surgieron tres principales generaciones de conceptos que Carlos Filgueira (2001), agrupó de la siguiente manera:

1ª generación

- *Indicadores sociales*: enfatizaron la importancia de observar la intensidad, organización y estandarización de las medidas de la desigualdad, manifestada en la pobreza y el bienestar.

² Más adelante hablaremos de las variables que componen esta investigación (trabajo y educación), justificando la relevancia de su análisis y de su comprensión en contextos de desigualdad y vulnerabilidad social.

³ Para este término, encontramos la siguiente definición: “Calco de la voz inglesa *deprivation*, que aparece en textos médicos por una mala traducción del inglés. [...] Debe sustituirse por los términos *privación*, *abstinencia*, *falta* o *carencia*, según los casos” (Real Academia Española, 2005)

2ª generación

- *Pobreza y línea de pobreza*: enfocaron la distribución y el consumo material de los sujetos en una sociedad, clasificando a pobres y no pobres en la estructura social.
- *Necesidades básicas*: permitió identificar a la población carenciada partiendo de la revisión de la satisfacción de necesidades a través de los indicadores de bienestar.

3ª generación

- *Vulnerabilidad social*: escapa a la dicotomía de pobre-no pobre, enfocando en su lugar las configuraciones vulnerables, es decir, las que son “susceptibles de movilidad social descendente, o poco proclives a mejorar su condición” (*Ibíd.*, p. 13).
- *Marginalidad*: asocia a los sujetos a un posicionamiento social en el que quedan “fuera de los canales y espacios ‘normales’ y ‘legítimos’ de producción y reproducción social” (*Ibíd.*).
- *Exclusión social*: describe a aquella población que vive en condiciones precarias, ligada inestablemente al mercado laboral, y que progresivamente es aislada del resto de la sociedad dados los vínculos frágiles o inexistentes que tienen con personas e instituciones y con las normas y valores dominantes.

Al interior de los capítulos etnográficos de este trabajo, nos percataremos de que los conceptos referidos en este apartado no se contraponen, sino que pueden ser complementarios; paralelamente, nos serviremos de los mismos, para señalar y contextualizar la marginalidad, la exclusión social, y principalmente la vulnerabilidad social que experimentan las niñas y niños jornaleros agrícolas en la finca Tlan Makán, recuperando de plataformas como el INEGI y otras fuentes diversos indicadores sociales de dicha población, así como caracterizando cualitativamente sus condiciones de vida en el ámbito educativo y laboral.

1.3 Vulnerabilidad social

Dado que el concepto de vulnerabilidad social es central en este trabajo, profundizaremos en la forma en que éste se ha pensado y desarrollado, comenzando por la perspectiva de Feito (2007), quien considera que la vulnerabilidad representa un concepto con múltiples

significados que pueden aplicarse en ámbitos diversos. Para esta autora, la acepción más general del término es la antropológica, pues “hace referencia a la posibilidad del daño, a la finitud y a la condición mortal del ser humano” (*Ibíd.*, p. 7), muestra la susceptibilidad que tenemos todos a sufrir daños físicos, morales o emocionales, y de encontrarnos sin control ante una situación dada.

A pesar de la certeza de este hecho, la misma autora apunta a que esta condición vulnerable “deriva de la pertenencia a un grupo, género, localidad, medio, condición socioeconómica, cultural o ambiente” (*Ibíd.*, p. 8), y puede identificarse como vulnerabilidad social. Al mismo tiempo, Moreno (2008), señala que este concepto permite analizar las relaciones desiguales entre dos o más elementos, e interpretarlas de manera sistemática, multidimensional e integral, y encuentra dos principales abordajes de la vulnerabilidad social: uno caracterizado por su enfoque en la fragilidad de los sujetos, y el otro, en la distribución de riesgos resultado de ciertos procesos, y aunque son claras las particularidades de cada enfoque, considera que ambos coinciden en definir a la vulnerabilidad social como “una *condición* de riesgo o indefensión, la *susceptibilidad* a sufrir algún tipo de daño o perjuicio, o de padecer la incertidumbre” (*Ibíd.*, p. 9), en tres niveles de análisis:

“1) el efecto negativo ejercido por uno o más factores contextuales de fragilidad o riesgo, 2) el ejercicio de parte de individuos o colectivos de determinadas conductas consideradas como riesgosas, y, 3) la presencia de un conjunto de atributos de base (adscritos o adquiridos) que, en principio, asoman como características generatrices de riesgo o fragilidad” (*Ibíd.* p. 10).

La vulnerabilidad social, entendida como fragilidad de los sujetos,

[...] aparece estrechamente vinculada a la identificación de procesos o rasgos estructurales que introducen la percepción de situaciones de *fragilidad, precariedad, indefensión o incertidumbre*, que –en el examen comparado- se configuran como condicionantes dinámicas que afectan las posibilidades de integración, movilidad social ascendente, o desarrollo de las unidades de referencia observadas (*Ibíd.*, p. 5).

Es decir que, por un lado, las unidades sociales “vulnerables” se encuentran en posiciones desfavorecidas e inestables en comparación al resto, a la vez que son susceptibles de atravesar

procesos de *exclusión social*, entendida como la privación de recursos básicos que permiten la integración social.

Es de gran relevancia señalar que, como Feito (2007) afirma, de la condición vulnerable de sujetos o colectivos, surgen comportamientos morales de protección y cuidado, en vez de reclamación de derechos, como lo son muchas de las políticas sociales que palían el problema de la desigualdad social, sin resolverlo de raíz. Asimismo, es importante señalar que la búsqueda por la integración, movilidad social y desarrollo de estos grupos, son “una serie de objetivos cultural y políticamente legitimados” (Moreno, 2008, p. 12) que deben ser expuestos abiertamente.

En cuanto al enfoque en los factores de riesgo, brevemente podemos señalar que el análisis se centra en “la distribución de riesgos que son consecuencia de procesos colectivos de toma de decisión, y que se definen como tales en la medida en que aparecen confrontados a representaciones socialmente construidas de la *seguridad*” (Moreno, 2008, p. 5).

Dado que para la investigación aquí presentada, el enfoque en la fragilidad de los sujetos tiene mayor relevancia, profundizaremos en su definición comenzando por contextualizarlo. Dicho enfoque surgió a mediados de la década de 1990, bajo una persistente desigualdad estructural política, económica y social a nivel mundial, y una inestabilidad económica, crisis del empleo formal e incremento de la pobreza al interior de las naciones ‘en vías de desarrollo’ (González, Ortecho y Molinatti, 2013).

Caroline Moser fue una de las principales autoras e investigadoras de la vulnerabilidad social, que bajo la influencia de los nuevos planteamientos sobre la desigualdad social del economista Amartya Sen, realizó trabajos para el Banco Mundial en donde proponía una explicación de la desigualdad a través del análisis de la vulnerabilidad social en familias y hogares pobres, entendida como el conjunto de limitaciones o desventajas que impiden a las personas el acceso y uso de activos distribuidos en la sociedad. El foco de análisis eran precisamente los activos que poseían y administraban las personas, dando lugar al enfoque de <<activos y vulnerabilidad social>>. Asimismo, la autora propuso el desarrollo de políticas sociales que promovieran las oportunidades de acceso a los activos para los sectores carenciados, fortaleciendo sus lógicas internas de administración. (González, et. al., 2013).

En Latinoamérica, fueron principalmente Ruben Kaztman y Carlos Filgueira, los que desarrollaron los estudios en torno a la vulnerabilidad social. A fin de advertir la injerencia que tienen los individuos en la estructura social, observando la manera en que estos se enfrentan a condiciones o situaciones adversas. Filgueira (2001) propuso que “la vulnerabilidad social debería ser observada como resultado de la relación entre la disponibilidad y capacidad de movilización de activos, expresada como atributos individuales o de los hogares, y la estructura de oportunidades, expresada en términos estructurales” (*Ibíd.*, p. 8), permitiendo hacer un análisis de lo particular sin perder de vista el contexto social más global en que se sitúa.

Ahora bien, para el autor los activos representan los recursos materiales y simbólicos que poseen, controlan o movilizan los individuos dentro de la sociedad, son los recursos como el capital financiero, social o físico, la participación en redes, el nivel educativo, la experiencia laboral y la composición y atributos de la familia, por lo que para este caso, el nivel de ingresos, aun relevante, no es lo único que determina el bienestar de una familia o individuo (*Ibíd.*).

A su vez, Kaztman planteó lo siguiente:

El concepto de activos no alcanza una significación unívoca si no está referido a las estructuras de oportunidades que se generan desde el lado del mercado, la sociedad y el Estado. En otras palabras, se sostiene que el portafolio y la movilización de activos de los hogares vulnerables (...) sólo puede examinarse a la luz de las lógicas generales de producción y reproducción de activos, que no pueden ser reducida a la lógica de las familias y sus estrategias” (Kaztman en González, et. al., 2013, p. 180).

Consecuentemente, resulta preciso observar el contexto socioeconómico en que se ubica un determinado grupo social vulnerable, buscando ver el acceso que tienen a servicios educativos y de salud, las características del mercado de trabajo local y de su medio, la etapa del ciclo vital en que se encuentra la familia, el tipo de relaciones que se establecen dentro de esta misma, a fin de aclarar la estructura de oportunidades de la que se valen, dentro de la cual se movilizan los activos antes referidos (Bayon y Mier, 2010).

Otra de las ventajas del enfoque en la fragilidad de los sujetos, es que permite dar cuenta de las *desigualdades dinámicas*, diferentes a la *desigualdad estructural*. Por un lado, la desigualdad estructural “describe el conjunto de las diferencias sociales que son el resultado de efectos sistémicos relacionados con la preeminencia de un determinado modelo

o patrón de desarrollo socioeconómico” (Moreno, 2008, p. 14). Por el otro, las desigualdades dinámicas “cobran expresión en la coexistencia de diversos niveles de bienestar o en las diferentes expectativas u oportunidades de vida que se observan entre individuos que poseen una dotación de atributos o una trayectoria relativamente similares” (*Ibíd.*, p. 15).

Con frecuencia, este tipo de desigualdades son transitorias y tienden a ser poco tolerables para los sujetos, dado que se genera una percepción de estar en una situación desmejorada en relación a la de los pares, creándose así aspiraciones de cambio y mejoría. No obstante, la persistencia de la inestabilidad e incertidumbre en ciertos sujetos o poblaciones, puede provocar su diferenciación social a través de mecanismos de exclusión social (*Ibíd.*, p. 14).

En suma, retomaremos el concepto de vulnerabilidad social desde el enfoque de fragilidad de los sujetos, que considera los activos y la estructura de oportunidades en que se mueven los sujetos para caracterizar sistemática, multidimensional e integralmente, las relaciones desiguales y las situaciones de fragilidad, precariedad, indefensión e inestabilidad que experimentan los niños y niñas jornaleros agrícolas migrantes en la finca Tlan Makán, en relación al trabajo y la educación, en dos dimensiones principales:

- a) Una dimensión estructural, en donde se tiene considerado que éstas situaciones de riesgo y fragilidad son efecto del proceso antes descrito de reestructuración del campo y la vida de sus actores a raíz de las políticas de ajuste neoliberales en la década de 1980.
- b) Y otra dimensión situada en el contexto de nuestro caso de estudio, la finca Tlan Makán, en donde analizaremos la heterogeneidad de sujetos y condiciones sociales, a través de conocer los recursos o activos que poseen y movilizan los niños, niñas y familias migrantes jornaleras.

1.4 Vulnerabilidad e infancia

Podemos afirmar que dentro de la antropología, el estudio de la niñez no ha tenido mucha relevancia. Entre los primeros abordajes a este periodo de la vida humana, encontramos el enfoque de cultura y personalidad y a autoras como Margaret Mead (1993), en donde el

objeto de estudio era la transición de la niñez a la adultez en sociedades no occidentales (Chacón, 2015).

Sin embargo, como Chacón (*Ibíd.*) plantea, son menos frecuentes las investigaciones realizadas en torno a la dinámica social dentro de la infancia misma, así como sobre su relación con otras generaciones. Este análisis, nos dice el autor, sería de gran provecho para comprender mejor a este sector de la sociedad, y a la sociedad misma que configura a la infancia.

Asimismo, reflexiona que las nuevas aproximaciones a la infancia desde la antropología deben buscar comprender que no hay una homogeneidad ni universalidad en la manera de vivir esta etapa. La nueva geografía cultural plantea que la infancia es una construcción social, por lo que “las percepciones, actitudes y vivencias de los niños son construidas social y espacialmente. Por esta razón, cualquier investigación requiere ser contextualizada debidamente, ya que los resultados de la misma deben entenderse dentro de cada espacio geográfico y cultural” (Ortiz, 2007, p. 200).

Por si fuera poco, Chacón (2015), hace una diferenciación de al menos dos tipos de análisis que pueden hacerse de la infancia a partir de los valores y sentidos que se construyen a su alrededor en la dinámica social: 1) “la visión que tiene la infancia de sí misma y su entorno”, y 2) “la perspectiva de la sociedad en la cual está inserta” (p. 133).

Por otra parte, es interesante observar las implicaciones que tiene la *concepción moderna de la infancia* construida por las sociedades occidentales desde el siglo XVII, pues ésta tiene un carácter pedagógico, al ser entendida desde lo biológico y psicológico, como una etapa de desarrollo y preparación para la vida adulta, siendo definida de manera vertical por la adultez, y en oposición a la misma (Chacón, 2015).

Por si fuera poco, a este periodo se le atribuyen características de vulnerabilidad, inocencia y dependencia, que si bien, pueden ser ciertas en diversos escenarios y circunstancias, ofuscan la capacidad de agencia de la infancia e impiden la visibilización de un panorama más completo y complejo de sus experiencias (Ortiz, 2007).

Ejemplo de ello es que, “dentro del sistema mundial de derechos humanos se ha desarrollado una doctrina de protección a la infancia, *por su más alto interés*; lo que implica una reinterpretación de patrones de crianza y de políticas asistenciales, entendidas como válidas -por lo menos- en los últimos tres siglos” (Chacón, 2015, p. 142). Paradójicamente,

muchas veces estas políticas y patrones, como la prohibición del trabajo infantil, invisibilizan otras infancias, como las que viven pobreza, explotación, indigencia o enfermedad, en las que muchos niños y niñas realizan trabajo reproductivo, de subsistencia e informal (Ortiz, 2007).

Por otra parte, una dicotomía similar a la de infancia/adulthood ha sido utilizada para definir a las sociedades “desarrolladas” u occidentales, de las “no desarrolladas” de la periferia global. Lo cual apunta hacia la necesidad de analizar y visibilizar las relaciones de poder en la dinámica social, atravesadas por la raza, etnia, clase social, edad y género, a pequeña y gran escala (Chacón, 2015).

Para este trabajo nos guiamos por disciplinas como la nueva geografía cultural (Ortiz, 2007) y la antropología (Chacón, 2015), así como por la importancia de visibilizar las realidades de niñas y niños, que históricamente han sido invisibilizadas junto a las realidades de otros colectivos, por la identidad masculina, heterosexual, de clase media, edad media y occidental, como lo han sido mujeres, inmigrantes, niños, jóvenes, personas mayores, entre otros (*Ibíd.*).

En este contexto preciso, nos interesa conocer las dinámicas sociales en las que están inmersos niños y niñas al interior de la finca Tlan Makán, conociendo tanto sus perspectivas como la de los adultos a su alrededor (familiares, promotores de programas sociales y educativos, empleados y autoridades de la finca), así como las relaciones de poder entre esta serie de sujetos.

1.5 Vulnerabilidad y migración

Resulta oportuno reconocer la importancia que puede tener la relación entre movilidad espacial y vulnerabilidad social. En este sentido, Arizpe (1978) muestra las reconfiguraciones provocadas por los procesos de industrialización, modernización y urbanización, que inducen desigualdades entre el campo y la ciudad, procesos migratorios y en general, un cambio de relaciones, prácticas y procesos para los sujetos que migran.

Petit (2003) observa que las migraciones significan una crisis para la familia que la vive, pues la llegada a un nuevo medio usualmente desconocido, que puede ser hostil con el que recién llega, deja al migrante sin el capital social con el que contaba en su lugar de origen. En efecto, para dicho autor las migraciones muestran:

Las contradicciones y el grado desigual de desarrollo de las sociedades que viven en el continente [latinoamericano], desnudando las dificultades de miles de ciudadanos para lograr una vida acorde a sus expectativas en el lugar donde nacieron y crecieron. Por otro lado, implican una constelación de nuevos problemas sociales, legales y culturales, para los que buena parte de las políticas públicas tradicionales no estaba preparada (Petit, 2003, p. 5).

Ciertamente, hay una escasez de recursos en regiones de México como La Montaña de Guerrero, Oaxaca y Puebla, en donde se vive “una importante restricción de acceso a recursos económicos y tierra que, aunado a las pocas posibilidades de empleo [...] o a bajos salarios [...] sustentan la imposibilidad de generar procesos productivos que pudieran revertir las condiciones de pobreza”, y que exigen la salida de sujetos migrantes en busca de solventar sus necesidades (Guzmán y León, 2002, p. 124).

También retomaremos los planteamientos de Rivera (2007), quien describe la *movilidad regional temporal del campo al campo* en el contexto de la Mixteca en un proceso de migración más amplio que no abordaremos aquí. En esta modalidad, los sujetos migran en busca de empleos temporales, desplazándose principalmente a centros de atracción de mano de obra agrícola (ingenios azucareros, campos citrícolas, fincas de plátano y café, por ejemplificar). La autora observa que esta modalidad implica un retorno a la comunidad “cuando el ciclo agrícola marcaba el tiempo tanto para la siembra, como para la cosecha”, así como la continuidad del vínculo con la familia extensa en la comunidad de origen (p. 174).

Precisamente, Sánchez (2000) señaló que los cambios en los mercados laborales agrícolas y los procesos de migración interna, han provocado “una etapa de profundización y diversificación del proceso migratorio rural-rural... en la cual se modifican sus ritmos, tipos y temporalidad” (*Ibíd.*, p. 3), que la misma autora diferencia de la siguiente manera:

- a) *Migración temporal de carácter estacional o pendular*: “se orienta a cubrir las necesidades de mano de obra en determinadas actividades del ciclo agrícola, por lo común en la cosecha de cultivos comerciales con elevados insumos de trabajo...; y que al concluir ese periodo de demanda intensa, esos trabajadores retornan a sus lugares de procedencia” (*Ibíd.*, p. 6)

- b) *Migración itinerante o golondrina*: “son jornaleros permanentes que se desplazan entre diferentes regiones agrícolas, siguiendo las cosechas y buscando continuidad en el empleo” (*Ibíd.*).

Por otra parte, para el caso de la migración de menores en México, Valdéz (2011) cuestiona “el rol del sistema político, económico y social en el que están inmersos. Asimismo, pone a debate la falta de políticas públicas en pro del menor” (*Ibíd.*, p. 12), convirtiendo a este grupo en el más vulnerable dentro del proceso migratorio. Paralelamente, la autora permite considerar al menor como actor migrante y no sólo como una víctima pasiva de su condición, contemplando además los múltiples contextos y las diversas expresiones en que la migración de menores ocurre.

En el mismo orden de ideas, Sánchez (2003) afirma que debemos pensar a la migración –indígena– en México vinculada al desarrollo y reestructuración de los mercados de trabajo rural, los cuales se caracterizan por realizarse en familia, con regímenes de trabajo intensivo, bajos salarios, sin protección legal ni servicios sociales. Lo anterior, lleva a la autora a pensar que los trabajadores agrícolas, en especial los migrantes estacionales, son el sector más desfavorecido del sistema.

Podemos resumir que la migración es un proceso que por lo general representa crisis para las familias y los sujetos que lo viven, que dada la escasez de recursos en sus comunidades de origen, se ven obligados a trasladarse para subsistir y alcanzar sus expectativas de vida. Particularmente, esta investigación dará cuenta de procesos migratorios temporales del campo al campo, derivados de las transformaciones del mercado de trabajo agrícola con raíces en los ajustes de las políticas neoliberales aplicadas en los ‘80, en donde se incluyen actores como niños y niñas que migran junto con sus familias, amigos y paisanos para laborar en la finca Tlan Makán.

1.6 Vulnerabilidad y trabajo

En la actualidad, diversos estudios dan cuenta de las transformaciones en la economía de familias campesinas, la cual “depende cada vez menos de las actividades agropecuarias y cada vez más de los ingresos muy diversificados que se obtienen mediante una estrategia de pluriactividad, donde se combinan recursos de muy diversa índole, generados en condiciones

y espacios muy distintos y con una elevada participación laboral y monetaria de las mujeres” (Arias, 2009, p. 10)

Lo que se vive en el campo mexicano, como arriba expusimos, es resultado de las crisis económicas que parten de la década de 1970, y de la reestructuración productiva en el marco de una serie de “políticas macroeconómicas dentro del modelo de desarrollo, que no incluye entre sus prioridades de apoyo y estímulo las formas campesinas culturales y de producción” (Guzmán y León, 2002, p. 109).

Así es que encontramos al campesinado inmerso en una mayor estratificación y desigualdad en la conformación de redes sociales y en los intercambios de diferentes estructuras políticas, mercados nacionales e internacionales, en donde se ven obligados a vender su fuerza de trabajo a agentes que no alcanzan a “compensar el tiempo y esfuerzo invertidos” (*Ibíd.*, p. 110).

Uno de los grupos insertos en la dinámica de venta de su fuerza de trabajo es el de los jornaleros agrícolas; grupo que de acuerdo a Guzmán y León (2002) atraviesa una serie de condiciones y problemáticas; lo vinculan “a una condición de desposeído, desligado de su origen, desarraigado y sólo objeto de explotación del capital” (p. 110), pero buscan ir más allá para comprender la manera en que estos sujetos aceptan y experimentan esta condición.

Aunado a esto, sirve la definición de jornaleros agrícolas de Sánchez (2000):

Conforman un grupo de población heterogéneo y diverso desde el punto de vista económico, social y cultural. Incluye tanto a trabajadores agrícolas sin tierra como a campesinos minifundistas; a hombres, mujeres y niños; algunos mestizos y otros indígenas. Todos ellos participan de forma y grados diversos dentro del mercado de trabajo asalariado en el medio rural (*Ibíd.*, p. 2).

Esta misma autora, refiere también que esta población se caracteriza por una alta movilidad espacial, que varía de intensidad y duración según cada región y caso concreto, en donde intervienen factores como “el tipo y magnitud de los cultivos comerciales... [y] el nivel o grado de especialización de las labores agrícolas” (*Ibíd.*, p. 3).

Considerando lo anterior, para el análisis de nuestro caso de estudio será de utilidad el concepto de vulnerabilidad social vinculado al trabajo, que de acuerdo a Kaztman, ocurre cuando una unidad de análisis se encuentra: 1) *Amenazada*, por la exclusión de los puestos de calidad en el mercado de trabajo y/o *imposibilitada* de conseguir -a corto plazo- la estabilidad laboral; 2) *debilitada*, en su inserción en redes sociales de tipo familiar y/o

comunitaria, y 3) *insatisfecha*, debido a un acceso deficitario a los servicios públicos” (Kaztman en Moreno, 2008, p. 16).

Asimismo, este autor distingue entre dos clases de sujetos vulnerables de acuerdo a sus trayectorias sociales: vulnerable estable y vulnerable reciente. El primero se distingue del segundo dado que su “trayectoria sociolaboral [ha sido] marcada por la continua experiencia de la vulnerabilidad y por la permanente exclusión de puestos de trabajo de calidad”, además de que tiene nulo o débil acceso a beneficios sociales, a cobertura en salud y educación, tiene problemas de endeudamiento, y desarrolla recursos de integración alternativos como el trabajo informal, redes ilegales de intercambio, entre otros (*Ibíd.*, p. 16).

En este sentido, podemos comenzar a hablar sobre el trabajo infantil, considerando que con frecuencia, puede obstaculizar el pleno desarrollo de la niñez. En este sentido, si revisamos una síntesis sobre el marco jurídico nacional en la materia, encontramos que el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED) dice:

“En la Constitución son las fracciones II, III y XI del artículo 123 las que establecen los derechos más básicos para este grupo de la población. Asimismo, la Ley Federal del Trabajo (LFT), en sus artículos 22, 23, 173 a 180, 362, 372, 995, detalla los derechos de niños, niñas y adolescentes respecto al empleo. La ley establece la prohibición de la contratación de niños y niñas menores de 14 años, aunque contempla la posibilidad de que los padres otorguen un permiso para trabajar a las niñas y niños entre los 14 y los 16 años. En todo caso se deben respetar el derecho a una jornada máxima de seis horas, con un receso de cuando menos una hora. [Además] La Ley establece las siguientes prohibiciones para el trabajo desarrollado entre los 14 y 16 años: trabajo industrial nocturno o después de las 10 de la noche; laborar horas extras o en labores insalubres, peligrosas o que afecten su moral. Asimismo, reconoce el derecho a las vacaciones pagadas de 18 días laborales, y a facilidades para asistir a la escuela y cursos de capacitación” (CONAPRED, s/f, p. 6).⁴

Ahora bien, también hallamos que la delimitación de políticas públicas en torno al trabajo infantil, han llevado a una reflexión acerca de su conceptualización; por ejemplificar, tenemos que Adriana García (2010), comprende dos acepciones: 1) el trabajo que realizan

⁴ Para más información, pueden consultarse los artículos y fracciones de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos (Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión, 5 de febrero de 1917) desde http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/1_270818.pdf, y de la Ley Federal del Trabajo (Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión, 1 de abril de 1970) desde http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/125_220618.pdf.

niños y niñas como parte del proceso de socialización en su entorno es entendido como una “ayuda” a la familia; 2) el *trabajo infantil productivo* “tiene vínculos con el mercado laboral y, por ende, se inserta en la lógica de extracción sistemática de la plusvalía del trabajo de niños/as, siendo explotada su fuerza de trabajo” (Hernández en García, 2010, p. 113). Este concepto es muy importante para diferenciar y definir el tipo de trabajo que realizan las niñas y niños jornaleros en la finca Tlan Makán.

Aún más, Kim Sánchez (2003, p. 151) nos permite ver “la importancia actual de los mercados de trabajo rural en México como escenarios complejos de relaciones interétnicas, dada la creciente tendencia de las comunidades indígenas a incorporarse a diferentes flujos migratorios de trabajadores agrícolas”, abordándolo con enfoques integradores para “reconocer el carácter multidimensional de los mercados de trabajo como espacios de encuentro de procesos diversos que condicionan las relaciones de intercambio.”

En cuanto a los niños migrantes y jornaleros, Glockner (2006, p. 6) observó que la existencia y persistencia de su trabajo en el mercado laboral agrícola actual, responde a “estrategias de movilización y explotación de la mano de obra indígena y campesina que se sirven de la precarización y flexibilización de las estrategias tradicionales de vida y de supervivencia”, permitiendo a las empresas (principalmente transnacionales) maximizar sus ganancias reduciendo los costos que implica la contratación de la fuerza de trabajo.

La misma autora afirma que el trabajo de niños y niñas en los campos agrícolas comerciales ha cobrado gran importancia, ocupando un papel central dentro de las familias para responder a las condiciones cada vez más exigentes, precarias, móviles y temporales de un mercado agrícola que normaliza e invisibiliza el problema del trabajo infantil, reproduciendo un marco de explotación y vulneración de sus condiciones de vida (*Ibíd.*).

Los planteamientos anteriores van de comprender la manera en que la transformación de la economía en el agro mexicano ha repercutido en las actividades de subsistencia de las familias que habitan en él, a través de la pluriactividad, la intensificación de la participación laboral y monetaria femenina, la inserción de niñas y niños al trabajo asalariado, o la presencia de jornaleros agrícolas en extensos campos de cultivo comercial.

Asimismo, señalamos cómo el concepto de vulnerabilidad social puede ser útil al analizar un contexto como el de los niños y niñas jornaleros agrícolas migrantes, en el que

realizan un tipo de trabajo productivo, resultado de la explotación del capital, con características de inestable, temporal y precario.

1.7 Vulnerabilidad y educación

Quizás, ya convendría decir, que una variable importante que interesa dentro del análisis de la vulnerabilidad social de niños y niñas jornaleros agrícolas migrantes, particularmente, los que atienden a la finca Tlan Makán, es el factor de la educación, pues muchas veces al migrar, estos sujetos deben dejar temporal o permanentemente la escuela. Hacerlo, en un modelo neoliberal como en el que vivimos, repercute en parte, las posibilidades de movilidad social que podrían tener niñas y niños jornaleros dentro de un mercado laboral jerarquizado, pues a menor educación, mayor precarización laboral y menor capacidad de cubrir necesidades y expectativas de vida. Con esto en mente, es importante señalar la relación que yace entre migración, trabajo infantil, educación y vulnerabilidad, para comprender las experiencias de los niños y niñas en la finca Tlan Makán.

Para caracterizar a los NJAM en el ámbito de la educación recuperamos la definición de Leal (2011) de *estudiante migrante* como aquel niño que viaja junto con su encargado o un miembro de su familia, durante el periodo lectivo regular, con la finalidad de obtener un empleo temporal como trabajador agrícola o pescador. De la misma autora, nos es útil el concepto de *condiciones de educabilidad*, como el “conjunto de recursos, aptitudes o predisposiciones que hacen posible que un niño o adolescente pueda asistir exitosamente a la escuela” (*Ibíd.*, p. 319).

Para dar cuenta de estas condiciones de educabilidad, además de analizar el proceso migratorio y el trabajo que realizan los niños y niñas en la finca Tlan Makán, daremos cuenta de dos programas sociales gubernamentales impulsados por la Secretaría de Educación Pública (SEP)⁵, impartidos en un aula móvil en la finca antes referida a los niños migrantes; a saber, el Programa Educativo para Niños y Niñas Migrantes (PRONIM), y su sucesor Programa de Inclusión y Equidad Educativa (PIEE).

⁵ Para conocer ampliamente el contexto educativo de niños y niñas jornaleros y migrantes, es conveniente revisar a Rojas (2011b) quien analiza comparativa y profundamente los programas de la SEP y del Consejo Nacional de Fomento Educativo (CONAFE) que buscan dar solución al problema de acceso a la educación para los sujetos antes referidos.

Cabe señalar, que el PRONIM se consolidó en 2002, en 25 entidades federativas con el objetivo de “contribuir a superar la marginación y el rezago educativo nacional de las niñas y niños en contexto o situación de migración atendidos en educación básica” (Gobierno del Estado de Veracruz y Secretaría de Educación de Veracruz, 2011), ofreciendo una educación de calidad con enfoque a la diversidad social y cultural, a través de propuestas pedagógicas y curriculares que permitieran “atender la interculturalidad en el aula, la organización y metodología multigrado y la perspectiva de derechos humanos y de género”, como es la implementación de un ‘ciclo escolar agrícola’, es decir, un periodo de atención educativa no normativa que sirve como herramienta para facilitar la planeación y operación de los servicios educativos, acorde a la región y ciclos agrícolas de los centros de trabajo .

Huelga decir, que este programa dejó de operar por sí solo en 2014, momento en que surgió el PíEE, integrando diversos programas –entre ellos el PRONIM– de los niveles educativos básico, medio y superior, buscando una ‘inclusión educativa’, es decir, “un mayor acceso educativo pero con una educación de calidad sin discriminación alguna, considerando a los niños y niñas con discapacidad, poblaciones indígenas, poblaciones rurales, migrantes o estudiantes que han abandonado el sistema educativo” (Gobierno de México, 2016).

No obstante, esta integración de programas educativos invisibilizó las necesidades de cada uno de ellos, además de reducir el presupuesto que particularmente era destinado a cada uno de los programas: “en 2014 el PíEE, en su conjunto, recibió 58.5% menos recursos que la suma del presupuesto aprobado para los siete programas en 2013” (INEE, 2016, p. 9).

Aún más, encontramos una larga serie de obstáculos para la educación de las niñas y niños jornaleros agrícolas migrantes, que diversas autoras como Rojas (2011a, 2011b), Ocampo y Peña (2013) y Leal (2011) han señalado, y que van de la disposición de la empresa privada para la operación el programa educativo, la dificultad que representa implementar estrategias multigrado e interculturales para atender a la heterogeneidad de niños y niñas, la falta de promotores para operar el PíEE y el rezago educativo de niños y niñas dadas las deficiencias del sistema educativo público nacional.

Por tanto, buscaremos dar cuenta de la interrelación entre migración, trabajo y educación, para mostrar la vulnerabilidad social que experimentan niños y niñas en la finca Tlan Makán, identificando las condiciones educativas derivadas de su historia de vida por un

lado, y por el otro, las condiciones que presenta el contexto de la finca antes referida en que se desenvuelven dichos sujetos.

1.8 Metodología

El carácter cualitativo de esta investigación permitió aproximarnos a una comprensión más profunda de la realidad que viven las niñas y niños jornaleros agrícolas migrantes en la finca Tlan Makán, acercándonos a los contextos que habitan y significan, a las relaciones sociales que entablan, a las actividades que realizan, a los procesos de los cuales forman parte, así como a sus propias formas de expresión, a través de una serie de herramientas, métodos y técnicas que van de la revisión documental, la observación participante, las entrevistas y técnicas conversacionales, y algunas herramientas lúdicas, en un proceso inductivo, interpretativo, flexible y dinámico (Hernández, Fernández y Baptista, 2006), el cual presentaremos a continuación.

Cabe señalar que, para definir qué entendemos por niños y niñas, retomaremos a Anna Ortiz (2007), quien recupera tres principales conceptualizaciones. La primera proviene de la Convención sobre los Derechos del Niño (Asamblea General de las Naciones Unidas, 1989), la cual dicta que *niño* es “todo ser humano menor de dieciocho años”. La segunda, desde las geografías de los niños y jóvenes, separa a los niños en un rango de edad de siete a catorce años, y a los jóvenes, en el rango de quince a veinticinco. Y finalmente, la autora recupera a Valentine (en Ortiz, 2007), quien afirma que no deben establecerse este tipo de rangos de edad dado que la infancia y la juventud son procesos dinámicos, flexibles y ambiguos.

Pese a estas definiciones, tenemos claro que la manera de entender a la infancia y la juventud cambian de lugar a lugar, no obstante, para fines prácticos de este trabajo, ocuparemos la primera definición de niñez, es decir, entendida como toda persona menor de dieciocho años, dado que metodológicamente el trabajo empírico realizado a través de la observación participante se efectuó con menores que iban de 1 a 18 años, y las entrevistas se realizaron con sujetos de 7 a 18 años.

Huelga decir, que los datos aquí presentados fueron obtenidos en junio, julio y diciembre 2015, enero, julio y diciembre de 2016, y enero de 2017 en los distintos espacios de la finca Tlan Makán (galeras, cocina, comedor, plantaciones, aula móvil educativa, entre otros) a través del trabajo de campo dirigido por una guía de observación, en donde ocupamos

la observación directa y participante, permitiéndonos explorar e identificar problemas, generar hipótesis, y llegar a una mejor descripción y explicación de la vulnerabilidad que viven los niños y niñas jornaleros agrícolas migrantes.

Al mismo tiempo, fue útil la entrevista cualitativa, esencialmente íntima y flexible, tanto para lograr una comunicación con nuestros sujetos de estudio, como para construir significados sobre el problema que nos atañe. Las entrevistas empleadas principalmente fueron las semiestructuradas y abiertas, orientadas por un guion de entrevista, permitiendo a los participantes construir una perspectiva del problema en cuestión externando sus experiencias, emociones, creencias, y maneras de significar el mundo.

Particularmente para la investigación con los niños y niñas de la finca Tlan Makán, partimos de que éstos construyen su mundo y actúan en él de manera activa, y para dar cuenta de sus experiencias, es necesario que como adultos reconozcamos el papel activo que desempeñan en la sociedad y el conocimiento que poseen. Por tanto, recuperamos de Delfos (En Corona y Gáal, 2009) una serie de condiciones que favorecieron la comunicación del niño con el investigador, entre los que se incluyen las conversaciones casuales, las preguntas abiertas, el arte y el juego, con la intención de crear un ambiente cálido, de aceptación y respeto que promoviera la expresión de los infantes.

En este sentido, se observó que al acompañar a los niños, niñas y familias en sus actividades cotidianas dentro de la finca Tlan Makán, y al hacer uso de ciertas herramientas lúdicas como la fotografía y el dibujo (Glockner, 2006), los sujetos se interesaron en participar en la investigación y pudimos conocer más de cerca las historias y estatus actuales de los mismos.

1.8.1 Unidad de análisis.

Conviene aclarar, que como unidad de análisis se incluyeron tanto a las *familias* como a los *niños y niñas jornaleros agrícolas migrantes que laboran en la finca Tlan Makán*, pues la primera, tiene un papel central en el proceso de desplazamiento de los niños y niñas desde su comunidad de origen, para insertarse en un centro receptor de mano de obra que les ocupa en labores productivas agrícolas de manera temporal. Aún más, con el objetivo de presentar una radiografía más completa del caso del trabajo y la educación de los niños en la finca, tomamos en cuenta a los promotores del PIEE que trabajan en la finca, así como a las

autoridades de la finca y funcionarios de otros programas sociales dirigidos a los jornaleros agrícolas.

1.8.2 Selección de la muestra.

Ahora bien, la selección de la muestra de los niños jornaleros agrícolas migrantes y sus familias se realizó acorde a los planteamientos de Hernández *et al.*, (2006). De las 25 familias (120 personas) con las que se realizó el trabajo de campo, retomamos 41 casos de niños y niñas, de las etnias totonaca, nahua y mestiza que migran, pernoctan y laboran en la finca Tlan Makán por periodos indefinidos de tiempo, junto con su familia, parientes o amigos. Es preciso señalar que a fin de guardar la confidencialidad de nuestros informantes clave y evitar cualquier posible conflicto, hemos decidido sustituir sus nombres por seudónimos.

El proceso para seleccionar a dichos informantes incluyó la *muestra por conveniencia*, lo cual condujo a la selección de los niños, niñas y familias que acuden al corte de café durante los meses de octubre a marzo. También se recurrió a la *muestra en cadena*, pues la interacción con uno o más jornaleros agrícolas abrió la oportunidad de contactar a otros informantes claves. Además, incorporamos la *muestra de expertos*, a través de la cual logramos registrar algunas de las experiencias y perspectivas de promotores y funcionarios públicos de programas como el PíEE y el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA). A la postre, optamos por la *muestra diversa* (o de máxima variación), ya que esta permitió entender la complejidad del fenómeno a partir de la diversidad de puntos de vista de los informantes, ubicando las coincidencias, diferencias, patrones y particularidades en cuanto a la vulnerabilidad social que experimentan (Hernández *et al.*, 2006).

Cabe señalar que la profundidad de la información obtenida con las niñas, niños y familias jornaleros migrantes fue diversa dado el carácter temporal de su estancia en la finca, propia del trabajo que realizan en el corte de café. Por un lado, se trabajó con niños que recurrentemente laboran en la finca, con los cuales se pudo establecer mejores vínculos de confianza y hacer observaciones más profundas. Por el otro, trabajamos con niños que después de un periodo corto de tiempo (una semana o quince días), regresan a sus hogares, o migran a otros espacios de producción agrícola. Esto último representó un reto en el proceso

de recolección de la información, en donde el empleo de técnicas lúdicas⁶, como el juego y el dibujo, permitió hacer *rapport* y capturar de manera dinámica las percepciones de los niños y niñas en periodos cortos de tiempo (Quinteros, 2003).

⁶ Durante el trabajo de campo, procuré llevar –además de una libreta de notas, grabadora y cámara fotográfica– hojas blancas, lápices, colores, crayolas, cuentos, así como juegos de lotería y memoria. Los niños, niñas y familias mostraron interés por estas herramientas buscando generar su propio material, incluyendo también la fotografía, lo cual reafirma la relevancia de utilizar este tipo de herramientas en la investigación cualitativa.

Capítulo 2. Contexto etnográfico

En el presente capítulo el lector encontrará una contextualización del problema de estudio para dar cuenta de las experiencias en torno a la vulnerabilidad de los niños jornaleros agrícolas migrantes en la finca Tlan Makán. Para lograrlo, se retomarán diversas fuentes (datos cuantitativos y cualitativos, documentales y etnográficos), que mostrarán al problema de estudio como resultado de un contexto espacial y temporal mayor, con interrelaciones entre lo global y lo local.

Para alcanzar los objetivos planteados, este capítulo ha sido estructurado de la siguiente manera. En el primer apartado se realiza una breve descripción del fenómeno de la migración interna y de la población jornalera agrícola migrante en México, hallando que dicha relación constituye una compleja y heterogénea realidad. En el segundo apartado, se describe el contexto estatal de Puebla, con especial atención en la región de la Sierra Norte de Puebla, de manera particular, el municipio de Jopala, abordando características geográficas, demográficas, políticas, sociales, económicas y religiosas, al igual que ciertos eventos, como la introducción y auge de la cafecultura en la región, dando cuenta de las relaciones que se han establecido a lo largo del tiempo para llegar a la situación actual. Finalmente, en el tercer apartado se presenta el contexto etnográfico de la Finca Tlan Makán, haciendo un recuento de su devenir, una caracterización de su división espacial, y de su relación con el contexto regional, estatal y nacional.

2.1 La migración interna en México

Como mencionamos en el capítulo anterior, los cambios en la estructura económica, social y política a nivel nacional e internacional, repercutieron en el agro mexicano a partir de la década de 1980. Las familias tuvieron que diversificar sus estrategias de subsistencia, incorporando prácticas como la inserción de mujeres y niños al mercado de trabajo, la pluriactividad, y la migración de diversos tipos en un contexto de creciente precariedad y flexibilidad laboral (Prud'homme, 1995).

Comenzaremos por abordar en este apartado el fenómeno de la migración, considerando que es un elemento importante en nuestro contexto de estudio, a través del cual puede estudiarse la vulnerabilidad social que viven los sujetos que migran, a la vez que las interrelaciones que tiene con factores sociales, económicos, culturales y políticos, que han

generado cambios profundos en las sociedades y en las dinámicas sociales que las conforman, transformando la vida de las personas, las relaciones sociales en diferentes niveles, y los lugares habitados y transitados (Rivera, 2012).

Por tanto, es pertinente presentar un panorama demográfico en torno a la migración especialmente interna en México, que aborde la situación nacional y local, dando cuenta de algunas de las modalidades en que este fenómeno ocurre: diversas temporalidades que van de estancias más permanentes a más temporales en los lugares de destino, tanto en el ámbito urbano como en el rural, aproximándonos así a comprender la migración de familias, niñas y niños jornaleros agrícolas.

De acuerdo a Cruz, Silva y Navarro (2015), el patrón de la migración interna en México puede resumirse de la siguiente manera: hasta 1990 incrementó la migración interestatal, el número de emigrantes en edad laboral, el desplazamiento de mujeres a entidades urbanizadas, así como la migración de las urbes hacia áreas rurales cerca de las grandes metrópolis. Aún más, algunas de las entidades comúnmente expulsoras (por ejemplo, el Estado de México y Baja California Sur) se transformaron en regiones de atracción, en oposición, entidades como el Distrito Federal resultaron no ser sólo centros de atracción, sino también expulsoras de migrantes hacia otros estados del país.

De la misma forma, entre 1990-1995 cuatro millones de personas cambiaron su residencia a nivel interestatal, con una disminución en el siguiente lustro, siendo 3.6 millones de personas las que migraron, y 2.5 millones en el periodo del 2000-2005, dando un giro para los años de 2005-2010, con 3.3 millones de migrantes interestatales. Cabe destacar, que durante el periodo de 1995-2000 las corrientes migratorias de Puebla-Estado de México y Puebla-Distrito Federal cobraron relevancia a nivel nacional, junto con las corrientes Distrito Federal-Estado de México, Veracruz-Tamaulipas, Veracruz-Estado de México y Veracruz-Distrito Federal (Ibíd.).

Probablemente, como Romo, Téllez y López (2013) plantean, este incremento en la migración interna se deba a la incertidumbre económica y social, provocando la preferencia de los migrantes por movilidades de corta distancia. Ejemplo de ello es que para 2010, el número de migrantes internos fue 6 veces mayor al de los internacionales, y la migración

intermunicipal aumentó de 2.3 millones de personas en 1995-2000, a 3.1 millones entre 2005-2010.

Para el caso de Puebla, en los periodos de 2005-2010 y 2010-2015 las cifras del saldo neto migratorio (migración interna) permanecieron neutros con un índice de -0.1 en el primer periodo (emigración de -2.7 e inmigración de 2.6), y de 0.0 en el segundo periodo (-2.4 emigración y 2.4 inmigración). Por su parte, de 2005-2010, Baja California Sur, Quintana Roo y Colima tuvieron los saldos más altos, siendo estados de atracción migratoria (10, 8.1 y 4 respectivamente), y Tabasco, Guerrero y el Distrito Federal los más bajos, como estados expulsores de migrantes (-1.4, -1.8 y -6.3 respectivamente). Finalmente de 2010-2015, Quintana Roo, Baja California Sur y Querétaro tuvieron los más altos saldos con 5.5, 5 y 4.8, y Tamaulipas, Distrito Federal y Guerrero, los más bajos de -1.4, -2.6 y -2.9 respectivamente (ver figura 1).

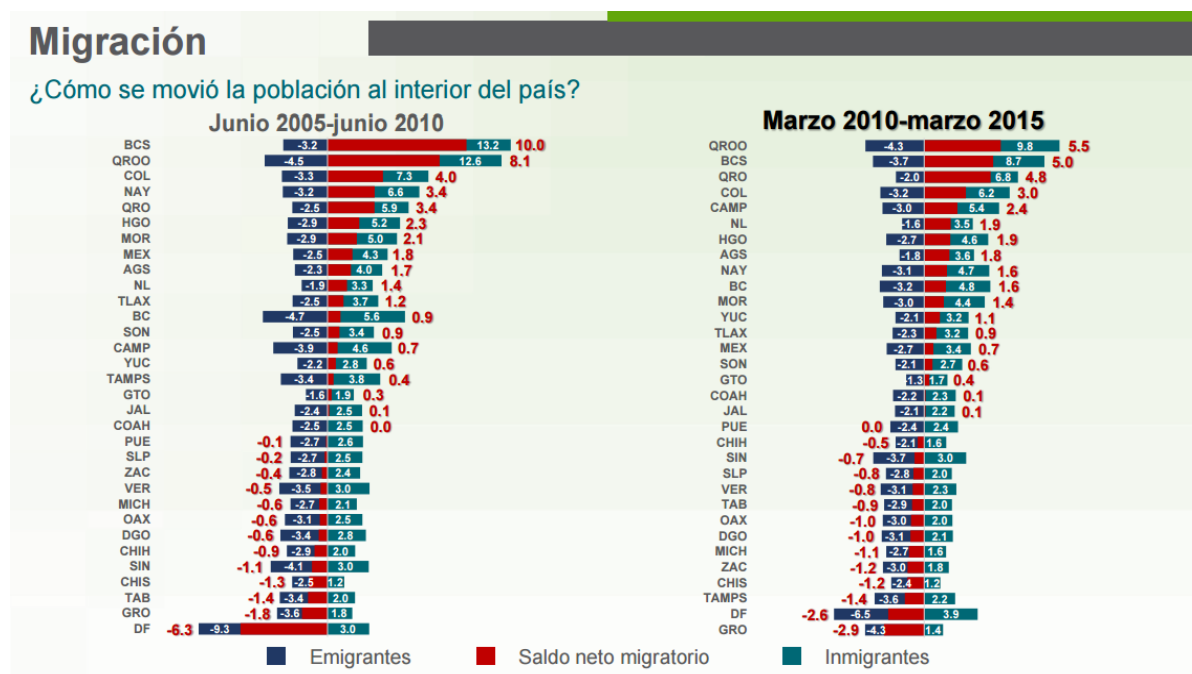


Figura 1. Migración interna en México 2005-2015.

Fuente: INEGI (2015a)

En cuanto a la población migrante, en 2010 se registró un total de 3'292,310 migrantes internos en México (casi el 3% de la población total del país) (INEGI, 2010), de los cuales de acuerdo a Romo, Téllez y López (2013), se registró un 51.3% de mujeres, frente a 48.7%

de hombres; una mayor representación de mujeres entre 15 y 29 años, y de hombres entre 30 y 59 años; 302 mil migrantes hablaban alguna lengua indígena, y según Leal (2011), aproximadamente entre 400 y 700 mil eran niños y niñas entre 6 y 14 años de edad, cifra última que como bien señalan diversos autores (Prud'homme, 1995; López, 1999; Sánchez, 2003), ha venido incrementándose desde la década de 1980, junto con la de las mujeres migrantes.

Entre las principales motivaciones de las personas al migrar en México, encontramos la búsqueda de empleo o de percibir mejores ingresos en lugares con mayor crecimiento y desarrollo económico (INEGI, 2015a). Aún más, Martínez y Hernández (2012, p. 30) afirman que “si en el pasado la migración era vivida como una estrategia para complementar el ingreso de las actividades agropecuarias, hoy en día representa, para un número considerable de grupos domésticos, la opción primordial en torno a la cual se estructura la vida y el porvenir”.

Estos movimientos, impulsados por el desarrollo económico y social, típicamente son realizados desde localidades pequeñas hacia las grandes urbes, aunque últimamente ocurren también entre estas mismas, al interior de las zonas metropolitanas y hacia los nodos turísticos. Si bien, el porcentaje de migrantes a las urbes disminuyó entre el 2000 y el 2010 de 77.3% a 73.7%, continúa siendo cuantioso, comparado con el porcentaje de migrantes que fueron hacia localidades rurales, pues en el mismo periodo, la cifra aumentó levemente de 12.2% a 12.8%, mostrando a su vez la persistencia de este tipo de migración (Romo, Téllez y López, 2013).

En cuanto a la ocupación de los migrantes, encontramos que entre el 2000 y el 2010, el porcentaje aumentó en el sector de servicios de 45.0% a 49.2%, y en el comercio, de 17.7% a 20.6%; los migrantes ocupados en la industria, minería, electricidad y agua se redujeron del 22.7% al 17%; en la construcción, aumentaron de 7.6% a 8.2%, y en la agricultura, ganadería, pesca y caza, se redujeron de 7.0% a 5.1% (*Ibíd.*).

Asimismo, es interesante observar que de acuerdo a Romo, Téllez y López (2013), “los migrantes internos recientes tienen mayor nivel educativo con respecto a los que no migran” (p. 91), pues entre 1995 y 2000, la población que migró contó en su mayoría con nivel de primaria incompleta (20.9%), pero para el periodo de 2005-2010, los migrantes contaron principalmente con nivel superior de estudios (21.0%), secundaria completa

(18.9%) y nivel medio (18.3%), confirmando la mayor calificación de la migración interna en el último lustro. Por su parte, los migrantes con primaria incompleta representaron al 16.2%, y con primaria completa, 11.1%.

2.1.1 Población jornalera agrícola migrante.

Por su parte, Acosta y Cruz (2015) coinciden en que estamos presenciando nuevos patrones y flujos de migración como parte de la búsqueda de una mejor calidad de vida para muchos migrantes a raíz de los cambios que trajo consigo el modelo neoliberal. Es más, como señalamos en el capítulo anterior, el tipo de producción que ha sido privilegiada por las políticas públicas en el agro, se rige por estándares de competitividad internacional, dejando de lado las necesidades de las unidades de producción minifundistas, quienes al verse incapaces de garantizar su reproducción social, se ven orillados a vender su fuerza de trabajo en mercados laborales fuera de su terruño (Martínez y Hernández, 2012).

Particularmente, nos interesan las dinámicas que ocurren en los mercados rurales de trabajo, conformadas por unidades agrícolas de carácter empresarial, orientados a la exportación o al alto consumo nacional:

Las transformaciones que estas unidades agrícolas han experimentado en los últimos años en términos de organización, tecnología, expansión de la frontera agrícola, e incluso, nuevos patrones de cultivo, han incidido en la reorientación tanto del volumen, como del movimiento de las y los trabajadores agrícolas, generando variaciones en los patrones de movilidad estacional (Martínez y Hernández, 2012, p. 31).

Es así que la migración rural-rural y frecuentemente temporal que emprenden los jornaleros agrícolas, “tiene su origen tanto en el deterioro de las condiciones de vida en las comunidades expulsoras y en la falta de alternativas locales de desarrollo, como la demanda estacional de mano de obra en las zonas de atracción” (Martínez y Hernández, 2012, p. 31).

En este ámbito, encontramos que SEDESOL (2010) ubica tres tipos de zonas en las que se mueven los jornaleros agrícolas: de atracción (noroeste y noreste del país), expulsión (sureste de México) e intermedias (centro y occidente mexicanos) (*ver figura 2*). Es de nuestro interés observar que el movimiento de jornaleros agrícolas en Puebla ocurre principalmente de la Sierra Norte del estado hacia Veracruz.

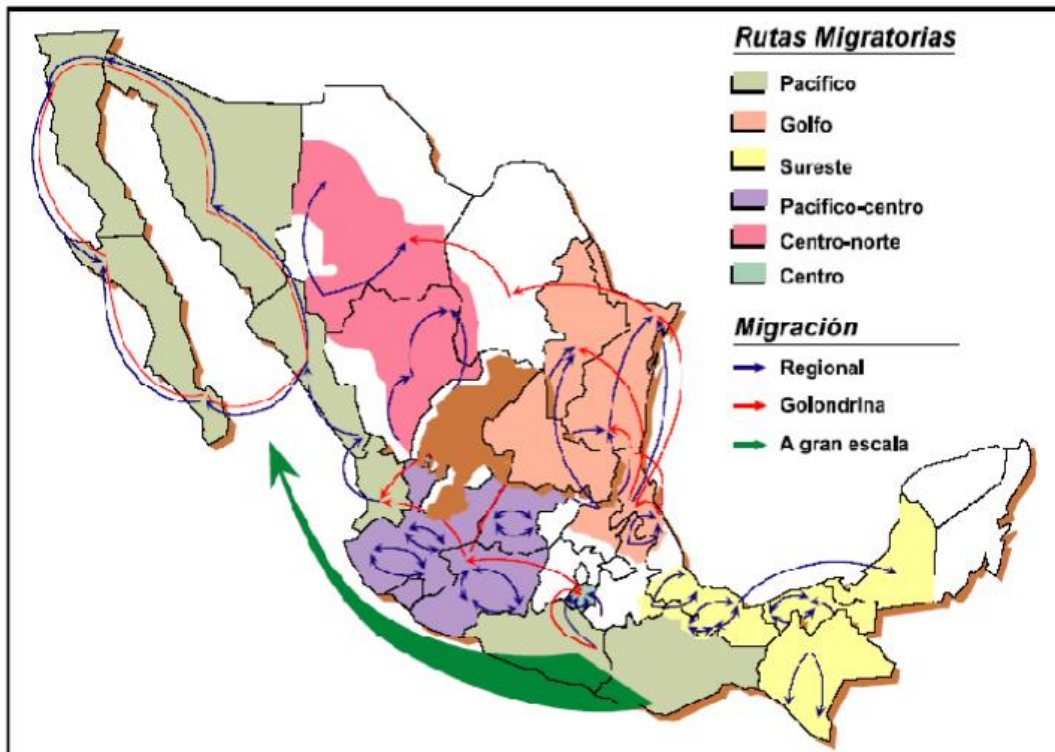


Figura 2. Principales rutas migratorias y tipo de desplazamiento para el trabajo agrícola.
Fuente: SEDESOL (2010).

Si bien Muñoz (2013) señala que no hay cifras exactas sobre la población jornalera agrícola migrante, tenemos que Lourdes Sánchez (2002) nos presenta un aproximado de 3.2 millones de jornaleros agrícolas en el país, de los cuales 1.2 millones eran migrantes y 40% indígenas. Por otra parte, Salinas (2012) nos presenta un panorama en el que son 2'040,000 los jornaleros agrícolas en México, de los cuales 434 mil son migrantes, 90% carecen de contrato formal, y 54% están expuestos a plaguicidas. Además 727,000 son niños y adolescentes remunerados y de cada diez jornaleros, cuatro son indígenas. De los jornaleros indígenas, Sánchez (2002) registró que estos principalmente pertenecían a grupos étnicos mixtecos, nahuas y zapotecos, además de totonacos, triquis, mazatecos, tlapanecos y tepehuanos, y que entre las principales regiones que tenían presencia de jornaleros en 1994 estaban: Valle de San Quintín, Baja California; Culiacán, Sinaloa, Costa de Hermosillo, Sonora; Canatlán, Durango y Sierra Norte de Puebla.

Aún más, como señala Rojas (2011a), nos encontramos frente a una heterogeneidad de contextos que moldean las experiencias de vida de los niños jornaleros agrícolas migrantes, pues intervienen una serie de factores que van de la comunidad de origen de los

jornaleros y su pertenencia a un grupo étnico, al tipo de empresa que contrata y el lugar en que esta se ubica, haciendo más complejo este fenómeno. Resulta conveniente continuar con la contextualización de nuestro caso de estudio, pasando a revisar el Estado de Puebla y la región de la Sierra Norte de Puebla.

2.2 Contexto estatal, regional y municipal

2.2.1 Estado de Puebla.

Ahora bien, respecto al estado de Puebla, tenemos que su densidad poblacional ha ido en constante aumento: hace 65 años esta era de 1.6 millones de habitantes, en el 2000 ascendió a 5.1 millones, y para 2010 de acuerdo a Corona, Ortiz y Corona (2014), esta cifra llegó a los 5, 779,829 habitantes, concentrándose esta población en los municipios de Puebla, Tehuacán y San Martín Texmelucan. Se registró que por cada 100 mujeres había 92 hombres y la mitad de la población era menor de 24 años (INEGI, 2011a). El aumento continuó, y en 2015 hubo 6'168,883 habitantes, siendo la relación de hombres-mujeres del 91.3%, la edad mediana de 26 años, y la razón de dependencia por edad de 57.5% en relación a la población en edad productiva (*Ibíd.*).

Por otra parte, encontramos que, de un total de 1, 391,803 viviendas particulares habitadas, el 9.5% tuvo piso de tierra, el 52% agua entubada dentro, el 87% drenaje, el 95.4% servicio sanitario y el 97% electricidad (INEGI, 2011a). En el ámbito educativo, la tasa de alfabetización entre las personas de 15 a 24 años fue de 97.2% y para los mayores de 25 años, de 85.8%; la asistencia escolar para los grupos de edad de 3 a 5 años, de 6 a 11, de 12 a 14 y de 15 a 24 fue de 54.6%, 96%, 89.3% y 39.4% respectivamente. En cuanto a los servicios médicos, sólo la mitad de la población del estado pudo acceder a alguno de ellos, donde el 20% tuvo acceso a servicios del IMSS, 5% al ISSSTE y 23% al seguro popular (*Ibíd.*).

Teniendo en cuenta este panorama demográfico del estado de Puebla, es preciso observar las diferencias regionales en su interior y particularmente las características de la Sierra Norte de Puebla, lugar en que se ubica la Finca Tlan Makán. Recuperando la división del INEGI (2005) del estado en siete regiones⁷, encontramos que Angelópolis es la más poblada, con el 45.87% de la población total del estado en 2010, siendo que en esta se ubica

⁷ El estado de Puebla se divide en siete regiones: I Sierra Norte (35 municipios), II Sierra Nororiental (28 municipios), III Ciudad Serdán (31 municipios), IV Angelópolis (33 municipios), V Atlixco y Matamoros (24 municipios), VI Mixteca (45 municipios), y VII Tehuacán y Sierra Negra (21 municipios) (INEGI, 2005).

la capital del estado —la ciudad de Puebla— centro urbano con una alta actividad económica y política, y con un proceso de urbanización que ofrece “los mejores servicios, las mejores vías de comunicación y por ende la mejor localización” (Corona *et. al.*, 2014, p. 7).

No obstante, las cifras sobre la densidad poblacional en el resto de las regiones fueron menores: en Atlixco y Matamoros se encuentra el 6.54% de la población, en la Mixteca el 4.77%, en Tehuacán y Sierra Negra el 11.15%, en la Sierra Nororiental el 9.20%, en la Sierra Norte el 11.20% y en Ciudad Serdán el 11.26%. Por otra parte, los índices de marginación⁸ resultaron más altos en las regiones serranas, principalmente en la Sierra Norte de Puebla, alcanzando casi los .80 puntos entre el año 2000 y el 2010 de acuerdo al CONAPO (En Corona *et. al.*, 2014).

2.2.2 Sierra Norte de Puebla.

Resulta particularmente importante comprender cómo se compone la Sierra Norte de Puebla y de manera general, cuáles son las características particulares sociales, económicas, ecológicas y políticas que presenta en el actual contexto capitalista neoliberal, pues es aquí donde encontramos nuestra unidad de análisis, la finca Tlan Makán.

Para tal tarea encontramos que esta región ha sido conceptualizada y delimitada de diversas maneras por distintas instituciones (INEGI, 2005; CDI, 2000; INAFED, s/f) y dentro de disciplinas como la geografía (Emilia en Masferrer, 2006), la biología (Martínez, Evangelista, Mendoza, Morales, Toledo y Wong, 1995), la historia y la antropología (Báez, 2004; Masferrer, 2004 y 2006), por mencionar sólo algunas.

Si bien pudiera ser que para fines prácticos el INEGI (2005) establece que esta región comprende 35 municipios al norte y dentro del estado de Puebla, encontramos a autores como Masferrer (2006) que consideran esta región íntimamente ligada a la manera en que se ha conformado históricamente, pues este territorio era el antiguo Totonacapan, habitado desde la época prehispánica por grupos totonacos y con una alta movilidad de nahuas, otomíes y tepehuas (Báez, 2004). García Martínez (en Báez, 2004), divide la región en función de las relaciones entre grupos étnicos, en tres subregiones: la occidental, considerada la ‘original y mayoritariamente totonaca’; la oriental, con mayor influencia de los olmecas-xicalancas, y

⁸ “El índice de marginación es una medida de déficit y de intensidad de las privaciones y carencias de la población en 4 dimensiones relativas a las necesidades básicas establecidas como derechos constitucionales: educación, viviendas, ingresos y distribución de la población” (CONAPO; en Corona *et. al.*, 2014).

la septentrional, con presencia totonaca, más próxima a El Tajín y más alejada de las tradiciones del centro.

La orografía de la Sierra Norte de Puebla, caracterizada por su accidentado relieve, se compone de pequeñas sierras y profundas barrancas; es atravesada por los ríos Panthepec, San Marcos y Necaxa-Cempoala con sus múltiples ramificaciones, en altitudes que van de los mil a los 3 mil metros sobre el nivel del mar. Esto último, sumado al clima húmedo templado que presenta la región, da cabida a una biodiversidad exuberante que se corresponde con la diversidad cultural en la que seguimos encontrando a pueblos nahuas, totonacos, tepehuas, otomíes y, desde el siglo XIX, a mestizos (Martínez, *et. al.*, 1995).

Cabe señalar la importancia de estas características ecológicas, como apunta Masferrer (2006), pues sirven de base para la expansión capitalista de la región. Precisamente, pocos fueron los mestizos que accedieron a la Sierra Norte de Puebla antes del siglo XIX (evangelizadores principalmente), y no fue hasta finales de este siglo, que con la introducción del café, los mestizos penetraron en la región, incrementándose el despojo de tierras y obligando a los indígenas “a ser jornaleros subordinados al autoritarismo y al abuso de un nuevo grupo de caciques” (Castillo, 2013, p. 58).

Masferrer (2006) considera que la Sierra Norte está compuesta por 68 municipios, que a su vez se subdividen en cuatro grandes regiones de acuerdo a las características ecológicas y a las actividades económicas que predominan en cada una de ellas: la Bocasierra contiene a los centros rectores principales de la región y es la puerta de acceso desde el Altiplano poblano-tlaxcalteca; la Sierra Norte o zona cafetalera, región húmeda, con clima templado-cálido, que produce principalmente café y pimienta; la zona baja de la Sierra, con un clima tropical, cultivan cítricos y frutas tropicales, y se dedican a la ganadería, y el Declive del Golfo.

No obstante la amplia diversidad biológica de la Sierra Norte de Puebla, Masferrer la considera “una región predominantemente rural con un alto índice de población indígena y un elevado grado de marginalidad [*ver figura 3*], sobre todo entre esta población, aspecto que explica el alto índice de expulsión de mano de obra que caracteriza a esta zona” (2006, p. 20).

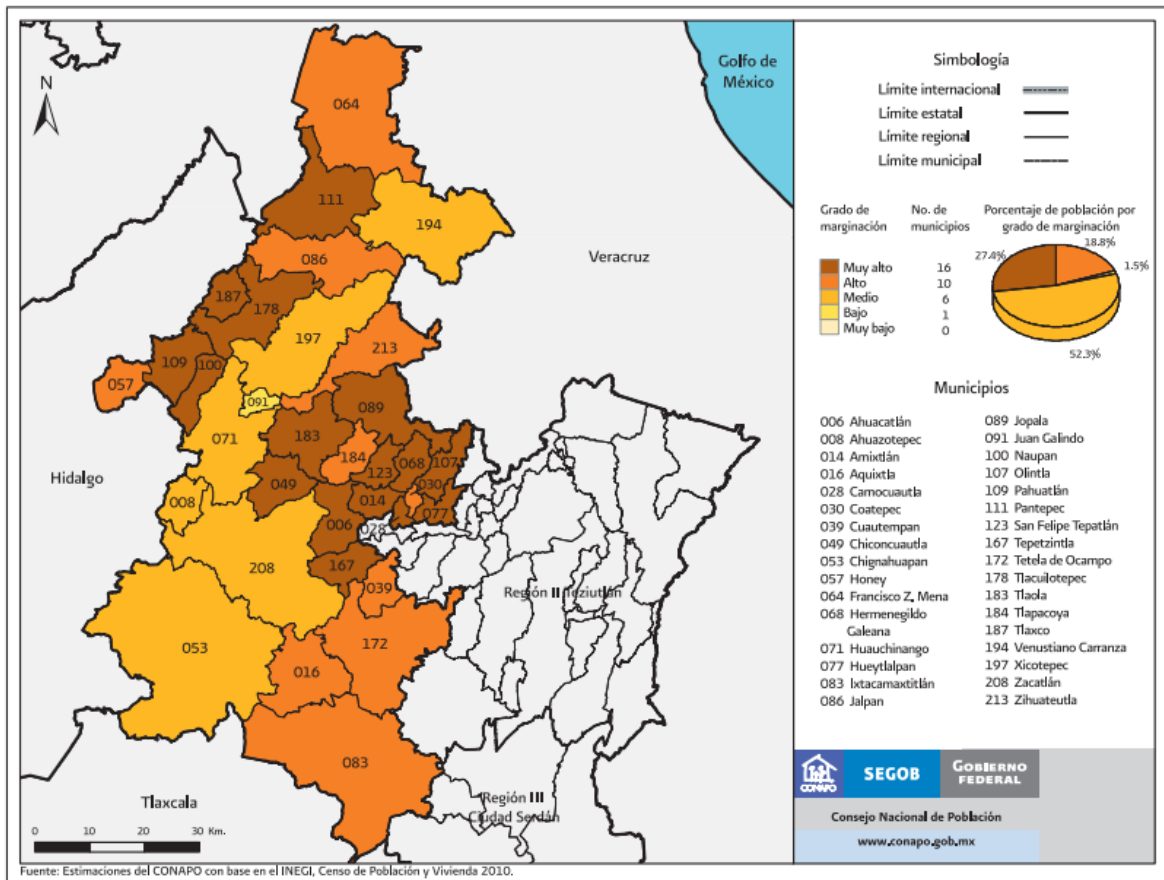


Figura 3. Grado de marginación por municipio, Región I, Puebla, 2010.

Fuente: CONAPO (2011).

Aún más, sobre la población migrante apunta que:

Hasta hace unos diez años, los migrantes se dirigían a las ciudades de Puebla y México, donde trabajaban por lo general en la industria de la construcción, y otra población todavía más marginal buscaba trabajo en las fincas cafetaleras de Puebla y Veracruz; actualmente, la migración hacia Estados Unidos se ha intensificado de manera notoria, debido a las crisis que afectó seriamente el cultivo del café, a las pocas posibilidades de desarrollo en la región y a la escasez de trabajo en las ciudades (*Ibíd.*).

Si bien esta región ha sido habitada por nahuas y totonacas aún “después de más de 500 años de opresión, dominación y políticas integracionistas, [y] han logrado mantener una presencia significativa en la sociedad pluriétnica del México contemporáneo” (Masferrer, 2004, p. 5), estas culturas también han sufrido transformaciones, tal es el caso de los totonacas, cuya cosmovisión del mundo ha pasado de regirse por el catolicismo totonaca en el siglo XX, “resultado de la fusión de sus tradiciones prehispánicas con el catolicismo colonial”, a

diversificarse en las últimas fechas, en parte por la migración prolongada a espacios urbanos, acercando a esta población a “prácticas religiosas más vinculadas con el catolicismo del centro de México” (*Ibíd.*, p. 14).

Debido a esto último, ciertos sujetos pertenecientes grupos étnicos, han dejado de participar en sus comunidades de origen en las prácticas religiosas; parte por un fuerte activismo etnopolítico, en donde se retoman ceremonias tradicionales y una mayor participación laica (católicos de la Iglesia autóctona); y parte por el trabajo sistemático de los evangélicos, con la ayuda del Instituto Lingüístico de Verano en la región a partir de 1950, con lo que crecieron grupos de bautistas y pentecostales, que ayudaron a fortalecer la identidad étnica gracias al uso del “totonaco como lengua litúrgica y de evangelización” (*Ibíd.*, p. 15)

En cuanto a las transformaciones socioeconómicas y políticas, Masferrer (2004) afirma que a partir del Porfiriato, la Sierra Totonaca se introdujo a los ciclos mercantiles con la producción a gran escala de caña de azúcar, algodón y en menor medida, de café. Sin embargo, a principios del siglo XX, la producción industrial textil de Puebla, el cultivo intensivo-extensivo de algodón en otros estados del país, “el control de precios del azúcar y la introducción de otros edulcorantes” (p. 25), dejaron fuera del mercado a la producción serrana de algodón y azúcar de caña. Esto último sumado a factores como el crecimiento demográfico en la región y la aplicación de la estrategia de ‘ventajas comparativas’⁹ en el comercio internacional, resultó en la transformación de la economía serrana a partir de la cafeticulturización de la región.

Con lo anterior, se provocó un auge del cultivo agrocomercial del café que duró 20 años, tiempo en el que operó el Instituto Mexicano del café (Inmecafé), que reguló el mercado asumiendo un rol de cooperativa para los productores, pues buscó establecer

⁹ La teoría de la ventaja comparativa describió en el siglo XIX la manera en que la especialización de la producción y el intercambio de bienes a nivel internacional, maximiza el aprovechamiento de los recursos principalmente humanos, disminuyendo los costos de producción para las naciones. Según esta teoría, “el país superior debería exportar y especializarse en los bienes donde tuviera la más grande ventaja absoluta, y el país inferior debería exportar y especializarse donde tuviera la menor desventaja” (Buendía, 2013, p. 59). Esta ventaja era determinada por el factor con el que estuviere mejor dotado un país, y que permitiera la intensidad de la producción, como la fuerza de trabajo, la tierra o el capital. En el caso del café en México, abundan tanto la fuerza de trabajo como la tierra. Como mencionamos, hasta finales de los años ochenta, el capital para la producción del café era de los productores, grandes y pequeños, pero con las transformaciones del mercado internacional, el capital dejó de ser de los pequeños productores, dejando, en buena parte, a los grandes productores nacionales e internacionales, como los únicos capaces de obtener ganancias de este mercado (*Ibíd.*).

remuneraciones adecuadas, ayudó a mejorar y comercializar la producción en el mercado nacional e internacional, además impulsó el desarrollo de Asociaciones Regionales de Interés Colectivo (ARIC) para la compra, comercialización y exportación del café.

Fue hasta finales de 1980 que Estados Unidos y otros países primermundistas consumidores decidieron liberar el mercado internacional y cancelaron el Convenio Internacional del Café, provocando así una crisis en los países productores, principalmente tercermundistas, en donde los costos de producción se incrementaron y el precio del café se desplomó a nivel internacional.

Asimismo, la liberación del mercado significó en México el quiebre de los apoyos estructurales del Estado, incluyendo la reducción de la Conasupo, la privatización de Fertimex, la liquidación del Inmecafé y el quiebre de muchas de las ARIC. Aún más, de acuerdo a Masferrer (2004) “el golpe definitivo vino con el ingreso de Vietnam y otros países asiáticos en el mercado, con lo cual se derrumbó definitivamente el mercado, tanto por la sobreoferta como por los ínfimos costos de la mano de obra asiática” (Masferrer, 2004, p. 26).

Aunado a esto, el Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria (CEDRSSA, 2014), apunta otros factores por los que la producción de café en México ha disminuido en las últimas tres décadas, entre las que cuenta:

La disminución en el precio internacional, [...] la caída en el rendimiento por el agotamiento de los cafetos, [...] los altos costos que enfrentan los productores y [...] plagas como la roya, que actualmente afecta al cultivo y que la OIC señala como la peor afectación desde que ésta hizo su aparición en Centroamérica en el año de 1976 (CEDRSSA, 2014, p. 14).

Así, los pequeños productores dejaron de ser capaces de satisfacer las necesidades de los grandes compradores y las comunidades indígenas, “que habían incrementado su capacidad de sostenimiento de la población por las transferencias de la exportación de café”, se sumieron en una crisis que sigue vigente, pues el cultivo agrocomercial de café no es fácil de sustituir, como tampoco es fácil volver a la producción de milpa por factores como la calidad de las semillas, las condiciones ecológicas y del suelo, la alta densidad poblacional y los requerimientos del mercado (Masferrer, 2004, p. 27) .

2.2.3 Jopala.

Para aproximarnos más al contexto local de nuestro caso de estudio, en este apartado se describen algunas características geográficas y demográficas del municipio de Jopala, lugar donde se ubica la finca Tlan Makán, así como características de los municipios que colindan con éste, los cuales suministran mano de obra para dicha finca.

Jopala se encuentra en la región Sierra Norte de Puebla a una altitud entre los 100 y los 1,400 metros sobre el nivel del mar “entre los paralelos $20^{\circ} 07'$ y $20^{\circ} 17'$ de latitud al norte y los meridianos $97^{\circ} 39'$ y $97^{\circ} 52'$ de longitud oeste” (ver figura 4); colinda con los municipios de Zihuateutla, Olintla, Hermenegildo Galeana, San Felipe Tepatlán, Tlapacoya en el estado de Puebla, y con Filomeno Mata en Veracruz; se compone de 31 localidades; cuenta con corrientes de agua perennes (Ajalpan, Acala, Necaxa, Tecpatlan y Tlamaya) e intermitentes (Hondo, Tampisne y Verde), y su clima es principalmente semicálido húmedo con lluvias todo el año, con temperaturas que van de los 18°C a los 26°C (INEGI, 2009, p. 1).

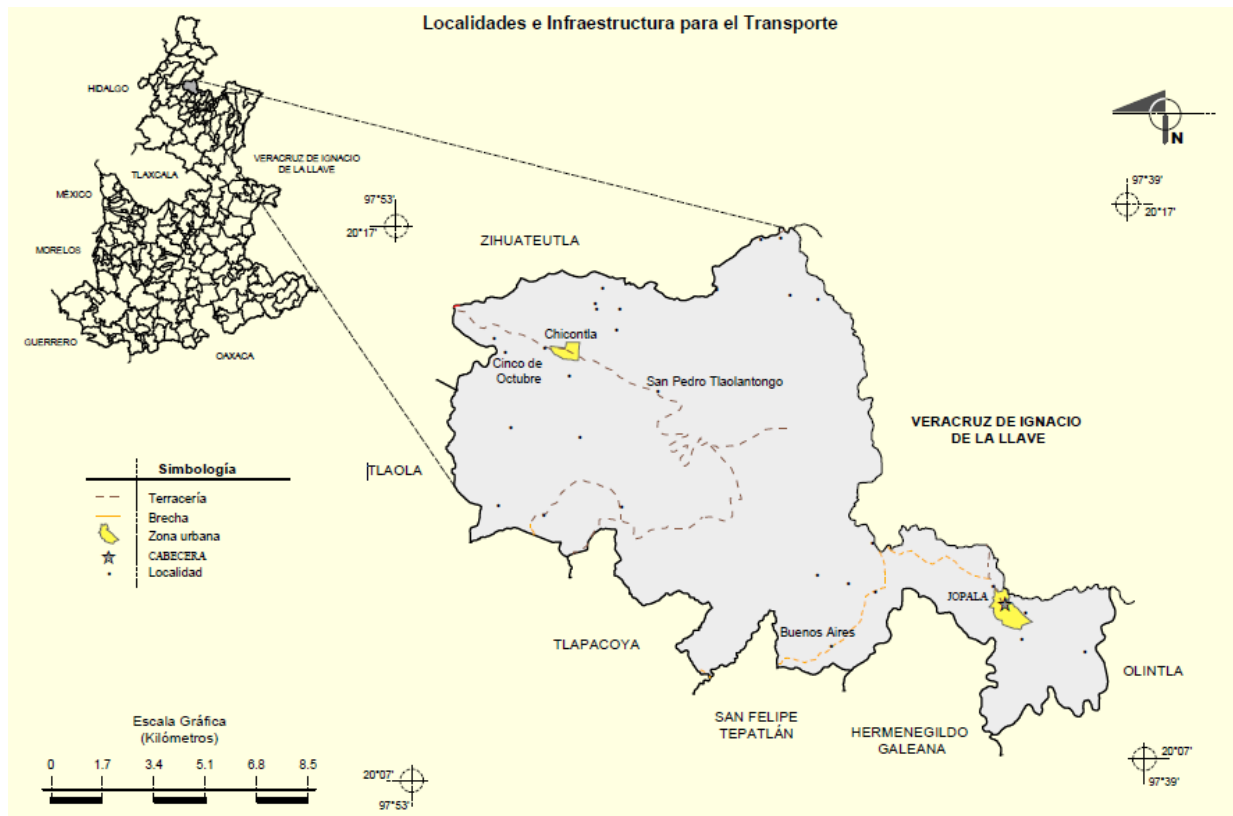


Figura 4. Municipio de Jopala: localidades e infraestructura para el transporte.

Fuente: INEGI (2009).

El uso del suelo en Jopala es de 62% para la agricultura y 1% para la zona urbana; la vegetación está compuesta por pastizal (32%), bosque (4%) y selva (1%). El uso potencial de la tierra¹⁰ es de 20% para la agricultura mecanizada continua, 13% para la agricultura con tracción animal continua, 27% para la agricultura continua, y 40% no es apta para la agricultura; además el 20% es para el establecimiento de praderas cultivadas con maquinaria agrícola, 13% para praderas cultivadas con tracción animal, 16% para el aprovechamiento de la vegetación de pastizal, 6% para el aprovechamiento de la vegetación natural diferente del pastizal, y 45% no es apta para uso pecuario (INEGI, 2009).

De acuerdo al INAFED (s/f) su toponimia proviene de *Xopala*; nombre náhuatl que se compone de los vocablos *Xopalli* y *la* (equivalente a tla), que respectivamente significan color verde y abundancia, y en conjunto: “hay mucho verde”, “lugar verde” o “Árbol de Xupale”. Fueron grupos nahuas y totonacos los que en la época prehispánica fundaron este asentamiento, siendo sometidos por los españoles en la época de la colonia.

Encontramos que la población total del municipio en 2010 fue de 12,997 habitantes de los cuales 6,327 eran hombres y 6,670 mujeres; 2,937 fueron las viviendas que se registraron habitadas y 6,770 el número de pobladores mayores de 5 años que hablaban alguna lengua indígena (INEGI, 2009).

El municipio de Jopala pasó de tener un grado de marginación alto en 2005, a muy alto en 2010 (con un índice que fue de .98 a 1.17), siendo así que del total de las viviendas particulares habitadas, el 3.26% no contaba con drenaje ni excusado, el 3.25% no tenía energía eléctrica, y el 21.28% no tenía agua entubada, aún más, el 57.36% de las viviendas particulares habitadas registraron algún nivel de hacinamiento y el 79.97% de la población del municipio percibía ingresos de hasta dos salarios mínimos. En el ámbito educativo, encontramos que de la población mayor de 15 años, el 31.07% resultó ser analfabeta, y el 51.79% no terminó la primaria (SEDESOL, 2013).

Por su parte, los indicadores de rezago social para este municipio dan cuenta de que el 5.59% de la población de seis a catorce años no asiste a la escuela, y a diferencia de los

¹⁰ El uso potencial de la tierra “describe el conjunto de condiciones ambientales a las que el hombre tiene que enfrentarse –al transformarlas o adaptándose a ellas- para aprovechar mejor el suelo y sus recursos en el desarrollo de la agricultura, ganadería, silvicultura y desarrollo urbano, así como para el establecimiento de áreas de conservación de recursos naturales” (INEGI, s/f), desde: <http://www.inegi.org.mx/geo/contenidos/reclnat/usopsuelo/Default.aspx>

indicadores de marginación, presentan que el 70% de la población mayor de 15 años no terminó la primaria. El grado de rezago social paso de ser medio a alto de 2005 a 2010, con un índice de .579 a .963. Por si fuera poco, el 43.62% de la población total del municipio (3,341 hab.) se encuentra en la pobreza extrema (*Ibíd.*).

Es importante señalar que entre las localidades del municipio con grados de marginación muy alto se encuentran Tecuantla (Los Reyes), Izquimpan, Peña Blanca, Bugambilias (La Cruz), Sataskauat, San Martín y Oro Verde (Monte de Chila), siendo esta última la ubicación de la finca Tlan Makán. Aún más, localidades como Jopala, Buenos Aires, Cuamaxalco, Chicontla, El Encinal, Patla, Tlaolantongo, Arroyo Hondo, entre otras, todas ellas expulsoras de mano de obra para la finca, presentan un alto grado de marginación (SEDESOL, 2013).

Aún más, encontramos que tanto el municipio de Jopala como los municipios con que colinda, presentaron altos grados de pobreza en 2010 (*ver figura 5*), siendo Filomeno Mata, Veracruz, el que más alto grado presentó con 92.7% de su población en pobreza y 62.1% en pobreza extrema. A este municipio se le suman en Puebla los municipios de Jopala y Zihuateutla, ambos con grados de pobreza del 90% de su población; San Felipe Tepatlán y Hermenegildo Galeana con 55% y 54.5% de su población en pobreza extrema; son los municipios que le siguen.

Entidad	Población total	Pobreza	Pobreza extrema	Población con ingreso inferior a la línea de bienestar	Población con ingreso inferior a la línea de bienestar mínimo
Estado de Puebla	5, 794, 763	61.2	16.7	66.7	27.3
Filomeno Mata, Ver.	15, 503	92.7	62.1	92.8	73.8
Hermenegildo Galeana, Pue.	5, 215	88.8	54.5	88.9	62.5
Jopala, Pue.	7, 660	90.0	43.6	90.4	62.1
Olintla, Pue.	6, 028	89.1	49.7	89.1	62.9
San Felipe Tepatlán, Pue.	2, 092	89.2	55.0	89.4	62.7
Tlaola, Pue.	11, 874	87.6	45.3	88.4	59.9
Tlapacoya, Pue.	5, 534	89.6	47.6	89.8	62.7
Zihuateutla	8, 601	90.0	52.4	90.4	67.2

Figura 5. Pobreza en los municipios de la zona de la finca Tlan Makán, 2010.

Fuente: Elaboración propia con datos de CONEVAL (2010).

2.3 La Finca Tlan Makán

La finca Tlan Makán significa “mano trabajadora” en totonaco, pero fue mejor conocida en los ‘90 y a inicios de milenio como la finca Oro Verde. Está ubicada en Monte de Chila, municipio de Jopala, en las coordenadas 20° 13’ al norte y 97° 50’ al oeste, a una altura de entre 600 y 900 metros sobre el nivel del mar, es una de las fincas más grandes de la región, pues cuenta con 2, 110 hectáreas de extensión, de las cuales actualmente 700 ha. están destinadas a la producción de café. El clima en dicha finca es cálido, húmedo y lluvioso durante todo el año, lo cual permite el cultivo de café de tipo *Arábica*, de variedad *Red Catuai*, que en la cosecha de 2013-2014 fue de aproximadamente de 10, 000 quintales y en 2014-2015 de 15, 000.

Dicha finca cuenta con un beneficio de alta tecnología, con maquinaria y espacio de almacenamiento (tanques de lavado, despulpadoras, cribas, secadoras, maquinaria para el curado de café y bodega) para la venta y exportación de 8, 000 sacos con 69 kilogramos cada uno de café verde al año. Esta transacción la han realizado por casi tres décadas con la empresa “Exportadora de Café California” (ECC)¹¹, compañía que forma parte del grupo transnacional alemán “Neumann Kaffee Gruppe” (NKG), el cual es uno de los líderes en la producción y comercialización de café en el mundo¹².

Podemos decir que la Tlan Makán es una empresa agroindustrial con una forma de integración vertical y directa, lo cual quiere decir que la dirección, administración y control de la producción las realiza por cuenta propia en tierras y con maquinaria que también son de su propiedad, asumiendo los riesgos y beneficios que dicha producción implica (Bustamante, Salazar y Agüero, 2008).

Sumado a esto, es relevante señalar que, si bien la finca no es una empresa de carácter transnacional, sí es de origen alemán y ha mantenido relaciones comerciales con ECC y NKG –también alemanas– desde sus inicios. Dichas relaciones son el resultado de los cambios estructurales, del efecto de la liberación del mercado (descrito a lo largo de este trabajo),

¹¹ Dos tercios del volumen de café que maneja la Exportadora de Café California es enviado al extranjero, lo cual representa el 15% del total de la exportación nacional de café. El otro tercio es comercializado por dicha empresa al interior del país, lo cual hace a ECC en una de las principales proveedoras industriales de México (ECC, s/f, recuperado de: NKG, s/f, recuperado de: <http://es.eccmexico.com/aboutus>)

¹² Neumann Kaffee Gruppe es propietario o socio de 49 compañías ubicadas en 27 países, dedicadas a la oferta de servicios y productos en toda la cadena productiva de café verde (NKG, s/f, recuperado de: <http://www.nkg.net/aboutus>)

ofreciendo así atractivas oportunidades –bajos costos de producción– a los inversionistas extranjeros. Por lo anterior, y para comprender el devenir de nuestro lugar de estudio en el tiempo, resulta importante hacer un recuento del surgimiento y desarrollo de la finca Tlan Makán.



Imagen 1. Finca Tlan Makán. “Por el medio ambiente, para la naturaleza, hacia el futuro”.
Fotografía propia. Jopala, 8 de junio de 2015.

2.3.1 Devenir de la finca.

La finca Tlan Makán surgió a inicios de la década de 1980, cuando Martín Giesler –finado empresario alemán, expropietario de la finca Tlan Makán–, comenzó a comprar y plantar café en los terrenos en el Monte de Chila y sus alrededores. Más adelante, en 1991, Giesler se asoció con Neumann Kaffee Gruppe, (teniendo a la cabeza al señor Neumann), quien también estaba en el proceso de hacerse propietario de la finca “La Puebla”¹³, otra de las grandes plantaciones de café en la región, y curiosamente, la primera plantación de café en el mundo del antes mencionado Neumann Kaffee Gruppe. En esta asociación, ambas partes comenzaron a invertir las ganancias que obtenían de La Puebla en la finca que hoy es la Tlan Makán –entonces Oro Verde– (Doctor Petersen, comunicación personal, 8 de diciembre de 2015).

¹³ La Puebla actualmente cuenta con 1, 542 ha. de extensión, de las cuales 1, 290 ha. producen una cantidad de más de 30, 000 quintales de café anuales en 2010-2011. (Neumann Kaffee Gruppe, s/f, desde: <https://www.fincalapuebla.com/aboutus>)

Para 1992 ya se tenían los viveros para hacer las plantaciones en la finca; durante este y el año que siguió se compraron los terrenos, y en 1994 comenzaron a sembrarse las cientos de hectáreas que hoy conforman la finca (*Ibíd.*). Cabe señalar que de las 2, 000 ha. que la conforman, 700 corresponden a la plantación de café; el resto lo ocupan los caminos dentro de la finca, el beneficio de café, las galeras para los trabajadores, las oficinas de los ‘encargados’ -que son los responsables de organizar la jornada laboral diario-, los almacenes en los que se guarda el material de trabajo y las tolvas en las que se pesa el café cortado.

En 1995 la asociación entre Giesler y Neumann se fragmentó debido a tensiones entre los dos, quedándose el primero la finca Tlan Makán, y el segundo, la Puebla. Los años que siguieron y hasta el 2002, nos dice el gerente y agrónomo de la finca, serían de los mejores (*Ibíd.*). La finca, dividida en ocho secciones en total -cada una de estas con galeras, oficina y almacén- estaba entonces completamente en funcionamiento; durante la temporada de corte llegaban a contratar de 2,000 a 3,000 personas -relatan los trabajadores que había veces en que la gente ya no cabía en los dormitorios por lo que dormían en el comedor-, y se cosechaban hasta 50 mil quintales por temporada.

Después de esta época la finca comenzó a decaer. De las ocho secciones, tres dejaron de funcionar y actualmente son dos o tres las secciones que trabajan. Esto se debe en parte a un intento costoso y fallido del dueño de la finca por convertir a la plantación de café en orgánica; dejaron de utilizar fertilizantes y demás agroquímicos sobre lo cual el administrador de la finca comenta que la tierra necesita mínimo diez años de inversión para deshacerse de todos los químicos que se le han puesto; las plantas “se volvieron viejas”, dejaron de producir pues estaban acostumbradas a producir sólo con fertilizantes industriales; no fue rentable para la empresa, pues requería mucho tiempo y dinero de inversión (Don Abelardo, comunicación personal, 5 de diciembre de 2015).

Lo anterior implicó introducir borregos a la producción de café, en un intento de abonar la tierra, limpiar los cultivos de hierbas y malezas, y disminuir la contratación de jornaleros; finalmente el proyecto fracasó, pues en su lugar, la tierra de cultivo se compactó, impidiendo el crecimiento, desarrollo y adecuada producción de los cafetos, induciendo a la finca en una decadencia de la que no se ha logrado salir. Para rematar, en esa época se plantaron diversas variedades de árboles, creando un sistema agroforestal que existe hasta la fecha, del cual se esperaba que mejorara el suelo y la producción de café en la finca, lo cual

no fue tan notorio. Actualmente, dicha plantación provee la madera para poner en funcionamiento los hornos del beneficio de café, cocinarle a los trabajadores, además de destinar una parte a la venta (*Ibíd.*).

Ahora bien, el doctor Petersen –gerente y agrónomo de la Tlan Makán– pasó de trabajar en la finca Puebla a trabajar en la Tlan Makán a raíz de la muerte de Martín Giesler. “La finca estuvo funcionando mal hasta que él murió. Estaba muy descuidada, los encargados desmotivados. El señor estaba enfermo y no manejaba la finca de la misma forma” dice Petersen. Giesler heredó a sus hijos la finca, pero es el Dr. Petersen quien principalmente la dirige.

Dado el deterioro de la finca por las causas antes referidas, desde hace cuatro años, la finca se maneja con una política de cierta austeridad, encontrando diversas maneras de ahorrar recursos: se contrata a un promedio de 400 personas durante la temporada de corte¹⁴, y un número mucho menor (50-60 personas) durante el mantenimiento; los trabajadores con nómina son pocos (encargados de las plantaciones y responsables del beneficio, administrador y gerente de la finca); mantienen un trato con los ‘milperos’, en el que a éstos se les permite plantar maíz, frijol, calabaza, entre otros siempre que cuiden la plantación de café de plantas jóvenes en la que siembran (lo cual no sería costeable de otra manera), y todos los gastos son pagados de la cosecha de café que se obtiene de octubre a marzo, que en 2015-2016 fue de entre 3000 y 4000 quintales.

2.3.2 Acceso a la finca.

En cuanto al acceso a la finca, encontramos que se puede entrar por la frontera con Veracruz, cerca del municipio de Filomeno Mata, y por Puebla, cerca de Xicotepec de Juárez y Huauchinango, precisamente por La Unión Zihuateutla sobre la carretera Federal que conecta estas dos últimas ciudades. Ambos caminos presentan dos características: pavimentación y terracería, que han venido facilitado la comunicación dentro de la región entre las

¹⁴ Como se mencionó anteriormente, este número no representa la totalidad de trabajadores que asisten a la finca durante la temporada de cosecha, pues comúnmente sólo se registra el nombre del padre o cabeza de familia, de aquella persona responsable del grupo de parientes, y con menor frecuencia, de niños mayores de 11 años que son asalariados independientes.

comunidades y los centros urbanos, caracterizada a lo largo del tiempo como una zona de difícil acceso¹⁵.

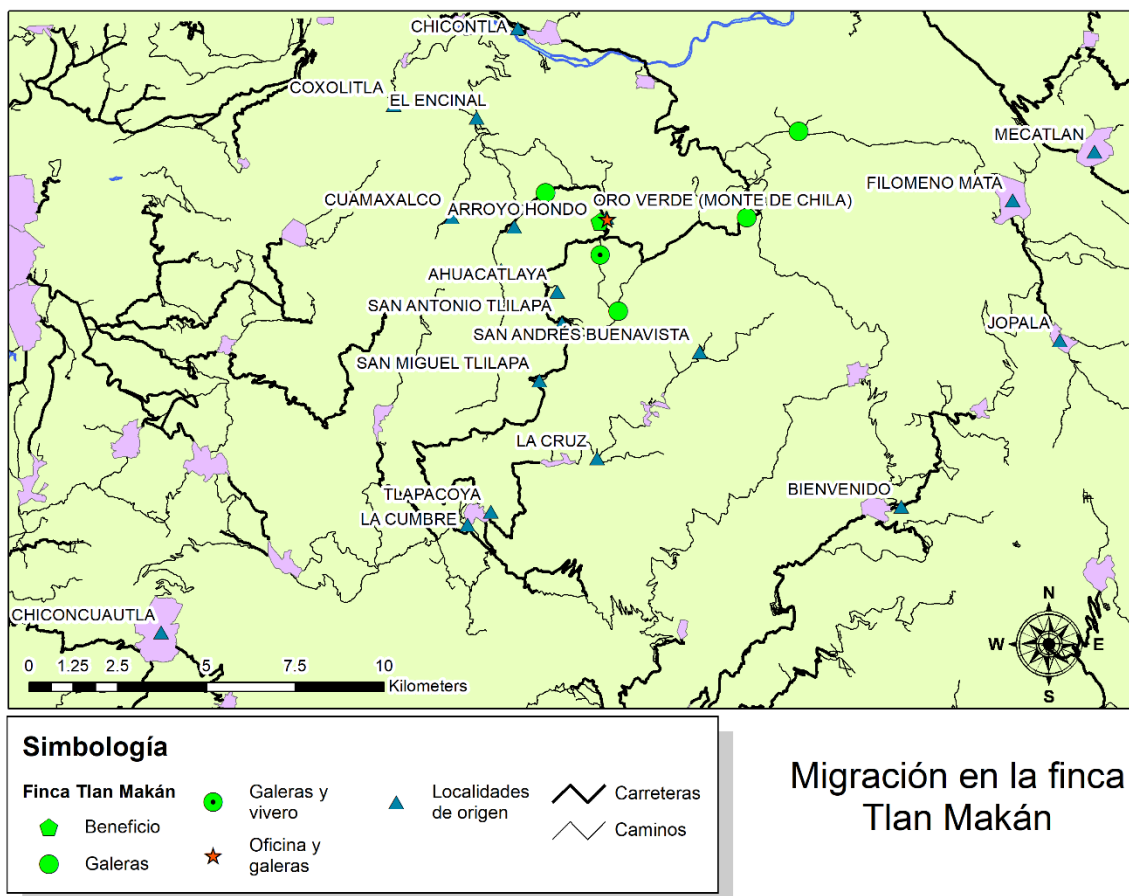


Figura 6. Mapa de la finca Tlan Makán y localidades de origen aledañas. Escala 1:50,000.
Fuente: Elaboración propia con base en la carta topográfica f14D84 de INEGI (2015b).

Encontramos que uno de los transportes públicos -‘combis’- que hace esta conexión, se encuentra en Xicotepéc de Juárez con dos rutas principalmente, una que llega a la comunidad de Tlapitzalapa y otra que llega a la de Ahuacatláya. Hay únicamente una corrida por la mañana de estas comunidades a la ciudad, y otra por las tardes que va en el sentido inverso. Por el camino se observa una gran cantidad de fincas cafetaleras pequeñas y beneficios

¹⁵ En esta zona, encontramos que el clima es húmedo, con lluvias durante todo el año. Teniendo esto en cuenta, se entiende que ocurran inundaciones en el camino y derrumbes en las laderas del mismo, que dificultan el tránsito, por lo que a últimas fechas, el gobierno estatal ha trabajado para mantener hasta cierto punto en buenas condiciones el camino.

cafetaleros, venta de plantas de café y en menor medida, otros cultivos, venta de otro tipo de plantas y productos.

La ruta que llega a Tlapitzalapa pasa por las comunidades nahuas principalmente de La Unión Zihuateutla, Patla, El Encinal, y Arroyo Hondo (la más cercana a la finca). La que llega a Ahuacatlaya pasa por Chicontla, San Pedro, Patla y La Unión Zihuateutla. Por el lado fronterizo a Veracruz hay una ruta de transporte público que llega a Filomeno Mata, pero para estos trabajadores, la finca proporciona el transporte dada la proximidad que tiene este pueblo con la finca, además del alto número de trabajadores y familias que vienen desde el mismo a cortar café. Además de estas rutas, muchos trabajadores caminan por las veredas, o hacen transbordos para moverse entre la finca y su comunidad de origen.

2.3.3 División espacial de la finca.

Ahora bien, como anteriormente señalamos, la finca se divide en ocho secciones, de las cuales actualmente dos están en funcionamiento: la A3 y la B2 (una tercera sección, la A2, funciona cuando la cosecha demanda mayor mano de obra). La B2 (más próxima a Puebla) recibe a trabajadores migrantes que pernoctan en las galeras, mientras que en la A3 (más cercana a Veracruz) se organiza la jornada laboral de los trabajadores que se mueven diario entre la finca y su pueblo de origen (Filomeno Mata y Mecatlán principalmente). Otras secciones –la C y Viveros– que albergaron a cientos de jornaleros a principios de este siglo, ahora son habitadas por algunas familias jornaleras que laboran en la finca de manera permanente.

La sección B2 (*ver figura 7*) cuenta con galeras para trabajadores en su mayoría temporales, un amplio comedor y cocina, letrinas a unos metros de las galeras, baños con regaderas, lavaderos, el almacén de los materiales de cultivo, el dormitorio del encargado y su oficina, el dormitorio de los encargados de la seguridad de la finca, y en un área un tanto separada de esta otra, bajando por un camino de terracería, se encuentra el beneficio de café en el que se procesa la cosecha, junto al cual encontramos unas galeras especiales para los trabajadores de éste, el dormitorio del técnico eléctrico y mecánico de la finca, así como el del administrador y gerente de la finca, que además de ser mayor en tamaño, cuenta con su propia cocina, baño, sala y comedor.

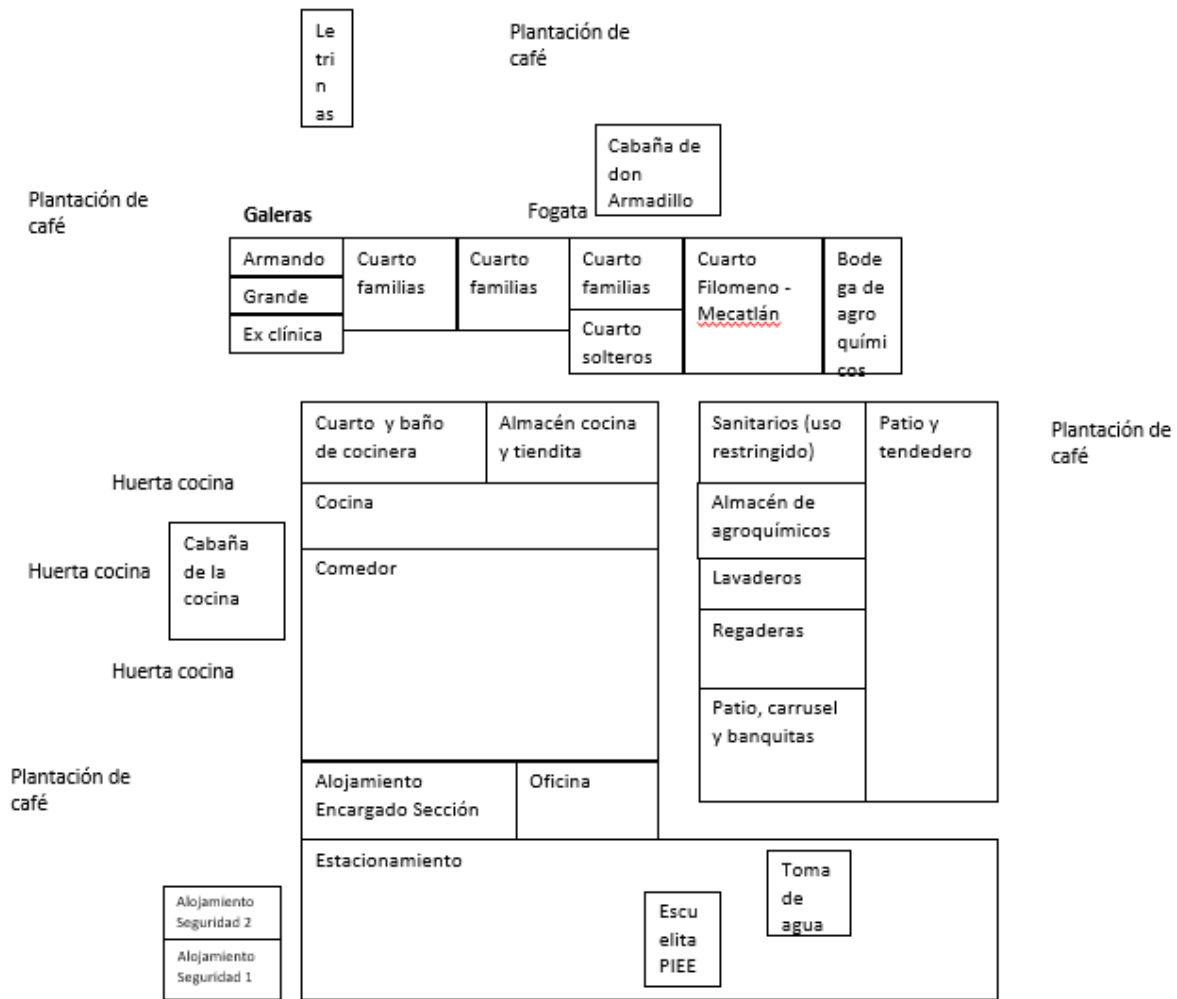


Figura 7. Croquis de la división espacial de la sección B2 de la finca Tlan Makán.
 Fuente: Elaboración propia con base en la observación de trabajo de campo (2015-2017).

Encontramos que en el edificio de las galeras de los jornaleros, había siete habitaciones amplias, unas más que otras, con una suerte de plataformas de madera a modo de literas de dos pisos, en las que se acomodan las familias y grupos de jornaleros para dormir o descansar. Se observó que en el cuarto más amplio, se alojaban las familias y jornaleros totonacas; en otro de los cuartos, los trabajadores que atendían a la finca solos; otras tres habitaciones eran para las familias nahuas y mestizas; y los dos cuartos más pequeños, eran para uno de los melgueros y enganchadores (se hablará más de esto en el capítulo 3) de mayor antigüedad laboral en la finca, y para uno de los trabajadores del beneficio con lazos de parentesco con uno de los encargados de la finca. Además, existe una habitación que fungió como clínica y escuela a principios de este siglo, pero que ahora se encuentra en desuso.

Junto al conjunto de galeras, se encuentra una cabaña individual habitada por el carpintero y albañil de la finca, que cuenta con muebles elaborados por él mismo de manera rústica, así como con un refrigerador, lo cual permite la venta de refrescos y tacos preparados por el mismo sujeto. Justo entre esta cabaña y el edificio de las galeras, en una pequeña esquina de éste último, los jornaleros encienden una fogata, en donde han adaptado una parrilla con dos tabiques a los lados y varillas metálicas sobre éstos. En esta parrilla, los jornaleros calientan agua para bañarse, preparan su propia comida después de la cena, se calientan el cuerpo y pasan su tiempo libre.



Imagen 2. Fiesta de Año Nuevo en la fogata del exterior de las galeras.
Fotografía propia, finca Tlan Makán, 1 de enero de 2016.

También hay un conjunto de sanitarios conectados al drenaje, pero su uso es restringido para la mayoría de los jornaleros. En su lugar, deben usar las letrinas que se encuentran unos diez metros detrás de las galeras o utilizar la plantación de café aledaña a éstas como sanitario. Las letrinas como las regaderas sólo son aseadas cuando los trabajadores jornaleros tienen la voluntad de hacerlo, lo cual es poco frecuente, aumentando el riesgo de contraer algún tipo de enfermedad.

Ahora bien, el comedor de los jornaleros agrícolas ubicado junto a las galeras cuenta con diez bancas largas en las que además de comer, pasan su tiempo libre (ven televisión, conversan o utilizan sus celulares). Conectado al comedor, está la cocina, lugar donde se almacenan los alimentos, se cocina con estufa de leña, se lavan los trastos y se sirve la comida. También se encuentra una pequeña tienda propiedad del encargado, atendida por la cocinera en turno, en donde se venden frituras, refrescos, galletas, dulces, así como material de trabajo como cubetas, guantes de hule o costales. Además, las cocineras también atienden la huerta fuera de la cabaña de la cocina, donde cultivan chayote, calabazas, hierbas aromáticas, y cuidan gallinas y pollos, que cocinan en ciertas ocasiones.

Contiguo al comedor, hay unos lavaderos en los que los trabajadores beben agua, lavan su ropa y se asean; también se reúnen ahí para pasar su tiempo libre. A un par de metros, se encuentran unas banquitas en las que los jornaleros descansan al volver de trabajar, conversan, esperan la cena o algunos días, el pago de la quincena. También hay un carrusel viejo muy utilizado por niñas y niños, quienes giran jugando en él a distintas velocidades.

Al lado del comedor, también está la oficina de Ángel el encargado, en donde anota a los trabajadores y paga el salario cada quincena, y justo fuera de ahí está el aparcamiento en el que se estacionan los camiones que transportan a los jornaleros, el café cosechado, y el auto del encargado en el que se transporta por la finca y por la región. Ahí mismo, está el aula móvil del PíEE, -una pequeña caseta, de no más de 4 por 2 metros- cerrada durante la temporada de mantenimiento y abierta durante el corte.

Finalmente, cerca del estacionamiento, se encuentran los dormitorios de los dos encargados de seguridad, uno para cada uno de ellos, los cuales cuentan con baño y cocina propios. El dormitorio de Erasmo (uno de los ‘policías’, que vive ahí con su esposa e hijo), también funge de tiendita en un esquema similar a la tienda de raya¹⁶. Es el establecimiento comercial mejor abastecido y más visitado de la finca Tlan Makán, pues además de vender lo que el encargado (frituras, galletas, refresco, dulces), también tienen productos de la canasta básica (aceite, huevo, sal, azúcar, leche), productos de higiene personal (papel de baño, toallas femeninas, pañales, cepillos de dientes, jabón, etc.), cigarros, medicinas, pan dulce, y en ciertas ocasiones, tamales y atole.

¹⁶ Comúnmente, a los jornaleros que compran en la tiendita se les fía y se les anota en una lista con la suma monetaria de sus consumos. Es hasta el pago quincenal del salario que Fátima, la esposa del ‘policía’, sale a cobrar lo debido con lista en mano, justo fuera de la oficina.

Capítulo 3. Vulnerabilidad social dentro del espacio laboral en la finca Tlan Makán

El objetivo del presente capítulo es dar cuenta de la vulnerabilidad social que viven familias, grupos de jornaleros agrícolas y particularmente niñas y niños en la finca Tlan Makán en relación al trabajo productivo, a través de las observaciones hechas en el trabajo de campo y de los testimonios de estos sujetos.

Para lograr lo anterior, se busca dar respuesta a los objetivos particulares de esta investigación, entre los que está describir y explicar el proceso de migración e inserción laboral de dicho grupo de estudio, caracterizar la estructura en la que se insertan, describir el trabajo que realizan, y analizar la manera en que éste se naturaliza.

Asimismo, se intentará probar algunas de las hipótesis que guían esta investigación, considerando que diversos factores son los que repercuten en el grado de vulnerabilidad social que experimentan niños y niñas jornaleras, mismos que entrelazan elementos inherentes del propio contexto de estudio y características distintivas de los sujetos en cuestión.

Por lo tanto, este capítulo está dividido en cuatro apartados, los cuales son abordados a partir de la vulnerabilidad social, siendo este el eje central que atraviesa la presente investigación: 1) La división social del trabajo; 2) Los jornaleros agrícolas; 3) La jornada laboral, y 4) Los niños y niñas trabajando. En el primero, se abordará la división social del trabajo en la finca Tlan Makán, describiendo las etapas que dividen la producción de café, a los actores que participan en la organización y ejecución de dicho trabajo, así como sus roles y relaciones, identificando algunas de las diferencias que conlleva su estatus.

En el segundo apartado se realizará una exhaustiva caracterización de los jornaleros agrícolas, analizando los diferentes tipos de movilidad espacial que realizan, así como su temporalidad y recurrencia, el lugar de origen de los jornaleros, y su adscripción étnica. Después, en el tercer apartado se describirá la jornada laboral que día a día ejecutan los jornaleros agrícolas migrantes, mostrando los distintos roles que se asumen en las familias y grupos de cortadores, así como lo extenuante de las jornadas laborales, los peligros a los que

ahí se exponen, entre los que se incluyen accidentes, picaduras de animales ponzoñosos, insolación, exposición a agroquímicos, entre otros.

Finalmente, en el cuarto apartado, se analizará puntualmente el trabajo que realizan niños y niñas en la finca en un contexto que de por sí es vulnerable, abordando algunas características de las unidades domésticas, la manera en que se insertan los menores en este mercado laboral, sus experiencias al hacerlo, así como la naturalización que se hace de su labor, siendo esta una actividad no reconocida, valorada y mucho menos, regulada.

3.1 La división social del trabajo

Se encontró que el ciclo agrícola del café se organiza en dos etapas centrales: la temporada de mantenimiento (marzo a octubre) en la cual se contrata a una cantidad limitada de trabajadores agrícolas en la finca Tlan Makán, en su mayoría hombres mayores de 14 años, y la temporada de cosecha o corte (octubre a marzo), en la que los jornaleros, que en su mayoría asisten en grupos de familias y unidades domésticas, trabajan para recolectar la mayor cantidad de café, pues su salario depende de los kilos recolectados.

Siendo que la finca Tlan Makán es una de las más importantes en la Sierra Norte de Puebla, ésta precisa de una gran cantidad de trabajadores agrícolas; por ejemplificar, en el periodo de corte de café que fue de octubre 2016 a febrero 2017, se registraron aproximadamente 400 jornaleros. Vale decir, que estos números no representan la totalidad de trabajadores, pues comúnmente sólo se registra al padre o cabeza de familia, o bien a aquella persona responsable del grupo de parientes, dejando de lado a otros integrantes de dichos grupos.

Es por eso que el caso aquí presentado es significativo, pues si consideramos que son familias enteras de jornaleros las que laboran en la finca Tlan Makán, y que por cada trabajador registrado, hay al menos otro no registrado –principalmente mujeres, niños y niñas– estaríamos hablando de una cifra estimada de 400 personas sin una remuneración salarial directa, incluyendo a una considerable cantidad de menores fuera de las regulaciones

jurídicas en esta materia¹⁷, lo cual es preocupante pues vulnera los derechos de estos sujetos como iremos dando cuenta en el texto.

A fin de reconocer la estructura organizativa laboral de la finca Tlan Makán en que se insertan los jornaleros agrícolas, en especial las niñas y niños, a continuación se presenta una caracterización y esquematización (*ver figura 8*) de los actores involucrados, así como de sus roles y relaciones en este espacio.

Tenemos que en la punta de esta estructura jerárquica de relaciones en la finca, están los propietarios de la misma; éstos son los hijos y la viuda del fundador de la Tlan Makán, el señor Martín Giesler, mismos que viven en la ciudad de Puebla, y atienden con poca frecuencia al espacio de la finca. Cuando lo hacen, recorren la finca en una camioneta a modo de paseo; algunas veces, Adriana, la viuda de Giesler, lleva ropa usada para los niños jornaleros; y otras, reparte cobijas entre todos los trabajadores.

Le sigue en esta estructura, el director de operaciones comerciales y agrónomas: el Doctor Petersen, alemán que labora en la finca desde hace más de 15 años. Por un lado ‘el Doctor’, como lo conocen los jornaleros, es el encargado de negociar la venta y comercialización de la producción de café año con año; labor que realiza en la asociación que tiene la finca con la Comercializadora de Café California. Además, atiende cada 15 días a supervisar la plantación de café y a dirigir a los encargados de cada sección para las distintas labores a realizar: podar, chapear, aplicar fungicidas, herbicidas y fertilizantes, cosechar, entre otras (Doctor Petersen, comunicación personal, finca Tlan Makán, 23 de diciembre de 2015).

Tenemos también al administrador de la finca, Don Abelardo, quien al igual que Petersen, tiene más de 15 años trabajando en este establecimiento. Vive en Puebla, y viaja cada 15 días a la finca, llevando el dinero del sueldo de los trabajadores, encargándose de diversos asuntos y trámites burocráticos relativos a la finca, (arreglar la carretera para el paso de los camiones de la finca, arreglar el papeleo del seguro social de los trabajadores de mayor jerarquía;

¹⁷ Las cifras estadísticas de instituciones como la Secretaría del Trabajo y Previsión Social (2014) en esta materia indican que en Puebla había 1, 599 niños y niñas trabajando de los 29.3 millones de infantes que lo hacían a nivel nacional. Ejemplo de esta población son los niños y niñas de la finca Tlan Makán, pues tan sólo en la temporada de corte de café encontramos a decenas de ellos dentro y fuera del rango de edad permitido para laborar (que va de 15 a 17 años con ciertas limitantes). Adicionalmente, el sector agrícola concentra al 30 por ciento del total de la población infantil trabajadora. Recuperado desde: http://www.stps.gob.mx/bp/gob_mx/librotrabajoinfantil.pdf

negociar la venta y traslado de la madera que produce la finca; comprar agroquímicos; entre otros), y por lo anterior, viajando a los municipios de Huauchinango Jopala, Filomeno Mata y Xicotepec de Juárez. En palabras de ‘Don Abe’, “nosotros somos los soldados, hacemos el trabajo duro; ellos [los dueños] están en la computadora, viendo como cae el dinero” (Don Abelardo, comunicación personal, finca Tlan Makán, 15 de diciembre de 2015).

En el siguiente escalafón, se encuentran los encargados de cada sección y los policías de la finca. Éstos habitan dentro de la finca, en alojamientos que incluyen habitación, baño y cocina propia, en los que viven solos o con sus familias, dependiendo el caso, en las mismas inmediaciones donde se encuentran las galeras en que duermen los jornaleros agrícolas migrantes.

Los encargados de seguridad o mejor conocidos en la finca como ‘policías’ (son dos), quienes se dedican a vigilar los cultivos de café durante la cosecha, para que éste no sea robado por las noches; mantienen el orden entre los jornaleros que pernoctan en las galeras; recorren y cuidan los caminos de los asaltantes, y resguardan el dinero que el administrador lleva cada quincena. Para ejecutar estas labores, utilizan una camioneta pickup, que además, uno de ellos –Erasmus– utiliza para abastecer una pequeña tienda miscelánea, similar a las tiendas de raya, que administra en su alojamiento.

Cabe señalar que uno de estos policías, Don Fermín ‘El Equis’, es un ex militar que lleva, como Don Abelardo y el Doctor Petersen, más de 15 años trabajando en la finca como encargado de seguridad, además de atender otros asuntos administrativos. Por su parte, Don Erasmo, ‘El Equis Dos’, lleva 5 años trabajando en la finca, así como viviendo con su esposa e hijo en un alojamiento en el espacio de la finca, donde administran una tiendita. (Su esposa Fátima, también ha trabajado como cortadora de café).

Por su parte, los encargados dirigen la organización de cada jornada laboral en cada una de las secciones de la finca desde el punto de partida de los jornaleros agrícolas, es decir, desde las galeras y oficina de la finca. Ellos atienden las indicaciones del agrónomo (el Doctor Petersen), comunicándole a su vez a los ‘melgueros’¹⁸ la sección de la plantación en

¹⁸ Los melgueros son las personas que conocen bien las plantaciones y caminos de la finca, además, son quienes dan ‘melga’ a los trabajadores y sirven de enganchadores en distintas poblaciones de la región. La palabra ‘melga’ es el uso local que se le da a ‘amelga’, definida por la RAE (2016) como la “faja de terreno que el labrador señala en un haza para esparcir la simiente con igualdad y proporción”. Cabe señalar, que la amelga en la finca también es la faja de terreno que se señala para cortar café; aplicar abono, herbicidas, plaguicidas o fungicidas; deshierbar, entre otras labores.

donde se trabajará y la actividad a realizar: cortar café; aplicar herbicidas, fungicidas o plaguicidas; deshijar o chapear, entre otras.

Los encargados sólo entran a la plantación para supervisar el trabajo de los cortadores, además se encargan de tareas como la compra de alimentos o ‘comisaria’ para el comedor de la finca; la administración y registro tanto de la producción de café como de los trabajadores agrícolas, o la negociación con potenciales grupos de cortadores de café en los pueblos aledaños, a quienes a veces ofrecen estímulos tales como el arreglo de sus vías de comunicación o el apoyo para mejorar servicios públicos, como la electricidad.

Tanto policías como encargados cuentan con prestaciones laborales a las que los trabajadores debajo de éstas posiciones, no pueden acceder, como son: contrato laboral, el pago de un salario fijo quincenal, días libres pagados, aguinaldo a fin de año, seguro médico, además de alojamientos individuales en las inmediaciones de la finca.

Debajo de esta posición, se encuentran los caporales o melgueros, cuyo trabajo es realizado dentro de la plantación, pues les corresponde asignar a los jornaleros sus surcos y, por ende, supervisar su trabajo. Con frecuencia, estos trabajadores fungen también como enganchadores en sus pueblos de origen, reclutando jornaleros agrícolas para la temporada de corte de café, y por estas labores, perciben mejores prestaciones laborales que los jornaleros agrícolas: salario fijo, cuarto individual en la zona de galeras en caso de ser migrantes, y en ocasiones, aguinaldo a fin de año.

Uno de ellos, Raúl, además de melguero y enganchador, también es apuntador, registrando diariamente a los jornaleros que trabajaron, así como la cantidad de kilos que cortaron, misma información que por un lado se utiliza para el pago a los jornaleros de cada quincena, y por otro, para el registro de la productividad de café de la finca.

En una posición jerárquica similar, tenemos a los trabajadores del beneficio, quienes laboran a modo de obreros en la temporada de mantenimiento (marzo – octubre) ajustando, limpiando y arreglando cualquier desperfecto a la maquinaria con que se procesa el café, y durante la cosecha (octubre – marzo) procesando diariamente varias toneladas de café¹⁹. Además, realizan otras labores en la finca tales como cortar y transportar la madera que es producto del cultivo de árboles agroforestales en la Tlan Makán.

¹⁹ El café cosechado que se transporta diariamente al beneficio de la finca, pasa por un proceso en el que se limpia, despulpa, lava, seca, descascarilla, empaqueta y almacena para después ser comercializado.

Los trabajadores del beneficio pernoctan en galeras aledañas a la bodega donde se encuentra toda la maquinaria que procesa el café, y como los jornaleros agrícolas migrantes, regresan a sus pueblos cada quince días, pero a diferencia de los cortadores de café migrantes, su labor es permanente y estable, pues cuentan con ciertas prestaciones laborales como el pago de un salario fijo quincenal más alto del que pudieran percibir los jornaleros agrícolas, dos días libres pagados cada quincena, y a fin de año reciben un aguinaldo. No obstante, según sus testimonios, hay inconformidad con estas condiciones laborales:

El único que tiene seguro [médico] es don Gaspar [el técnico de la finca], pero se lo dieron por estar chingue y chingue. Nos pagan \$2,400 la quincena, pero deberían pagarnos más; lo que pasa es que nos quitan \$20 pesos diarios de comedor. Encima de todo, nos toca hacer el trabajo duro; cuando no hay nada que hacer en el beneficio, nos ponen a cargar madera, creen que somos animales, ahí vamos cargando como burros todo el día. (Óscar, comunicación personal, finca Tlan Makán, 18 de diciembre, 2015).

Ahora bien, en un nivel jerárquico similar al de los jornaleros agrícolas, se encuentran las cocineras de la finca (siempre mujeres), quienes generalmente pernoctan en un cuarto individual contiguo a la cocina. Podemos decir que el trabajo realizado en este espacio es exhaustivo, pues desde las cuatro de la mañana las encargadas de atender el comedor, comienzan a preparar los alimentos para servir el desayuno a las seis de la mañana, aproximadamente para 50 trabajadores ‘de comedor’ o migrantes.



Imagen 3. Cocineras de la finca Tlan Makán.
Fotografía propia. Finca Tlan Makán, 2 de enero de 2016.

Dicha labor consiste en preparar tres comidas al día, que incluyen frijoles, café de olla y tortillas hechas a mano, con un guisado de complemento que varía día con día, que puede llevar pasta, arroz, verduras, huevo y/o carne de cerdo. Además, las cocineras se encargan de mantener limpio el comedor y la cocina, terminando a veces, hasta las siete u ocho de la noche, percibiendo cada día un salario de \$120 pesos.

En este sentido, se pueden encontrar trabajadoras recurrentes como doña Herminia, mujer nahua de 60 años de edad, proveniente de La Ceiba, quien ha trabajado en ésta y otras fincas por más de dos décadas, tanto en el campo como en la cocina. Aun cuando sus hijas le dicen que no trabaje más, doña Herminia prefiere si hacerlo, pues comenta que en su casa se aburre; además, a veces una o dos de sus hijas la acompañan en el trabajo de cocina en la finca, percibiendo también un ingreso salarial ya sea por su colaboración en la cocina, o por trabajar cortando café.

Cabe señalar que las cocineras ocupan puestos temporales, sin contrato de trabajo ni prestaciones laborales. Con ello, se observa un acento en la vulnerabilidad social que experimentan específicamente aquellas mujeres que desempeñan esta labor, dadas las largas jornadas de trabajo y los bajos salarios que perciben. Por ejemplificar, tenemos el caso de Clemen, jornalera agrícola que ocasionalmente es contratada como cocinera:

Yo no me gusta este trabajo. Sólo lo hago porque Ángel [el encargado] me pide. Hay que salir temprano [de la casa] para llegar a las 4:00 [a la cocina en la finca] a preparar la comida y servir el desayuno a las seis de la mañana, y para salir [de trabajar], tengo que esperar que los señores terminen de cenar. Hay veces que llego hasta las nueve o diez de la noche a mi casa. [Por eso] mejor me voy a cortar café; a las 5 pm ya terminé, ya me puedo ir a mi casa a ver a mis chiquillos, a bañar y a dormir (Clemen, comunicación personal, finca Tlan Makán, 8 de diciembre, 2015).

Por si fuera poco, Clemen es madre soltera de cuatro hijos y cuando es contratada como cocinera, le pide a su hija Angelina de 15 años que le ayude a preparar las tortillas, pues ella sabe ocupar una máquina que agiliza este proceso. Cuando esto ocurre, Angelina trabaja a modo de ‘ayuda’ unas horas con su mamá sin remuneración alguna, y después sale rumbo a su casa a cuidar y dar de comer a sus tres hermanos pequeños. Aún más, Angelina relata que aprendió a atender uno de los comedores de la finca cuando tenía 11 años, sirviendo comida a 20 trabajadores al medio día ella sola.

En el mismo sentido, tenemos que Dominga, niña totonaca de 10 años, disfrutaba bajar a ayudar a hacer las tortillas para los trabajadores de la finca en su tiempo libre, pues ahí mismo aprendió a utilizar la máquina que las forma, echarlas al comal, voltearlas y sacarlas de manera rápida, y por esa razón, las cocineras –necesitadas de conseguir a alguien que las supliera unos días– consideraron persuadir a la mamá de Dominga para que trabajara en la cocina (para tener la ‘ayuda’ de la niña), lo cual, finalmente no sucedió (observación de campo, finca Tlan Makán, diciembre 2015).

Lo anterior muestra la repercusión que tiene el género sobre los sujetos femeninos, pues desde que son pequeñas, se les socializa para asumir roles estereotípicos de género, que se traducen en labores en las que se les explota y se les remunera de manera desigual y precaria, como el trabajo de cocinera en la finca, además de que en ciertos casos, lo intercalan con el trabajo jornalero agrícola y con actividades que ayudan a la reproducción familiar, desempeñando dobles jornadas de trabajo y acentuando la vulnerabilidad social que experimentan.

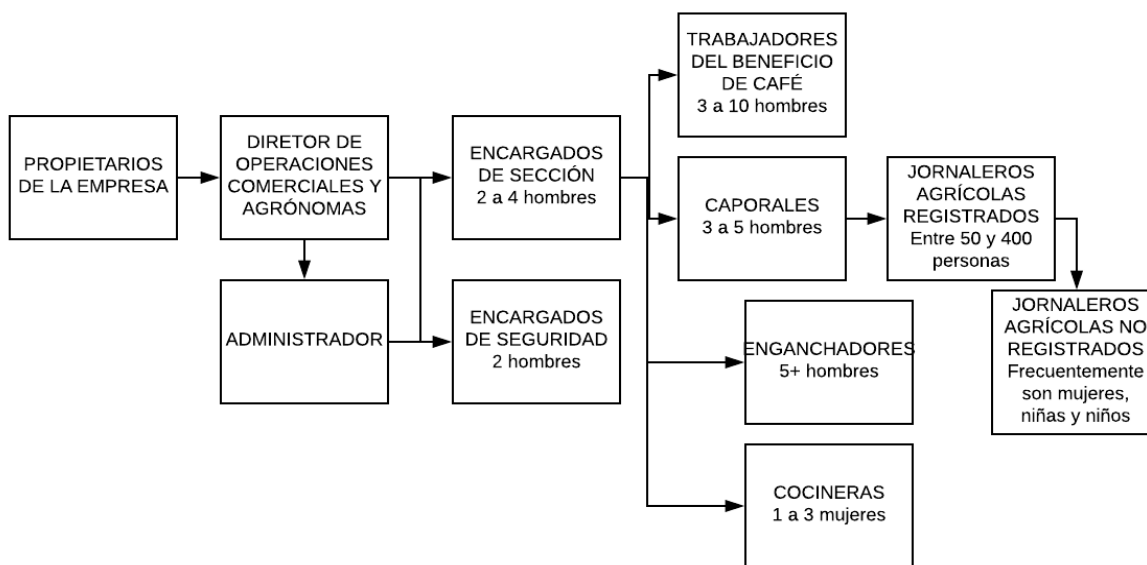


Figura 8. Estructura de la división social del trabajo en la finca Tlan Makán.
Fuente: Elaboración propia con datos de trabajo de campo (2015-2017)

3.2 Los jornaleros agrícolas

Se puede afirmar que el grupo de jornaleros en la finca Tlan Makán está compuesto por niñas, niños, jóvenes y adultos, hombres y mujeres, quienes suelen caracterizarse por una serie de

rasgos, prerrogativas y condiciones laborales diferenciadas acorde a su edad, género, adscripción étnica, lugar de origen y temporalidad laboral.

Con base en las observaciones de trabajo de campo, se puede hacer la siguiente clasificación de los jornaleros agrícolas: trabajadores ‘de comedor’ (migrantes) y trabajadores ‘libres’ (no migrantes o migrantes asentados). Ahora bien, los trabajadores ‘libres’ residen en poblados cercanos a la finca, desde los que se trasladan (caminando o en camiones de carga pertenecientes a la finca) todos los días en lapsos de tiempo generalmente menores a una hora. Junto a este tipo de trabajadores, hallamos a aquellos jornaleros que llevan más de seis años viviendo en las galeras (anteriormente abandonadas y acondicionadas por los migrantes) dentro de la finca, los cuales también entran dentro de esta categoría. Adviértase, que en la temporada de corte 2016-2017, la finca pagó a los trabajadores ‘de comedor’ \$2.20 pesos por cada kilo de café cortado, y a los ‘libres’, \$2.50 pesos, y \$110 y \$120 pesos respectivamente, durante el periodo de mantenimiento.

A diferencia de los jornaleros ‘libres’, los trabajadores ‘de comedor’ son aquellos que llegan de poblaciones más lejanas dificultándose su traslado diario, por tanto, viven y pernoctan en las galeras de la finca por periodos de tiempo indefinidos, haciendo uso de servicios como baños, lavaderos, cuartos; además, reciben tres alimentos diarios, cuyo costo es descontado del salario total que perciben.

Según los planteamientos de Rivera (2007) podemos ubicar este tipo de movilidad como una migración regional-temporal, del campo al campo, efectuando desplazamientos hacia centros de atracción de mano de obra, tal es el caso de la Sierra Norte de Puebla, pues se ofertan empleos temporales, permitiéndoles mantener los vínculos con su lugar de origen.

Este grupo suele trasladarse a la finca con base al ciclo agrícola del café o bien al ciclo de siembra de maíz. Asimismo, es interesante analizar el planteamiento de Partida (2015) quien dice que “al considerar la posibilidad de migrar, se elige el destino con algún conocimiento de la situación socioeconómica y laboral ahí y no se deja al azar” (p. 109), que en este caso, tiene que ver con la oferta de trabajo en la finca, pues la mayoría de jornaleros afirma que en su pueblo no hay, o si lo hay, éste está peor pagado, por lo que les gusta venir “cuando hay trabajo”:

Estando en la cocina un grupo de mujeres y niñas, pregunte que por qué venían a la finca, y respondieron lo siguiente:

Dominga (10 años): ¡Pues porque nos gusta!

Lucía (mamá de Dominga): No, pues allá [en Filomeno Mata, pueblo de origen] no hay trabajo. [Aunque a mí] no me gusta el campo ni la cocina, más me gusta la ciudad, trabajar en la limpieza.

Entrevistadora: ¿Y qué pasaría si algún día cerraran las fincas?

Doña Herminia: ¡Quién sabe!

Laura: Se acaba el trabajo, aquí se acaba el trabajo.

Lucía: La gente se va a querer ir a México y allá al Norte [EUA], y en el primero ya no va a alcanzar el trabajo, y en el segundo tampoco; ya no llega el dinero.

(Dominga, Lucía, doña Herminia e Laura, comunicación personal, finca Tlan Makán, 16 de diciembre, 2015).

Al respecto, otro grupo de jornaleros comentaba:

Néstor: Por aquí mucha gente sale a trabajar. El campo no deja ni para comer bien, por eso hay que salir. Vivir en la ciudad no deja mucho dinero; hay que pagar comida, renta, luz, agua, baño, todo. Algunos albañiles se quedan a dormir en la obra. Yo por eso estoy mejor acá [en la finca]; aquí siquiera tienes donde dormir, aunque sea comes frijoles, pero comes seguro y estás seguro.

Joel: Yo me aburro, por eso me salgo a trabajar. Me fui hasta Monterrey, [trabajé] de cuidador, vendí paletas, dulces, ahí andaba yo con mi puta chingada vitrina.

Héctor: También si he andado por allá [en la Ciudad de México]. Andaba yo con otros cuates, y una vez que nos metemos todos al baño con una sola moneda en esos que son tragamonedas. Uno metía el dinero y entraban como 5 cabrones de un jalón. Luego a veces alguien se quedaba atrapado y le tenía que decir al policía que le abriera.

(Néstor, Joel y Héctor, comunicación personal, finca Tlan Makán, 9 de diciembre, 2015).

Haciendo la misma pregunta a otro grupo de jornaleros niños y jóvenes (a los hermanos Felipe y Jonás, y a su paisano Percibiano), las respuestas fueron similares:

Entrevistadora: ¿ustedes por qué salen de sus pueblos?

Felipe (11 años): Cuando estoy allá [en mi pueblo] no hago nada. Ahorita mi mamá ni está, se fue a México a cuidar a su cuñada. Nosotros también hemos vivido ahí [en la ciudad de México].

Jonás (16 años): A veces todavía nos vamos para allá [a la ciudad de México], a trabajar la albañilería. Allá está mejor que el corte.

Percibiano (21 años): Yo también he trabajado en México, en Puebla [...] Ahora, en enero, van a abrir una empresa en Tlamaya, una hidroeléctrica. Eso va a jalar gente para trabajar. Va a estar cerca de Tlamaya y Tlapacoya.

(Felipe, Jonás y Percibiano, comunicación personal, finca Tlan Makán, 9 de diciembre, 2015).



Imagen 4. Jornaleros agrícolas rumbo a una plantación de café.
Fotografía propia. Finca Tlan Makán, 30 de diciembre de 2015.

Ahora bien, el trabajo jornalero en la finca Tlan Makán es una fuente temporal de ingresos para las familias, éste se caracteriza por ser flexible, pues dicha empresa, es la que determina la cantidad de trabajadores que se necesitan, así como el tiempo que trabajarán. Si bien, hay dos periodos muy marcados en el que se requieren más o menos jornaleros durante el año (corte y mantenimiento), ocurre que sin previo aviso, la empresa llega a suspender las labores de corte en la finca de acuerdo a la cantidad disponible de café para el corte, o las condiciones climáticas.

Por ejemplificar, durante la cosecha del 2016, hubo una semana en que el café en la sección B2 se estaba pasando, es decir, cayendo de maduro, entonces el encargado de dicha

sección tuvo que pedir al encargado de la sección A3, que trasladara a sus trabajadores para terminar de cortar el café muy maduro. En una quincena, entre todos terminaron de cortar el café; eran al menos 200 personas de la A3 y 90 de la B2. Ahí se acabó el café maduro, tuvieron que parar el corte una semana; sólo contrataron a unos cuantos jornaleros por día, y después empezó a venir la gente poco a poco otra vez.

Por otra parte, encontramos grupos de milperos en la finca, quienes obtienen tierras dentro de la misma, a manera de préstamo para el cultivo de la milpa, compartiendo espacio con plantaciones de café ‘en recepa’²⁰, es decir, aquellos cafetos que fueron podados y están en crecimiento para mejorar su producción. A cambio de obtener tierras para la siembra de manera temporal, los milperos dan mantenimiento a dichas recepas a la vez que cuidan su propio cultivo de maíz, frijol y/o calabaza. Al preguntarle a uno de estos trabajadores sobre su trabajo cuando no se encuentra en la finca, respondió:

Valentín (Chiconcuautla): Siempre ando trabajando en México. Soy colocador de pisos. Sé hacer de todo, pero lo que más, poner pisos, loza. También hago carpintería, pinto. Soy oficial de albañilería en México y gano bien. Lo que quiero es que mi hijo, que ahora está terminando la secundaria, se convierta en contratista. Yo ya no puedo serlo, porque no sé leer, eso es lo que me falla. Pero mi hijo sí puede. Lo estoy enseñando. Por eso ahorita me acompaña a la finca, porque nunca había salido del pueblo.

Entrevistadora: ¿Y por qué viene ahora a la finca?

Valentín: También me gusta el campo, por eso vengo. Ahorita después de sembrar, vamos a ayudar con el café [a cortar]. Así mi papá me fue enseñando lo que sé. Por eso quiero que ahorita mi hijo [de 13 años] vaya pa’ rriba, que suba más rápido. Un oficial de albañil gana \$2 mil, \$2,500 a la semana. Un contratista gana más. La cosa es que no siempre hay trabajo, hay que buscarle (Valentín, comunicación personal, finca Tlan Makán, 21 de diciembre, 2015).

Por tanto, podemos decir que las razones para migrar son similares, aunque pueden enfatizarse algunas situaciones: las personas salen de sus pueblos para encontrar trabajo; aprovechar el tiempo que, de otra manera, consideran perdido en sus pueblos por no poder trabajar; estar acompañados por familiares y amigos en lugar de quedarse solos en sus

²⁰ La poda baja o recepa “consiste en podar el cafeto a una altura de 25–35 cm. Del nivel del suelo, con el fin de provocar la emisión de brotes nuevos que habrán de reemplazar al tallo cortado” (Asociación Nacional del Café, s/f, recuperado de: https://www.anacafe.org/glifos/index.php/Tipos_de_poda).

pueblos; percibir mejores ingresos, o como en el caso de Valentín, enseñar a sus hijos a trabajar desenvolviéndose en ambientes laborales ajenos.

En contraparte, encontramos a una pareja de jóvenes (16 y 17 años) que, después de atender a la finca por primera vez y trabajar por una semana, decidieron regresar a su pueblo dados los inconvenientes y peligros que encontraron en la finca, a lo que doña Felicia, con más de 25 años trabajando en esta empresa, comentó:

A la muchacha no le gustó. Si nosotros no venimos porque nos guste, venimos porque lo necesitamos. Aquí no es ciudad para que te guste. Allá en mi pueblo está seco, no hay café, no hay trabajo. Allá las señoras piden fiado y cuando reciben su apoyo pagan con eso. Sólo a los que les gusta, salen a cortar. No hay trabajo pa' los hombres. Allá tenemos una huertita de café pero pagan re barato, \$7 pesos el kilo, cuando puede llegar hasta \$15. También tenemos la milpa allá, pronto vamos a ir a sembrar (Felicia, comunicación personal, finca Tlan Makán, 27 de diciembre, 2015).

Convendría mencionar, que algunos jornaleros suelen regresar a sus pueblos cada quince días; algunos sólo descansan y visitan a la familia, otros atienden sus propios cultivos de maíz, frijol y café, y de vez en cuando, regresan para cumplir con ciertos compromisos sociales. Otros más permanecen en la finca hasta que termine el corte de café, estos se marchan cuando decae la oferta de trabajo o bien cuando encuentran empleo en su lugar de origen o en otra locación (generalmente en la ciudad de México).

Dicha relación laboral nos conduce a interpretar la vulnerabilidad social de estos jornaleros, bajo la noción de 'migración justo a tiempo' (Hernández; en Glockner, 2010), pues estos responden a las demandas de fuerza de trabajo de las empresas agrícolas de acuerdo a los tiempos de producción, transformando el campo laboral en uno más precario, móvil y temporal.

Sumado a esto, hallamos que la vulnerabilidad social dentro del contexto de la migración va en aumento (Petit, 2003), pues los sujetos enfrentan un nuevo espacio ciertamente hostil y desconocido, que puede propiciar escenarios y prácticas de discriminación y exclusión social, acentuadas sobre todo al pertenecer a alguna etnia y al uso de lenguas distintas al español, como mostraremos más adelante.

Cabe señalar, que hay jornaleros que han migrado a la misma finca por varios años, algunos adultos comentan que no han dejado de asistir al corte de café desde que comenzaron a laborar a la edad de ocho años. Lo anterior, implica que tienen un mayor conocimiento del ambiente y ciertos beneficios que otros cortadores no tienen. Por ejemplo, la familia de Antonio y Felicia (con tres hijas de 12, 13 y 15 años) ha cortado café en la finca por más de 25 años. Dicha temporalidad y permanencia les ha permitido establecer relaciones más cercanas con los encargados de la finca, cocineras, caporales y otros jornaleros, con quienes establecen distinto tipo de relaciones y compromisos de compadrazgo.

Por si fuera poco, dado el conocimiento que tienen estos trabajadores de los espacios en la finca, pueden acceder a otra clase de alimentos que no se sirven en el comedor de la finca, tal es el caso de frutas y hortalizas, o bien consiguen el permiso para sembrar maíz u otras plantas. Lo anterior, les permite preparar sus propios alimentos en una fogata que construyen en la parte trasera de las galeras. Además, tienen la oportunidad de escoger las plantas más jóvenes de café, cuya producción es mayor en comparación con las plantas de mayor edad. Pese a los asequibles beneficios que tienen dichos jornaleros, este tipo de prebendas constituyen a su vez parte de las estrategias que utilizan las empresas para asegurar su permanencia y acceso frecuente de mano de obra barata.

A diferencia de este tipo de jornaleros, existen trabajadores que venden su fuerza de trabajo en aquellas fincas cuya producción sea mayor, debido a las ganancias que pueden resultar del corte de café. Sin embargo, esta práctica suele colocar a las personas en ambientes desconocidos que pueden ser hostiles o presentar condiciones laborales desfavorables, que pueden propiciar escenarios y prácticas de discriminación y exclusión social.

3.2.1 Totonacas, nahuas y mestizos.

Hasta donde se ha observado, los jornaleros provienen de poblaciones totonacas, nahuas y mestizas de la Sierra Norte de Puebla. Ciertamente, esta variable étnica constituye el eje central para organizar la jornada laboral. Cabe mencionar, que en muchas ocasiones los trabajadores (principalmente el grupo de los totonacos) prefieren trabajar con aquellos melgueros que hablan su propia lengua o pertenecen a la misma adscripción étnica. La población totonaca proviene de pueblos como Filomeno Mata en Veracruz, que es una de las principales fuentes de fuerza de trabajo para la finca. También llegan cortadores totonacos

de Mecatlán y Jopala en Puebla. Por su parte, los nahuas proceden de Chiconcuautila, San Andrés Buena Vista, Tlamaya Grande y Tlamaya Chica, así como de poblaciones cercanas a la finca. Pese a lo anterior, hay mestizos que llegan de las colonias de Huauchinango y de poblados como Chicontla, San Pedro o Villa Ávila Camacho (La Ceiba), Puebla.

Ahora bien, es preciso apuntar que la vulnerabilidad se ve incrementada cuando los jornaleros pertenecen a alguna etnia y su lengua materna no es el español. Por ejemplificar tenemos, el caso de los trabajadores totonacos quienes frecuentemente sólo hablan totonaco o que se les dificulta el español (aunque también hay nahuas que hablan poco español). Estos trabajadores suelen relacionarse con personas de su misma etnia. En ocasiones, aquellos que hablan mejor el español son los que fungen como traductores de las familias. Lo anterior les permite comunicar sus necesidades o dudas a los encargados, cocineras, o aquellos que no hablen su lengua. Dicho contexto propicia un ambiente más hostil para los jornaleros indígenas, traduciéndose en un acceso diferencial a un sinfín de recursos y oportunidades dentro de las fincas.



Imagen 5. Familia jornalera de adscripción totonaca.
Fotografía propia. Finca Tlan Makán, 15 de diciembre de 2015.

En una ocasión Lucía, jornalera totonaca hablante de español, comentó sobre sus dos compañeras y parientes de la misma etnia, quienes no hablaban este último idioma: “[Juana y Jazmín] están enojadas conmigo porque dicen que hablo con otras personas y eso a ellas no les gusta. Piensan que ando hablando mal de ellas, y no es cierto” (Lucía, comunicación personal, finca Tlan Makán, 20 de diciembre, 2015). Con tal ejemplo, podemos decir que aun cuando no se les discrimina, los no hablantes de español pueden cargar con ese estigma; además, las labores cotidianas les resultarán más trabajosas como se presenta a continuación:

Un día desde la cocina se escuchaba a lo lejos a un niño llorar. Las cocineras Herminia e Laura comentaban que seguramente era uno de los hijos de la señora de Filomeno Mata, (de origen totonaca, no hablante de español): “es que los bañan con agua fría y eso no está bien. Les vaya a dar pulmonía o una de esas enfermedades”, dijo Laura. Lucía, también oriunda de Filomeno Mata, le respondió: “luego les ayudo para que calienten su agua para bañar, pero a ellas no les gusta, se enojan”.

Unos minutos después, un poco dudosa, entró Juana, la mujer totonaca con escasos conocimientos de español sobre la que se hablaba. Su hijo era el que lloraba; entonces primero pidió un chayote para él, y luego, justificando el llanto de su hijo dijo: “es que no entiende. Lo bañé y no entiende”. Laura le respondió pausada y claramente: “no le debe de dar pena. Lo que pasa es que si baña a sus hijos con agua fría, se van a enfermar. Hay una enfermedad muy fea, le dicen bronco pulmonía, y se pueden hasta morir de eso. Aquí no pasa nada, usted puede entrar y decir: doña o señorita, ¿puedo calentar mi agüita para bañar a mis hijitos? Y lo va a poder hacer, para que no se enfermen. (Observación de campo, cocina de la finca Tlan Makán, 20 de diciembre de 2015).

3.2.2 La llegada e instalación en la finca.

Ahora bien, podemos decir que cuando un nuevo jornalero, familia o grupo de jornaleros llega a la finca, se reportan con el encargado de la sección, en este caso con don Ángel, quien anota en la oficina al individuo, cabeza de familia o líder del grupo en la lista de cortadores, asignándole un número de trabajador, mismo que tendrá que recordar cada día para el registro diario de los kilos de café cortados en cada jornada laboral.

Asimismo, a los individuos o grupos les es asignado un cuarto, mismo que es compartido con otros jornaleros que frecuentemente tienen características similares, pues el encargado busca agrupar a los jornaleros solos, jóvenes y adultos en un cuarto, a las familias,

jóvenes con niños y ancianos en otro, y a los grupos formados sólo por jóvenes en otro más, en los que ocasionalmente coincide también la etnia a la que pertenecen.

Paralelamente, a los jornaleros se les proporcionan petates para dormir y delimitar su espacio en las galeras²¹, y tazas de plástico para tomar agua y café durante su estancia, mismas que si no devuelven, son descontadas de su salario. Así, los jornaleros se instalan en el lugar que se les asignó con las pertenencias que trajeron: cobijas, mudas de ropa, par extra de zapatos, a veces traen ollas o sartenes (principalmente las familias), instrumentos de trabajo (cubetas, mecates, bolsas grandes, botas de trabajo), bocinas, instrumentos de limpieza personal y comida que traen desde sus pueblos (chicharrón, queso, aceite).

Aún más, al registrarse como trabajadores de comedor, los jornaleros migrantes acceden a los servicios sanitarios (letrinas), regaderas, lavaderos y a los alimentos del comedor, descontándoseles una porción de su salario por cada día que permanecen en las galeras, que durante la temporada de corte, corresponde a la cantidad de \$.30 centavos menos por cada kilo de café cortado.

3.3 La jornada laboral

La jornada laboral en la finca Tlan Makán comienza cuando trabajadores hombres y mujeres, niños y niñas, familias, grupos de amigos, paisanos y trabajadores solos, despiertan y salen de sus cuartos para desayunar antes del corte a las seis de la mañana. Entonces, las cocineras disponen las ollas de comida que ya prepararon en la barra del comedor, en donde racionan la comida para los trabajadores que se forman en una hilera para recibir su porción de frijoles, café y tortillas.

Los jornaleros se sientan en las mesas por grupo étnico, familiar o de amigos para comer, y en cuanto terminan de desayunar, depositan sus platos en la misma barra que divide el comedor de la cocina, lavan su taza, se lavan los dientes y la cara en los lavaderos, y se dirigen a sus cuartos a ponerse ropa de trabajo y recoger sus herramientas (cubetas con diversas capacidades según la edad y capacidad de corte de cada jornalero; mecates, costales

²¹ Los trabajadores que pernoctan en las galeras suelen colocar los petates en la litera para acostarse y poner sus pertenencias, delimitando así también, el espacio que les corresponde. Para esto último, a veces también colocan trozos o bolsas de plástico grandes que cuelgan del techo al suelo de la litera, procurando hacer una separación a modo de pared entre el espacio que le corresponde a cada jornalero o familia de jornaleros.

para cargar el café, machetes; a veces botana, botellas de agua; los libres su almuerzo; las señoras sus rebozos, y la mayoría, gorras y paliacates).

Las mujeres con hijos pequeños, cargan a éstos en la espalda sostenidos por un rebozo, así también, las familias cuidan que los hijos más pequeños estén cerca de ellos por el tumulto de gente que puede llegar a formarse, pues además de los trabajadores migrantes, se suman los jornaleros libres que llegan de pueblos como Ahuacatlaya, Arroyo Hondo, Cuamaxalco, Tlapitzalapa, San Antonio, Filomeno Mata, entre otros, quienes a su vez se reúnen desde las 6 de la mañana en la casa de los enganchadores de cada pueblo u otro punto acordado, para ser transportados en el camión ‘torton’ de la finca, haciéndose entre 30 minutos y una hora de trayecto.

Mientras tanto, todos los jornaleros esperan las indicaciones del encargado de sección y de los melgueros afuera de la oficina de la finca, principalmente la información sobre la plantación donde se cortará. Dependiendo de la distancia para llegar a este lugar, los trabajadores decidirán ir caminando o en el camión de carga de la finca. En este último caso, los jornaleros abordan los camiones que les llevarán a la plantación donde cortarán café. Usualmente durante el corte, salen 2 camiones (que idealmente se usan para el transporte del café cosechado) llenos de personas: uno ‘de volteo’ (8 toneladas) y un ‘torton’ (12 toneladas). Por tanto, los trabajadores, que van parados, buscan tomar un lugar en la orilla del camión para sostenerse y no caer.

A muchos niños mayores de 8 o 9 años, les emociona viajar de pie en dichos camiones agarrándose de las orillas del camión; van riendo, bromeando con sus familias y amigos. A los jóvenes les gusta subirse arriba de la caseta del camión, aunque a los conductores no, pues consideran que es peligroso exponiéndose a caer con mayor facilidad. A algunas mujeres generalmente se les da preferencia y abordan la caseta del camión junto al conductor, donde pueden ir sentadas, sobre todo si estas mujeres sostienen una relación de parentesco, amistad o compadrazgo con el conductor en turno, como Felicia y sus hijas, pues Pascual es padrino de XV años de Lupita; o Doña Lupe, esposa de Toro el melguero, y en ocasiones, a mujeres embarazadas o con bebés casi recién nacidos.

Considerando el riesgo que implica este traslado, aquellos trabajadores que vienen en familia y con niños pequeños, cuidan que sus hijos se agarren de su brazo o piernas si no alcanzan la orilla del camión. Otros, como es el caso de don Mauricio, doña Paty y sus cuatro

hijos de edades que van de los siete a los trece años; de don Leo con sus hijos Mario y Jesús, de nueve y once años respectivamente, o de doña Rosa y don Carlos con su bebé de un año, prefieren ir caminando a la plantación para evitar cualquier inconveniente, pues consideran peligroso el trayecto en el camión.

Esta propensión a sufrir accidentes durante los traslados en camión, y en el peor de los casos, a perder la vida en ellos, es uno más de los factores que incrementa el grado de vulnerabilidad social que experimentan los jornaleros agrícolas a la hora de laborar, pues estos sujetos, especialmente los niños y niñas, pueden caer y golpearse por el movimiento del vehículo sobre caminos irregulares; ser aplastados por el tumulto de gente que aborda; pegarse con una rama, o en casos extremos, accidentarse gravemente por una volcadura de camión como ha ocurrido en otros lugares en el marco laboral²². Ejemplo de ello son los siguientes testimonios de jornaleros agrícolas:

Flavio, quien atiende con su esposa e hijas: Yo creo que para mañana, caminamos.

Bety, afirmando el comentario de su esposo: Cuando este muchacho se subió al camión, me pasó a dar una patada.

Flavio: ¡Nombre!, qué tal que [el camión] deja de funcionar y alguien sale volando, y además ahí van los jóvenes con la droga [marihuana], no está bien, está peligroso. (Observación de campo, finca Tlan Makán, 18 de diciembre, 2016)

Ahora bien, además de ser preocupante el riesgo que representa el traslado en camión para los jornaleros, encontramos que niñas y niños están expuestos al uso de drogas como alcohol, tabaco y marihuana dada la socialización que jóvenes y adultos, especialmente varones, hacen de estas sustancias: por un lado tenemos que todos los niños (incluso aquellos que todavía ni cumplen un año de edad), se encuentran en entornos que pueden ser nocivos para su salud, y por el otro, los niños mayores, algunos desde los 9 años, se exponen al uso directo de estas sustancias, arriesgando su desarrollo físico y mental²³. Aún más, vale decir que de

²² No son aislados los casos de jornaleros agrícolas heridos o fallecidos en accidentes automovilísticos en distintas partes de México, como los que se enuncian en las siguientes noticias: “Fallecen nueve jornaleros agrícolas en accidente carretero en Autlán” (Madera, G., 4 de enero de 2018, recuperado de: <http://udgtv.com/radio-udg/fallecen-nueve-jornaleros-autlan/>); “Investigan el accidente de autobús con jornaleros” (El Vigía, 21 de abril de 2014, recuperado de: <https://www.elvigia.net/el-valle/2014/4/22/investigacion-accidente-autobus-jornaleros-156314.html>); o “Aumenta a 7 el número de jornaleros fallecidos en accidente en Zacatecas” (Admin., 8 de enero de 2015, recuperado de: <http://almomento.mx/aumenta-a-7-el-numero-de-jornaleros-fallecidos-en-accidente-en-zacatecas/>)

²³ Es común que los jornaleros agrícolas varones, jóvenes y adultos, ocupen su día libre para reunirse con sus pares en poblaciones cercanas a la finca para consumir bebidas alcohólicas. Con frecuencia, los sujetos que pernoctan en las galeras, regresan a la finca en un estado de embriaguez, afectando algunas veces a sus

acuerdo a las observaciones y testimonios recabados en campo, si bien estas prácticas ocurren en el ámbito laboral de la finca Tlan Makán, también lo hacen más allá de este, en las dinámicas sociales y familiares en las que se insertan niñas y niños en sus comunidades.

Retomando la narración de la jornada laboral, el camión no siempre accede directamente a la plantación donde se trabajará, por lo que puede ser necesario adentrarse caminando de 10 a 30 minutos a ciertas secciones más escondidas. Podemos decir, que esta misma distancia será lo que se caminará cargando los bultos de café al final del día, para llevarlos a pesar a la tolva más cercana, o subirlos al camión que los transportará al beneficio de la finca.

En cuanto van llegando los jornaleros, los melgueros comienzan a organizar a los trabajadores ‘dándoles melga’; es decir, distribuyendo los surcos de la plantación de acuerdo a la capacidad de corte de cada trabajador o grupo de trabajadores. En este sentido, los jornaleros pueden negociar la distribución del número de surcos, considerando también, la cantidad de café con que cuentan las plantas de la amelga; si están cargadas de café, piden 2 o 3 surcos por persona, para poder ocuparse todo el día. Si son plantas adultas que producen menos café, prefieren tomar sólo uno o dos surcos por persona, para poder trasladarse a otra sección que tenga más café. La plantación puede estar en un tramo ‘ladera’ o ‘explanada’

Ya que tienen amelga, los jornaleros dejan sus pertenencias colgadas en algún árbol o sobre el suelo, los jóvenes que cuentan con celular (o los niños que consiguen uno con sus amigos o familia), reproducen música –rancheras, rap, reggaetón, entre otras– y comienzan a meter las manos dentro de la planta, para obtener los frutos rojos del café, el cuál van depositando en la cubeta atada a su cintura. Entonces, además de la música, se escucha un ‘tras... tras... tras’ en todos los surcos, provocado por el choque de los granos con la cubeta que deja de estar vacía. Poco a poco, la cubeta se llena, y las cerezas del café son depositadas en una bolsa o costal, que cuando está repleta, puede pesar hasta 40 kg. Entonces, la cubeta se vacía y se vuelve a escuchar el ‘tras, tras, tras’ del nuevo café cortado, mientras avanzan por el surco que se les asignó.

familiares y/o amigos. Se observó que tanto esposas, hijas y novias de estos jornaleros se mostraban preocupadas al percatarse de la situación, y finalmente buscaban cuidar de ellos tranquilizándolos y poniéndolos a dormir. Se recabó información de padres (varones) solteros, que al hacer esto mismo (emborracharse), asustaban a sus hijos menores de 10 años, y les dejaba desatendidos. Lo anterior claramente vulnera a niñas, niños y en general, a las familias jornaleras, pues les deja desprotegidos, así como puede llegar a desencadenar otros comportamientos violentos.

Al medio día, los jornaleros reconocen el sonido del camión de volteo que trae la comida para los trabajadores migrantes; entonces comienzan a escucharse gritos que dicen “¡[A] comer!”. El camión entonces para a la orilla de la carretera, y los trabajadores salen de la plantación, dirigiéndose a obtener sus alimentos: frijoles, tortillas y algún guisado. Se vuelve a hacer la hilera como en el desayuno, en la que todos toman un plato y se les va sirviendo la comida; se sientan en grupos familiares, de amigos o paisanos por 30 minutos, a veces buscan agua limpia para beber, limpiarse y refrescarse las manos y la cara, antes de continuar con el corte de café.

En seguida, los trabajadores regresan al surco donde se encontraban y continúan cortando café hasta las cuatro de la tarde. Si se quedan sin amelga, buscan al melguero para que les asigne otro surco, o preguntan a sus compañeros ‘¿dónde va la melga?’, incorporándose ordenadamente en la plantación. Ocasionalmente, el ‘tramo’ o pedazo en que se está cortando café ‘se cierra’, es decir, se termina por completo sin quedar planta que cortar, entonces los jornaleros tienen un momento para sentarse a descansar, hasta que de nueva cuenta, a eso de las cuatro de la tarde, se escuche en la lejanía el sonido de los camiones que se aproximan para recolectar los bultos de café y llevarlos al lugar donde serán pesados.

Cuando los jornaleros agrícolas escuchan al camión de carga de la finca, comienzan a dar término al día vaciando sus cubetas de café en los costales, cerrando estos mismos con un mecate, recogiendo sus cosas y comunicando con su grupo el fin del día. Generalmente, los hombres, cabeza de familia o líderes de grupo, son los que cargan los grandes y pesados bultos de café, que llegan a pesar hasta 40 kilogramos cada uno, desde los surcos en que lo cortaron, pasando a veces por lomas y laderas, hasta el camión de carga, tolva o beneficio de la finca, dependiendo de la proximidad en relación a la plantación donde se cortó el café. Aún más, algunas mujeres –frecuentemente solteras– y niños desde edades tempranas, también cargan sus bultos, aunque generalmente son costales menos llenos:

En una ocasión, terminando la jornada de corte de café con los hermanos Mario (12 años), Jesús (10 años), y su papá, había que llevar los bultos de café hacia la tolva donde se pesaría. Yo tenía un costal medio lleno, y cuando intenté cargarlo surgió una conversación que deja entrever la pronta socialización de los roles tradicionales de género en el marco del trabajo agrícola:

Jesús: las mujeres no deben de cargar café, ¿ves el Boris? Él carga el café [de su novia], y si son dos bolsas, regresa.

Investigadora: Pero yo también puedo cargar café aunque sea mujer.

Jesús: No, si no los hombres van a parecer mujer. No puedo cargar el bulto completo, pero la mitad, o más de la mitad [del bulto], sí.

(Observación en campo, finca Tlan Makán, 21 de diciembre, 2016)

Enseguida, Jesús agarró el bulto de café que yo llevaba, de unos 20 kilogramos de peso. A su vez, Mario cargó el bulto que ambos hermanos habían llenado, de unos 40 kg aproximadamente. A mitad de camino, junto al río, ambos chicos y su papá bajaron los bultos de su espalda para descansar un momento, tomar agua, y después, ayudándose uno al otro, volver a subir los bultos a la espalda para continuar con el camino.



Imagen 6. Niños jornaleros cargando bultos de café.
Fotografía propia. Finca Tlan Makán, 21 de diciembre de 2016.

Ya que los jornaleros –particularmente los que están anotados en la lista de cortadores de la finca, incluyendo a mujeres, jóvenes y niños– se encuentran en el lugar donde se pesará, junto con sus bultos de café, comienzan a acercarse de manera apresurada a la báscula manejada por Raúl, el melguero, enganchador y apuntador, pues quieren ser los primeros en pesar, para que se les anote la cantidad de café que cortaron²⁴, y poder regresar pronto a sus

²⁴ Cada quincena se hace la suma de los kilogramos cortados por cada cortador anotado en la lista, que multiplicándose por \$2.30 o \$2.50 pesos, dependiendo de si se es trabajador de comedor o libre, definirá el ingreso obtenido en dicho periodo de tiempo por el jornalero agrícola individual o por el grupo al que representa.

casas o cuartos a descansar. Generalmente, son los jefes de familia quienes esperan el turno para pesar el café, frecuentemente acompañados por los hijos mayores o algún otro miembros de la familia o unidad doméstica, para ayudar a mover los costales, sobre todo cuando la jefa de familia es mujer.

De igual manera, se puede observar a niños y niñas que se incorporan al corte de café más intensivo, siendo anotados por primera vez en la lista, percibiendo así, su propio salario. Como Raúl atestigua, “casi siempre, los mayores de 15 años ya pesan solitos, menos [cuando vienen] con sus familias”; no obstante, algunos niños como Felipe de 11 años, comienzan desde edades más tempranas:

El primer día que Felipe pesó su café como cortador individual, subió el costal a la báscula, y después de un momento de silencio en el que ni Raúl ni Felipe decían nada, Boris (20 años), amigo de Felipe, le dijo soplándole: “¿Qué cómo te llamas?”. Raúl, entendiendo la situación le preguntó: “¿primer día?”, a lo que Felipe respondió asintiendo con la cabeza. Raúl entonces le dio el número 101, anotando su nombre en la lista, y la cantidad de 30 kilogramos de café cortado. (Observación de campo, finca Tlan Makán, 9 de diciembre, 2015).

Mientras tanto, el resto de cortadores de café no anotados en la lista, descansan sentándose cerca del lugar donde se pesa o se dispersa explorando los alrededores; algunos niños trepan árboles y cortan mandarinas, naranjas, plátanos u otros frutos; observan animales; juegan en los ríos, arroyos o pequeños ojos de agua; los niños y jóvenes varones gustan de observar y colaborar en el vaciado de costales en las tolvas; algunas niñas y mujeres platican en grupo; si están cerca del beneficio, los jornaleros van a comprar a la tiendita cigarros, refresco, galletas, sopa instantánea, papas fritas o lo que falte en casa, como aceite, huevo o pan; otros platican o adelantan quehaceres en los lavaderos, juegan en el patio de las galeras o en la presa de la finca; si está abierta la escuelita, niñas y niños se apresuran a lavarse las manos para entrar al aula móvil.

Aproximadamente a las cinco de la tarde, los jornaleros en lista terminan de pesar café, emprendiendo camino hacia sus hogares. Algunos caminan y otros más, a los que la finca proporciona transporte diario hasta sus pueblos, abordan el camión de carga para ser transportados, tal es el caso de algunos cortadores provenientes de Filomeno Mata o de

Aún más, el registro diario de los kilos de café cortado por los trabajadores, sirve para dar seguimiento a la productividad total de café de la Tlan Makán.

Ahuacatlaya. Los cortadores de comedor finalmente suben a las galeras, para descansar en sus cuartos, bañarse, cambiarse y cenar en el comedor entre las seis y las siete de la tarde.

Después de la cena, algunos trabajadores se quedan viendo televisión (cuando ésta se logra ver), otros se reúnen en la fogata de la parte posterior de las galeras para convivir, entran a sus cuartos a platicar y descansar, o salen a los lavaderos a limpiar su ropa – principalmente las mujeres, aunque también los trabajadores solteros o no acompañados por sus esposas–; algunos jóvenes salen a caminar a la carretera a pasar el rato; varios niños regresan a la escolita para jugar o aprender, y finalmente, todos se van a descansar hasta el siguiente día.

3.4 El proceso de inserción de niños y niñas al trabajo

Como se adivina, dentro de la finca Tlan Makán y sus alrededores es dable situar a decenas de familias que venden su fuerza de trabajo a las empresas y fincas productoras de café de la Sierra Norte de Puebla. Adviértase, que estas suelen llevar consigo a sus hijos pequeños, quienes frecuentemente se incorporan a las jornadas de trabajo de los campos de cultivo. En ocasiones, estos niños dejan la escuela para acompañar a sus padres. Otros más, nunca han recibido educación escolar, o bien aprovechan las vacaciones escolares (diciembre) para asistir al corte sin dejar de largo sus estudios. Nótese, que algunas familias llevan sólo a uno de sus hijos, otras más, entre dos y siete. No obstante, hay casos en donde niños, principalmente varones, mayores de 11 años suelen asistir al corte de café sin sus padres, bajo el cuidado de parientes o paisanos, o en compañía de sus amigos.

Con esto en mente, podemos retomar a Rojas (2011a), quien advierte la complejidad y diversidad de este campo laboral, así como de las condiciones de exclusión social que sufren los niños trabajadores. Con base en sus elaboraciones, podemos señalar que las condiciones laborales de estos sujetos se hallan bajo un contexto de vulnerabilidad y exclusión social, ya sea por el tipo de relaciones laborales, ya sea por la migración y su limitado acceso a la educación.

Cabe señalar, que tanto los niños de familias migrantes como no migrantes participan en el trabajo agrícola de la finca, pues dados los bajos salarios que se perciben en esta labor, es preciso ocupar la fuerza de trabajo de la mayoría, si no es que de todos los integrantes de

la familia para poder subsistir, traduciéndose con frecuencia en el abandono de la educación por parte de los niños y jóvenes. De hecho, dado el alto grado de movilidad de los migrantes, los tiempos para asistir a la escuela se ven reducidos, resultando en una cifra de al menos entre 400,000 y 700,000 niños y niñas jornaleros migrantes de 10 a 14 años de edad, que presentan rezago educativo en México, debido a su incapacidad de asistir y permanecer en una escuela (Rojas, 2011b).

A pesar de que es frecuente que familias completas migren, en ocasiones los hijos más pequeños (entre uno y cinco años) permanecen bajo el cuidado de los abuelos u otro familiar en su comunidad de origen, durante el periodo en que sus padres migran. No obstante, observamos las dificultades por las que atraviesan los padres que, al no encontrar con quien dejar a los niños, deciden que los pequeños los acompañen.



Imagen 7. Madre jornalera agrícola migrante con su hijo en el corte de café.
Fotografía propia. Finca Tlan Makán, 3 de enero de 2017.

Al respecto, tenemos el caso de una pareja joven de Filomeno Mata quién asistió al corte de café con sus tres hijos (uno, tres y cinco años de edad). Cabe señalar, que la madre (Juana) es quién se veía en mayores dificultades en el trabajo, pues por un lado había que cargar al pequeño de un año en los traslados entre las galeras y la plantación de café y, por el otro, había que cuidar a los otros dos pequeños.

Cuando la madre llegaba a la plantación, le era asignada una amelga para trabajar, por lo cual se amarraba a su hijo de un año a la espalda mediante un rebozo, y con un lazo ataba a su cintura la cubeta que utiliza para depositar el café cortado (este puede llegar a pesar siete kilogramos). En ocasiones, Juana colocaba a su hijo bajo la sombra de alguna planta para descansar, sin embargo, debían estar atentos del cuidado de sus otros dos hijos.

Las condiciones de esta familia de jornaleros, nos muestran el alto grado de vulnerabilidad social que se puede experimentar al tener hijos pequeños en un contexto como el de la finca Tlan Makán, pues como Filgueira (2001) plantea, la familia se encuentra frente a una disminución de activos y de la capacidad de movilizarlos, en una estructura que requiere de la capacidad productiva de los individuos para que éstos subsistan. Es decir, aunque esta condición es dinámica, se observa que a mayor número de hijos, menor edad de los mismos y menor tiempo de espaciamiento entre los nacimientos de uno y otro, menores serán los activos de la familia o grupo doméstico y mayor la vulnerabilidad social que experimenten sus integrantes.

Sumado a esto, advertimos los peligros que representa el trabajo en el campo para las niñas y niños más pequeños, pues con mayor facilidad estos podrían ser víctimas de picaduras de animales ponzoñosos, caer por alguna barranca, extraviarse en la plantación, exponerse a daños causados por productos agroquímicos, ser aplastados en el camión que transporta a los trabajadores, entre otros.

Por otra parte, son estas familias vulnerables, las que con frecuencia experimentan y reproducen la violencia intrafamiliar y el maltrato infantil. Durante el trabajo de campo, se observó que algunos padres perseguían a sus hijos de 4 años para golpearles culpándoles por alguna acción como perder sus zapatos entre las amelgas; a veces batían palos como amenaza, y golpeaban a sus hijos menores de 3 años para que caminaran o dejaran de llorar; otras veces, calificaron a jóvenes de 15 años, que ayudaban en el aseo de casas ajenas como ‘pilcatas’²⁵ pendejas’ por no haber hecho el trabajo de manera adecuada. Algunos padres de familia se justificaban expresando: “es que no entiende, sólo así entiende”. Lo anterior, vulnera los

²⁵ ‘Pilcata’ es el femenino de pilcate, que significa “muchacho andrajoso y sucio”, así como “niño pequeño, de corta edad; chamaco” (“Definición de pilcate”, 21 de septiembre de 2018, recuperado de: <https://www.definiciones-de.com/Definicion/de/pilcate.php>)

derechos de los niños a tener un trato digno, libre de violencia, además de que les socializa en una dinámica en la que se normaliza la misma:

Un día, Jesús (10 años), vio mis botas y volteó con su hermano para decirle algo en totonaco. Mario (12 años), me tradujo: “dice que tus botas son para pegarle”. En otra ocasión, Jesús ‘jugaba’ riendo a querer golpear con un palo a otros niños; se le tuvo que explicar que eso no era correcto (Observación de campo, finca Tlan Makán, 29 de noviembre de 2016).

Asimismo, encontramos que estos niños están insertos en un proceso de adquisición de ciertos activos, en el que comienzan a especializarse en el corte del café. Observamos que los niños más pequeños (de uno a seis años) no cortan café; sólo acompañan a su familia a las plantaciones, en donde se quedan sentados o juegan cerca de la amelga en la que sus padres laboran. No obstante, existen casos en donde algunos niños suelen contar con una pequeña cubeta que utilizan para cortar café de las ramas más bajas, empero, generalmente prefieren jugar con sus hermanos, correr, observar insectos o sólo descansar.

Por su parte, los niños de entre seis y diez años comienzan a involucrarse gradualmente en la labor, su cubeta va incrementando de tamaño, así como el periodo de tiempo de corte. Por ejemplificar, tenemos el caso de José Luis, niño de siete años de edad, que suele cortar café junto a sus padres ocasionalmente, pues buena parte de su tiempo suele jugar entre las amelgas. A diferencia de éste, su hermano de nueve años (Efraín) corta café por periodos de tiempo más largos, aprendiendo de su padre a cortar aquel café que ya está maduro:

Mi papá me regaña porque cortaba con verde. Me regañó y ahora ya no corto verde, puro rojo. Lanzamos un lazo, lo atoramos [con el pie] y le jalamos bien fuerte [a la rama de la planta]. ¿Verdad, Gerardo, que antes cortaba con verde pero ahora ya no? (Efraín, 9 años, oriundo de Colonias de Huauchinango, finca Tlan Makán, 31 de diciembre, 2015).

Conviene aclarar, que es a partir de los diez u once años cuando se considera que los niños ya están en edad de intensificar su trabajo o dedicar la mayor parte del tiempo al corte de café²⁶. Así, por ejemplo, tenemos el caso de Dominga, niña totonaca de 10 años de edad,

²⁶ A partir de los 10 años, niños y niñas comienzan a laborar de manera rigurosa en diversos espacios de trabajo: en la milpa familiar, como peones en el campo en sus pueblos; las niñas cuidan de la propia casa y de los hermanos pequeños, colaborando con la familia, y cuidan de casas ajenas y de otros niños pequeños, tanto en

oriunda de Filomeno Mata. Esta niña suele acompañar a sus padres a las fincas cafetaleras desde la edad de seis años, proveyéndola de las habilidades y conocimientos necesarios que incrementan su corte de café. En efecto, Dominga sabe alcanzar las ramas altas de la planta de café (de más de dos metros de altura), jalarlas con ambos brazos y poner todo el peso de su cuerpo para que estas bajen. Más tarde acostumbra detenerlas con otra planta para cortar el café maduro, el cual será depositado en una cubeta que está amarrada en su cintura, cuyo contenido será vaciado en un saco de nylon que utiliza la familia para acopiar su producción. Nótese, que el padre es quien se encarga de transportar el saco hacia el camión que llevará el producto hacia el beneficio de la finca. Generalmente, el padre es la persona a quien le contabilizan el total de los kilos de café que cortó su familia y, por ende, quien recibe el usufructo quincenal de su labor²⁷.

Por otra parte, tenemos que en el caso de Dominga y de muchos otros niños, les son asignados tareas como cargar la mochila con agua y comida, cuidar a sus hermanos menores, transportar las tortillas y el café, llevar los platos de comida de la cocina a sus mesas del comedor, entre otras actividades. Cabe mencionar, que las actividades realizadas por los niños jornaleros agrícolas suelen poner en riesgo su integridad física, pues en muchas ocasiones han sufrido accidentes o quemaduras como parte de su labor y tareas asignadas dentro de su unidad doméstica.

sus pueblos como en la ciudad, con el fin de obtener una remuneración. Otros niños y niñas comienzan a insertarse en el ámbito laboral de la construcción, de la industria textil y de la venta de diversos bienes (pollos, macetas, objetos religiosos). Por tanto, se puede decir que conforme crecen, estos sujetos acumulan kilómetros migrando solos, con sus familias o amigos, probando trabajos en otros pueblos y ciudades, adoptando como sus padres, la pluriactividad como estrategia para subsistir.

²⁷ Siendo los padres de familia los que disponen del salario, los niños son frecuentemente remunerados con golosinas y comida chatarra por su trabajo. Se ha reportado que al ser el padre quien con frecuencia recibe el pago del jornal de la familia, este suele gastar parte de este salario en alcohol. Lo anterior da cabida a que se incremente la posibilidad de violencia intrafamiliar entre los jornaleros, con lo cual observamos un mayor grado de vulnerabilidad en este grupo.



Imagen 8. Niña jornalera agrícola migrante llenando una cubeta de café.
Fotografía propia. Finca Tlan Makán, 10 de diciembre de 2015.

En otro orden de ideas, observamos que al cumplir los diez años de edad, muchos niños deciden incorporarse con sus familiares o amigos al corte de café en vez de quedarse en el terruño al cuidado de otros familiares. Puede ser que la intención de atender al corte de café esté acompañada del abandono escolar, y puede que sólo sea una decisión temporal, durante el periodo vacacional de su escuela. Para ejemplificar lo anterior, presentamos una serie de observaciones y comentarios de los jornaleros agrícolas:

El joven Pedro comenta que él y sus dos hermanos (12 y 17 años) deciden venirse a trabajar a la finca cuando empieza el periodo vacacional en la escuela: “¡vamos a cortar!, ¿qué vamos a hacer aquí?... Allá [en el pueblo] no hay trabajo” (Pedro, 15 años, oriundo de Filomeno Mata, finca Tlan Makán, 30 de diciembre de 2016).

Por su parte, Lorena decidió asistir al corte de café con su papá al dejar la escuela: “Es la primera vez que vengo. Le ayudo a mi papá, le dije que me trajera. Rápido se corta si sabes cortar café, [pero] despacio yo corto” (Lorena, 12 años, oriunda de Mecatlán, finca Tlan Makán, 5 de enero de 2017).

En este sentido, en 2015, Josefina tenía 12 años y teniendo la opción de quedarse al cuidado de sus abuelos en su pueblo de origen, prefirió venir a cortar café con toda su familia (sus

padres y sus dos hermanas). En 2016, con un año más de edad, Josefina vino al corte con su hermana y su cuñado y por primera vez recibió su propio dinero (una parte del salario de sus parientes). Ella menciona: “me gusta venir a cortar porque aquí nadie me regaña” (Josefina, 13 años, oriunda de San Andrés Buena Vista, entrevista realizada en la finca Tlan Makán, 29 de diciembre de 2016).

Es así que hallamos niños de este rango de edad que cortan café de manera independiente, permitiéndoles ganar su propio dinero. No obstante, este hecho suele ser recurrente para aquellos niños de 15 años en adelante. Tal es el caso de Lupita, oriunda de San Andrés Buenavista (pueblo nahua), quién al cumplir los 15 años de edad y juntarse, ‘tuvo número’, es decir, fue anotada independientemente de sus padres en la lista de trabajadores, lo cual le dio la oportunidad de administrar y gastar libremente su salario²⁸.



Imagen 9. Grupo de niños jornaleros agrícolas preparándose para el retorno a sus comunidades.
Fotografía propia. Finca Tlan Makán, 31 de diciembre de 2016.

Asimismo, se observó que esta pareja de jornaleros (Lupita y Boris, de 15 y 20 años respectivamente), al poco tiempo de juntarse tuvieron un hijo, viéndose en la necesidad de trabajar en la finca de manera más intensiva, tanto en la cosecha como en el mantenimiento,

²⁸ Con base en el trabajo de campo, se pudo observar que con frecuencia, los niños y niñas que perciben su propio salario, destinan una parte de éste al gasto familiar, colaborando en la reproducción material de la familia.

llegando a vivir en este espacio buena parte del año, en una suerte de estrategia de subsistencia no sólo para obtener una remuneración económica, sino también para tener alojamiento y alimento a un muy bajo costo. Este mismo caso, ejemplifica por un lado la manera en que se tejen lazos de amistad, compadrazgo y parentesco en el espacio laboral de la finca Tlan Makán, y por el otro, la manera en que generación tras generación, se reproduce la fuerza de trabajo de los jornaleros agrícolas (en pro de empresas agroindustriales y de un perverso sistema neoliberal) así como sus condiciones de vida y trabajo, caracterizadas por la pobreza, la marginalidad, la exclusión y la vulnerabilidad social.

Aún más, también hallamos grupos conformados por jóvenes y niños entre los once y quince años de edad (amigos o parientes), que ya no van acompañados de sus padres. Muchos de ellos aprendieron a cortar café desde pequeños, otros asisten al corte por primera vez en su vida, además, tenemos a aquellos que están en el proceso de adquirir mayor experiencia en dicho ámbito laboral. Encontramos en esta situación a José de 13 años, quien asiste por segunda vez al corte de café acompañado de su hermano Yahir de 17 años (con una mayor experiencia en este campo), y de Domingo y Miguel de 15 años (amigos de Yahir). Asimismo, Norberto, de 16 años, relata su experiencia:

Ya me quedo aquí [en la finca Tlan Makán] hace año y medio. Quería trabajar. Yo no fui a la escuela, decidí trabajar. A los 12 vine con su tío de mi amigo y con amigos. Me pareció bien porque ganaba un poco de dinero. La quincena \$600, \$700 pesos; no podía cortar muy bien y nunca había visto dinero así. La gente viene a la finca porque quiere trabajar, necesitan también dinero (Norberto, 16 años, oriundo de Filomeno Mata, finca Tlan Makán, 17 de junio de 2016).

Ahora bien, hay ocasiones en que los niños se divierten mientras cortan café, platicando y bromeando con sus familias y con otros jornaleros. Otras veces, manifiestan su fastidio, cansancio y desgano ante la situación, y hasta reciben reprimendas por dejar de cortar, distraerse y jugar:

Una tarde dentro de la escuelita Josué (9 años) pedía: “¡que llueva diosito, por favor que llueva! ¡no quiero ir a cortar!” porque así el corte de café se suspende hasta que el clima mejora. (Observación de campo, finca Tlan Makán, 22 de diciembre, 2015).

Una mañana, Mario despertó tarde, no quiso desayunar, y su hermano, traduciendo lo que discutían Mario y su padre en totonaco, dijo: “es que no quiere ir a cortar, se siente mal”. (Observación de campo, finca Tlan Makán, 18 de diciembre, 2016).

Otro día, a la mitad de la jornada laboral con un sol potente alumbrando el día, Jesús (13 años) manifestó cansado: “ya no quiero cortar ¡odio el sol! ¡es bien burro!”. (Observación de campo, finca Tlan Makán, 16 de diciembre, 2016).

Otra ocasión, Mario y Jesús sin ganas de cortar café, se sentaban a descansar, se iban a caminar un rato, a cortar naranjas, o a observar insectos. Su papá no tardaba en decirles en totonaco que ya se pusieran a cortar café. Les decía que no venían a jugar, que venían a cortar y que lo hicieran ya. Entonces ellos obedecían a su padre por un momento, y regresaban a jugar en silencio, sin que su papá se percatara. (Observación de campo, finca Tlan Makán, 17 de diciembre, 2016).

Precisamente, encontramos que la percepción que tienen las familias jornaleras sobre el trabajo que realizan los niños durante el corte de café es ambigua. El corte de café no es considerado una labor exclusivamente de un adulto, sino una actividad en la que pueden y deben participar los niños. Don Mauricio comenta sobre las labores que puede y no puede realizar su hijo de 13 años:

Está chico todavía para trabajar. Si me lo llevo a trabajar lo ajeno [como peón] es trabajo duro. Aquí [durante el mantenimiento en la finca], hay que chapear, *herbizar*²⁹, abonar, y todavía está chico. Cortar café si se puede, pero ya por día no. Hay que cargar bultos del abono, la bomba, y ahorita no aguanta. Ya después sí, de unos 16 años yo creo” (Mauricio, oriundo de Chiconcuautla, comunicación personal, finca Tlan Makán, 31 de diciembre de 2015).

Ciertamente, el trabajo jornalero agrícola de los niños se ha naturalizado tanto por las mismas familias como por las empresas agrícolas e instituciones gubernamentales. Lo anterior, bajo un discurso que lo justifica con argumentos relacionados a la necesidad de subsistencia de la familia y/o al ‘trabajo socializador’ o ‘tradicional’ que muchas veces realizan en sus comunidades.

²⁹ ‘*Herbizar*’ es el término con el que los trabajadores de la finca Tlan Makán definen la aplicación de herbicidas al entorno en el que se encuentran los cafetos. El herbicida es un producto químico “que destruye plantas herbáceas” (RAE, 2018, recuperado de: <http://dle.rae.es/?id=KBXdIsE>)

Es preciso apuntar que, si bien la familia jornalera recurre a estrategias de subsistencia como el trabajo de las niñas y niños, nos encontramos frente a un problema sumamente complejo. Pues, al focalizar únicamente la necesidad de subsistencia de los jornaleros agrícolas, el problema que envuelve a la infancia migrante permanece bajo un velo que lo naturaliza e invisibiliza a través de diversas instancias gubernamentales, empresas agroindustriales e incluso los mismos jornaleros agrícolas. Asimismo, la ligereza con que empresas agroproductoras permiten dicho trabajo al margen de la ley, dada la ausencia de vigilancia y regulación por parte de instancias públicas, bien pudiera llamarse explotación infantil, pues resuelve de manera inmediata las necesidades productivas de dichas empresas, a costa de perpetuar las condiciones laborales tan flexibles y precarias de los jornaleros agrícolas en su totalidad.



Imagen 10. Niña jornalera agrícola, acompañando a su familia al corte de café.
Fotografía propia. Finca Tlan Makán, 10 de diciembre de 2015.

Lo anterior (el trabajo infantil) representa una ventaja para las empresas, pues la organización del trabajo se ve simplificada al conformarse en ‘unidades productivas jornaleras’ (Sánchez; en Glockner, 2010) en donde “el trabajo de los niños, e incluso su simple presencia en los campos agrícolas, juega un papel fundamental en la capacidad que la familia tendrá para responder a la creciente pauperización de las condiciones de vida y de trabajo en el mercado agrícola” (Glockner, 2010, p. 4). Ciertamente, este contexto es el resultado de las políticas

de ajuste neoliberales de la década de 1980 (Prud'homme, 1995), pues el estado ha perdido su función reguladora del mercado laboral y de los procesos productivos, supeditando esta responsabilidad a los intereses de las empresas agroexportadoras, lo cual ha provocado condiciones laborales más precarias y flexibles.

Capítulo 4. Experiencias educativas de niñas y niños en la finca Tlan Makán: vulnerabilidad y exclusión social

Con el propósito de cumplir con los objetivos particulares de esta investigación³⁰, así como para probar las hipótesis y conocer más a fondo la relación entre la deserción escolar y la inserción laboral en el marco de vulnerabilidad social que experimentan los NJAM, en este capítulo se abordarán las condiciones de educabilidad que permean a dichos sujetos de estudio, tanto en sus comunidades de origen, como dentro de la finca Tlan Makán.

Para lograr lo anterior, se analizarán los testimonios de jornaleros agrícolas de todas las edades, así como de promotores educativos y autoridades de la finca; se retomarán las observaciones de campo realizadas, y las perspectivas de otros autores, mostrando así, diversos factores que pareciera ser, impiden la garantía de derechos tan básicos como el de la educación, repercutiendo no sólo en el desempeño académico y escolar de los niños y niñas, sino también en su curso de vida.

Por tanto, en el primer apartado se revisará el acceso que tienen los NJAM a la educación en sus comunidades, entendiendo que en su mayoría éstas se encuentran inscritas en un contexto de pobreza y marginalidad. En este marco, se observarán las condiciones de educabilidad, en donde con frecuencia se encuentran elementos que repelen a niños y niñas de las aulas de estudio, resultando en una inserción más temprana a ámbitos laborales como el de la finca Tlan Makán.

Ahora bien, se encontró que dentro de la finca Tlan Makán, han operado dos programas de atención educativa para niños y niñas migrantes: el Programa de Educación Básica para Niños y Niñas Migrantes (PRONIM), y más recientemente, el Programa de Inclusión y Equidad Educativa (PIEE), por lo que en el segundo apartado se desarrollará con detalle su funcionamiento, mostrando los aciertos y más frecuentes desaciertos de dichos programas en el intento de dar continuidad a la educación de los NJAM.

³⁰ Entre los objetivos particulares propuestos para esta investigación, están ‘analizar las condiciones de educabilidad de las niñas y niños jornaleros agrícolas migrantes en la finca Tlan Makán’, y ‘caracterizar las prácticas educativas a las que accede este sector poblacional a través del PIEE dentro de la finca Tlan Makán’.

4.1 Las condiciones de educabilidad en las comunidades de origen de las niñas y niños jornaleros agrícolas migrantes

Encontramos que el acceso a la educación, como uno de los derechos estipulados tanto en la Convención sobre los Derechos del Niño (1989) a nivel internacional, como en la Constitución Mexicana, no es una garantía para todos los niños y niñas en nuestro país, especialmente en zonas rurales como la región de la Sierra Norte de Puebla, en donde existe una gran cantidad de niños migrantes y trabajadores. Al respecto hallamos que:

La Secretaría de Educación Pública (SEP) estima que existen entre 279 y 326 mil NNA [Niños, Niñas y Adolescentes] migrantes agrícolas en edad de cursar la educación básica, lo que significa que 1 de cada cien niños mexicanos pertenecen a este grupo y, por tanto, tiene una alta posibilidad de estar fuera del sistema educativo. [Por otra parte, se estima que] sólo entre 14 y 17% de NNA de familias jornaleras agrícolas migrantes asisten a la escuela, lo que sin duda refleja las limitaciones que enfrentan para acceder a la educación (INEE, 2016, p. 8).

En este sentido, las observaciones realizadas durante trabajo de campo han permitido escuchar diversas experiencias de niños jornaleros agrícolas migrantes en relación a la educación en sus pueblos de origen, dejando entrever diversos factores positivos y negativos que componen las condiciones de educabilidad de los sujetos en cuestión, así como algunos de los fallos del sistema educativo en el que están insertos.

Por ejemplificar, las experiencias positivas de los niños dan cuenta de la importancia de encontrar al espacio escolar como uno seguro, enmarcado en el respeto, en el que hay oportunidades de jugar, convivir y adquirir nuevos conocimientos, aun cuando encuentran dificultades personales en el aprendizaje:

La escuela es bonita, son buenos los maestros, algunos son regañones; hacíamos a veces divisiones, restas y multiplicaciones. A veces con los compañeros había que hacer la tarea en equipo, a veces íbamos a jugar fútbol (Lorena, 11 años, oriunda de Mecatlán, entrevista realizada en finca Tlan Makán, 5 de enero de 2017).

Allá en mi pueblo no enseñan bien. Hay una maestra que es de Tlamaya Chica [un pueblo cercano] y le enseña a los niños que no saben leer bien. Me enseña a mí, a mi primo Felipe, planas, a hacer cuentas, dibujar (Josefina, 12 años, oriunda de San Andrés Buena Vista, entrevista realizada en finca Tlan Makán, 31 de diciembre de 2015).

Luego mi mamá quiere que saque yo 10, pero saco puro 5. Es que no me sirve el cerebro. Pero sí me gusta ir a la escuela (Gerardo, 11 años, finca Tlan Makán, 21 de diciembre de 2015).

Así también, hay que señalar la relevancia del aprendizaje en la lengua materna en la educación. Por ejemplificar, en Filomeno Mata, el primer grado de primaria se cursa en totonaco en algunas escuelas, y aunque algunos padres de familia como Ernesto, preferirían que fuera en español (efecto de políticas educativas del pasado), es claro el interés y motivación de niños como Mario y Jesús, al tener oportunidades de leer historias en su lengua materna:

En una ocasión, en la finca Tlan Makán, Mario y Jesús de 10 y 12 años, encontraron un libro de texto de la SEP en totonaco. Había una historia sobre el *cuxi* o maíz, y querían que alguien se las leyera, ya que ellos no sabían cómo hacerlo. Le pidieron emocionados a su papá ayuda para hacerlo. Finalmente, el papá sólo pudo leer algunas palabras del cuento, pues la variante de totonaco en que estaba escrito era otra a la que él conocía. (Observación de campo, finca Tlan Makán, 8 de diciembre de 2016).

Por otra parte, entre las experiencias negativas de los niños y sus familias, se encontraron diversos factores interrelacionados en distintos niveles, que van de lo individual, pasando por lo familiar, a lo cultural y social, haciéndose notar el carácter sistemático, multidimensional e integral de la vulnerabilidad social en el ámbito educativo, el cual será descrito a continuación.

Con frecuencia, se hizo presente entre los testimonios de niños, niñas y familias jornaleras, la dificultad para costear los gastos escolares de una educación pública que supone ser gratuita, incluyendo las cooperaciones periódicas que solicitan los maestros, la compra de útiles y material escolar y el costo de las graduaciones a fin de año, impidiendo con frecuencia, que niñas y niños den continuidad a sus estudios:

Los maestros son culeros, piden y piden cooperación (Jesús, 13 años, oriundo de Filomeno Mata, entrevista realizada en finca Tlan Makán, 21 de diciembre de 2016).

El otro año reprobé dos materias de computación y me pidieron \$200 y no pagué [...] Casi no se me pega nada. Todo lo que sé, [lo] aprendí yo solito. Ahorita ya reprobé tres [materias], debo \$300 pesos. No voy a pagar. Si repruebo mucho, no paso [al siguiente año]. [Además], piden muchas cosas en la escuela (Pedro, 15 años, oriundo de Filomeno Mata, entrevista realizada en finca Tlan Makán, 4 de enero de 2017).

Yo creo que allá en Filo la situación [económica] sí está difícil. La mamá de Luis me estaba diciendo el otro día que Jose estaba yendo al kínder, pero que está caro ir, porque les piden cooperaciones de \$50. Donde yo vivo piden \$250, y la gente sí lo paga bien, imagínate (Carmen, promotora PíEE, entrevista realizada en finca Tlan Makán, 18 de diciembre de 2015).

En junio de 2016, doña Clemen estaba con los gastos de las graduaciones de sus hijos, los cuales implicaban el uso de al menos \$1100 pesos adicionales a su gasto común; Melchor salía de 6° de primaria y Angelina de 3° de secundaria, y necesitaba comprar el vestido para el bailable de Angelina, pagar la cooperación para el profesor de la coreografía, tomarle fotos oficiales a ambos en la ciudad, entre otros. (Observación de campo, 15 de junio de 2016).

Por otra parte, se observó que dinámicas de la unidad doméstica como la migración o problemas intrafamiliares, como la separación entre los padres de familia, repercutieron en la permanencia escolar de los NJAM. En cuanto a la migración, se encontró que con frecuencia, niños y niñas preferían abandonar sus estudios para acompañar a su familia al lugar de destino en vez de quedarse al cuidado de otros parientes como los abuelos:

Un día platicando con Brenda, le pregunté por lo que le gustaba hacer en Huauchinango; “pues ir a la escuela”, respondió. Le pregunté si volvería a la escuela en enero, terminando el periodo vacacional, y ella dijo: “no, ya no. Me salí de la escuela. Entré a la secundaria y estuve como un mes, pero no me gustó. Me dijeron que me quedara con mi abuelita allá, para seguir yendo, pero no. No me gustó la secundaria”. Luego le dije que qué pensaba hacer cuando adulta, y dijo: “pues ya no puedo pensar nada porque pues ya no seguí estudiando”, ¿Y si hubieras seguido estudiando?, insistí; “A pues yo creo maestra, como mi hermana. Acaba de terminar la prepa y quiere meterse a estudiar eso”. (Brenda, 13 años, entrevista en finca Tlan Makán, 21 de diciembre de 2015).

Ahora bien, los problemas intrafamiliares exaltan el carácter de vulnerabilidad social que experimentan niñas y niños, pues muestran cómo ciertos cambios, aparentemente no tienen una relación directa con la trayectoria educativa, sí repercuten en ella, como es el caso de Lorena, quien comenta lo siguiente

Hasta sexto [de primaria] hice nada más, ya no seguí porque mis papás tuvieron problemas, se separaron. Mis hermanas [pequeñas] están con mi mamá, yo con mi papá y mi abuelita. Donde vivía con mi mamá, sí estaba más cerca de la escuela” (Lorena, 11 años, oriunda de Mecatlán, entrevista realizada en finca Tlan Makán, 5 de enero de 2017).

Por otra parte, se observaron reportes con bastante recurrencia del desinterés, maltrato, alcoholismo y ausentismo de los profesores en distintas localidades, en donde los maestros asisten a dar clases menos días con el pretexto de no ser residentes en la comunidad donde enseñan:

Es mucho mejor cuando los maestros se arraigan en donde enseñan, de otra manera, faltan mucho: llegan el martes o se van el jueves en la tarde. (Javier, profesor en escuela rural, entrevista realizada en Xicotepéc de Juárez, 17 de diciembre de 2016).

En Filo los maestros cambian 2 veces al año. Hace como dos o tres años, no enseñaban bien. Ahorita sí, aunque unos te dan clases tres días y se van a su casa. Son de Papantla. (Ernesto, 38 años, 2 de enero, 2017, Finca Tlan Makán).

Pareciera ser que algunos docentes, también carecen de vocación, haciendo uso de métodos violentos en la instrucción de las niñas y los niños, vulnerando no sólo su derecho a la educación y al juego, sino también a un trato digno. En consecuencia, niños y niñas pierden interés y dejan la escuela, en ocasiones siendo incapaces de leer y escribir a pesar de haber cursado hasta 6° de primaria:

En mi pueblo quisiera que los maestros no nos regañaran porque hacíamos escándalo. Decían que no jugáramos. Además el maestro está bien feo, gordo y con una nariz muy grande, y no enseña bien porque tiene una señora ahí, y entonces cuando va, se va a ver a su señora y nos deja solitos. Por eso ya no voy. Me quedé en 4° [de primaria] (Josefina, 12 años, oriunda de San Andrés Buena Vista, entrevista realizada en finca Tlan Makán, 31 de diciembre de 2015). Los maestros eran bien borrachos, te pegaban en tus manos con la regla, por eso no aguanté. Hasta segundo [de primaria] me quedé (Yeni, 16 años, oriunda de Mecatlán, entrevista realizada en finca Tlan Makán, 5 de enero de 2017)

Antes sí le interesaba a los maestros que aprendieran. Ahora no. Si aprenden, bien, si no, total, ellos están ganando. A mí me enseñaron bien. Llevaba promedio de 9. Una vez, 8 meses nos quedamos sin maestros, fue un desastre. Antes igual, había una maestra bien enojona, aventaba el marcador, el borrador, y con libros en la mano, con la regla, pegaba en las manos, jalaba las orejas. Ahora los castigos son chiquitos: que lavar baños, aseos en la escuela, y más grandes, acarrear agua, llevar libros en la cabeza. Por como los profes tratan a los niños, los niños le tienen miedo a los profes, y ya no quieren ir a la escuela (Liz, 18 años, oriunda de Ahuacatláya, entrevista realizada en finca Tlan Makán, 15 de diciembre de 2016).

Ahora bien, se pueden observar preocupantes estereotipos de género relacionados a la educación, lo cual añade otro factor a la vulnerabilidad social que experimentan

específicamente las niñas jornaleras agrícolas, pues si bien, es difícil tener acceso a la educación en un contexto de exclusión social como el que analizamos, esto se acentúa al considerar que las mujeres deben cumplir con los roles tradicionales de género:

A mí me decían, ‘si te vas a casar, ¿para qué estudias? ¡Estudia si no te vas a casar!’; dejé de ir a la escuela, a los 13 años empecé a trabajar en una finca en donde cortaba café, trabajé de mantenimiento (Laura, 17 años, cocinera de la finca, entrevista realizada en finca Tlan Makán, 4 de enero de 2016).

En una ocasión, uno de los policías de la finca comentó en tono de burla: ¡¿Pues qué no la hija de doña Sara ya está estudiando?! ¡En las galeras, sí! ¡Ya está estudiando derecho! ¡Derecho a tener hijos! (Don Fermín, finca Tlan Makán, 17 de junio de 2016).

Ahora bien, podemos generalizar que los padres de familia de los NJAM buscan motivar y apoyar a sus hijos para estudiar, pues por un lado, son pocos los que tuvieron la oportunidad de estudiar cuando niños, materializándose esto en dificultades especialmente económicas en el curso de su vida adulta, y por el otro, consideran importantes, a modo de ‘activos’, las herramientas que la escuela puede ofertar:

Yo desde chiquilla empecé a trabajar, no fui a la escuela; por eso le digo a mis hijos que aprovechen (Jacinta, junio de 2015)

[Leer y escribir] es importante para saber firmar, qué pena no saber. Para tomar combis, moverse, para ir a la ciudad (Sara, oriunda de Tlapitzalapa, entrevista realizada en finca Tlan Makán, 21 de junio de 2015).

En la finca se sufre. Se trabaja de lo que se pueda. Si hubiera estudiado no estaría trabajando aquí (Joel, oriundo de Hidalgo, 11 de agosto de 2015).

Yo lo que ahorro del corte con mi señor, lo ahorro para el gasto de la escuela: que los zapatos, que los útiles, que el uniforme, las cooperaciones de la escuela, todo eso. Una de mis hijas va a terminar su TeBa [Tele Bachillerato], y quiere estudiar contaduría, pero pues eso cuesta dinero, es caro. Aunque el gobierno dé becas, apoyos, no alcanza, no es suficiente (Soraya, oriunda de Filomeno Mata, entrevista realizada en finca Tlan Makán, 22 de diciembre de 2016).

Me gusta que mis hijos le echen ganas a la escuela. Hay que dar cooperación, se acostumbra uno a eso. Es un bien para ellos, no es para mí. (Eusebio, jornalero agrícola, finca Tlan Makán, 4 de enero de 2016).

No obstante, se encontraron relatos que dan cuenta de la deserción escolar de los niños jornaleros agrícolas migrantes, que con frecuencia, se acompaña de una inserción al trabajo más intensiva:

Carmen: En ocasiones, [los padres de familia] sacan a los niños [de la escuela] para que se vengan a cortar el café. La mayoría de las familias, lo traen [al niño o niña] para que los ayude. En otros casos [...] porque [...] vienen y traen varios niños. Entonces se los traen [a] los más grandes para que cuiden a los más pequeños. Y ya de ahí, [cuando] se acaba el corte de café, ya no los vuelven a inscribir. Y así los van dejando, año tras año, y así mejor lo sacan de plano de la escuela. (Entrevista a promotores del PíEE, finca Tlan Makán).

Paralelamente, hay testimonios que dan cuenta de las contradicciones que suelen encontrarse entre las motivaciones de niños y padres de familia en la educación, pues a pesar de que estos últimos apoyan y motivan a sus hijos, y buscan regresar a su pueblo terminando el periodo vacacional para que sus hijos asistan a la escuela, se enfrentan al desgane y desencanto de los mismos en ese ámbito:

No les gusta [ir a la escuela], se aburren y luego me mandan llamar a cada rato. Al Misael ya no le gusta la escuela, ya no quiere ir y le pregunto que si quiere trabajar, pero para trabajar por día todavía está chico; lo van a pasar a dejar su melga [es decir, no va a aguantar]. Le digo: ‘¿qué quieres hijo? No quieres estudiar, no quieres trabajar, ¿qué cosa quieres entonces?’, y me dice: ‘la mera verdad no sé ma’ Él tampoco sabe. (Doña Paty, finca Tlan Makán, 31 de diciembre de 2015).

A mi hija, la Laura casi no le gustó la escuela. En La Ceiba hizo hasta 3° de primaria. Ya no quiso, mejor ya no la mandé (Herminia, cocinera de la finca, entrevista realizada en finca Tlan Makán, 4 de enero de 2016).

Por otra parte, como se ha presentado en otros capítulos, el problema de la deserción se naturaliza culpabilizando a los padres de familia, y en última instancia, a los mismos niños, cuando por un lado, se trata de un problema mucho más complejo, y por el otro, el Estado y sus diversas instituciones no le han logrado dar solución:

Sí hay deserción escolar. Hay que animar a los chiquillos, hablar con los papás. Pero a veces es negligencia de los papás, de no quererlos mandar [a la escuela] para llevarlos al trabajo (Maestro rural, transporte colectivo de Xicotepec de Juárez hacia la finca Tlan Makán, 17 de diciembre de 2016).

La Lupita ya no quiso estudiar. Yo le estaba pagando y ya no quiso. Na'más le hacen gastar a uno (Entrevista a don Jacinto, abuelito de Lupita, niña jornalera agrícola migrante, San Andrés Buena Vista, 31 de diciembre de 2016).

Mi hermana dejó la escuela porque ya no le gustó empezando secundaria. Mis papás le dijeron que ella era la que la dejaba porque ellos sí le habían dado la oportunidad (Entrevista a Jerónimo, 15 años, finca Tlan Makán, 30 de diciembre de 2016).

Así también, es importante resaltar que aun cuando los niños y niñas jornaleros agrícolas tienen acceso a la educación de manera continua, esto no garantiza su movilidad social, pues el problema de vulnerabilidad social que experimentan está enmarcado en un contexto que incluye diversos factores entre los que se encuentra al trabajo y la migración, además de la educación. Ejemplo de ello es uno de los comentarios por parte de un policía de la finca, quien dijo: “la cosa es cuando se sale del bachiller, ¿a dónde se va después?, no hay oportunidad” (Don Fermín, finca Tlan Makán, 17 de junio de 2016).

A partir de estas observaciones de campo, podemos concluir que efectivamente, estos factores de educabilidad en las comunidades de los niños jornaleros agrícolas migrantes, obstaculizan el acceso, así como desalientan y repelen a los estudiantes del proceso educativo, incentivando la deserción escolar, misma que las instituciones educativas gubernamentales no han logrado sopesar.

Lo anterior, fomenta la vulnerabilidad social entre los jornaleros agrícolas, en un marco en el que, para tener movilidad social dentro del mercado laboral, que podríamos entender como una ‘estructura de oportunidades’, se hacen necesarias herramientas que la educación debería ofrecer, pero que a fin de cuentas, son insuficientes para los sujetos en cuestión.

4.2 Las condiciones de educabilidad en la finca Tlan Makán

4.2.1 El PRONIM y el PIEE.

Ahora bien, se vislumbra que el trabajo que realizan los niños jornaleros agrícolas migrantes, está entre los factores que compromete el desempeño académico/educativo, de las niñas y niños jornaleros migrantes, y por ende, sus oportunidades laborales y calidad de vida, en la medida en que se desarrollan en la vida adulta.

En efecto, de acuerdo a Rojas (2011a), el Estado se ha visto en la necesidad de buscar algunas alternativas que impidan que éstos abandonen sus estudios por este factor. Pero, la

realidad es que aún con más de 30 años de investigación y la implementación de diversos programas educativos por parte de la Secretaría de Educación Pública (SEP) y el Consejo Nacional de Fomento Educativo (CONAFE), este complejo problema está lejos de ser resuelto, como daremos cuenta en el siguiente apartado.

Buscando dar solución a la demanda educativa de niños y niñas migrantes, en 2002 se consolidó el PRONIM –impulsado por la SEP–, operando en 25 entidades federativas, con el objetivo de “contribuir a superar la marginación y el rezago educativo nacional de las niñas y niños en contexto o situación de migración atendidos en educación básica” ofreciendo una educación de calidad con enfoque a la diversidad social y cultural, a través de propuestas pedagógicas y curriculares que permitieran “atender la interculturalidad en el aula, la organización y metodología multigrado y la perspectiva de derechos humanos y de género” (Gobierno del Estado de Veracruz y Secretaría de Educación de Veracruz, 2011, s/p.).

A pesar de que en un principio, el PRONIM proponía un programa de educación para personas de todas las edades (desde estimulación temprana para los bebés, escuela primaria y secundaria para los niños y niñas, alfabetización para adultos, y pláticas informativas padres de familia), es claro que por un lado, la maestra no se da abasto cuando la demanda de atención de los niños incrementa en la finca, y por el otro, las personas perciben que el aula móvil es para los niños. Al respecto, algunos de los niños y jóvenes en edad de secundaria y preparatoria se dicen en tono de burla, ‘ser burros’ si es que van a la escuelita de la finca.



Imagen 11. Aula móvil del PRONIM y PIEE.
Fotografía propia. Finca Tlan Makán, 8 de diciembre de 2015.

Cabe señalar, que este programa dejó de operar por sí solo en 2014, momento en que surgió el PíEE, integrando diversos programas –entre ellos el PRONIM– de los niveles educativos básico, medio y superior, buscando una ‘inclusión educativa’, es decir, “un mayor acceso educativo pero con una educación de calidad sin discriminación alguna, considerando a los niños y niñas con discapacidad, poblaciones indígenas, poblaciones rurales, migrantes o estudiantes que han abandonado el sistema educativo” (Gobierno de México, 2016).

No obstante, esta integración de programas educativos en el PíEE, invisibiliza las necesidades educativas de cada uno de ellos, además de reducir el presupuesto que particularmente era destinado a cada uno de los programas, pues encontramos que “en 2014 el PíEE, en su conjunto, recibió 58.5% menos recursos que la suma del presupuesto aprobado para los siete programas en 2013” (INEE, 2016, p. 9).

Lo anterior, aunado a otros factores que se revisarán más adelante, repercute en la atención que se da a la población de niños y niñas jornaleros agrícolas migrantes, pues dificulta la atención del total de la demanda potencial educativa, así como impide contrarrestar el alto índice de deserción, asistencia irregular y reprobación escolar de este grupo social (Rojas, 2011a).

4.2.2 Las condiciones de base del PíEE en la finca Tlan Makán.

Ahora bien, dentro de la finca Tlan Makán, encontramos que desde 2014 ha operado el Programa para la Inclusión y Equidad Educativa (PíEE) sobre la base que dejó anteriormente el Programa de Educación Básica para Niñas y Niños de Familias Jornaleras Agrícolas Migrantes (PRONIM), pues éste último maniobró cuando menos diez años a fin de atender al grupo de niños y niñas de la finca.

Podemos decir que algunos niños y adultos recuerdan con gusto su paso por la escuelita del PRONIM años atrás, como Brenda, quien comenta: “cuando tenía yo 8 años, veníamos aquí a la [sección] D. Aquí yo iba a la escuelita. La maestra sí sabía enseñar. Con ella aprendí a leer” (Brenda, 13 años, Entrevista en la finca Tlan Makán, 21 de diciembre de 2015). Con frecuencia, se encontraron testimonios de jornaleros agrícolas que precisamente adquirieron conocimientos básicos de lecto-escritura en ‘la escuelita’.

Paralelamente, encontramos relatos como el de doña Herminia, que con sus 20 años de experiencia trabajando en la finca, comentaba la alegre convivencia que se formaba entre los jornaleros –más numerosos en épocas pasadas– y las maestras del PRONIM:

Me tocó ver a las maestras que venían a enseñar a los chiquitos. Llegaba mucha gente, ora sí que por la necesidad traían a su señora, sus niños y por no dejar la escuela, les enseñaban aquí. Antes, sí venían muchos chamacos, venían de La Ceiba, de Colonias [de Huauchinango], Santa Rita, Mecatlán, de las rancherías, Rancho Alegre, La Cruz. En la [sección] D1 había 30-35 niños. No había escuela [aula móvil]. Era en el comedor y los enseñaban. Las maestras antes ponían puros dibujitos, pocas letras. Ahora sí, ponen letras. Antes los maestros en la A2 eran de Santo Domingo [Filomeno Mata], iban y venían; eran de gusto las maestras. En navidad convivíamos: partíamos la piñata, ponían arbolito, nacimiento del niño dios; la Laura iba vestida de virgen María. Cooperábamos de \$50, y preparábamos ponche, ensalada, pedíamos posada. (Entrevista a doña Herminia, cocinera de la finca, Finca Tlan Makán, 4 de enero de 2016).

Convendría señalar, que en la actualidad el PIEE retomó del PRONIM el esquema laboral denominado ‘ciclo escolar agrícola’, es decir, un periodo de atención educativa no normativa que sirve como herramienta para facilitar la planeación y operación de los servicios educativos, acorde a la región y ciclos agrícolas de los centros de trabajo (Leal, 2011). Para el caso que aquí interesa, este corresponde a la temporada de cosecha de café (octubre-marzo), lapso en el cual los niños migran con sus familias a la finca Tlan Makán.

Asimismo, el horario de atención a los niños en la escolita en la finca es posterior a la jornada laboral, ya que acompañan a sus familias durante la misma; una vez de vuelta (4 o 5 de la tarde), asisten a las clases –cuyas jornadas finalizan entre 9 y 10 de la noche. Lo anterior, muestra uno de los varios problemas que abraza el programa pues el desempeño de los niños no es el mismo después de la jornada laboral.

Aún más, el hecho de que el programa atienda a los niños por la tarde bajo el entendido de que estos cumplen una jornada laboral matutina, muestra que tanto los promotores como los funcionarios del gobierno han naturalizado el trabajo que realizan los niños junto con sus familias en esta empresa agrícola. Prueba de ello, es el hecho de que algunos promotores registran a los niños que atienden como no trabajadores en la base de datos del programa, invisibilizando la vulnerabilidad social que sufren los niños jornaleros

ya sea en materia de sus relaciones laborales, ya sea en la precarización y explotación que padecen a lo largo de su jornada.

[A los niños] hay que registrarlos como ‘no trabajadores’; si los registro como que sí trabajan, llegarían los derechos humanos, y ellos no entienden que nadie los obliga a trabajar, ellos lo hacen porque quieren (Entrevista a Carmen, promotora del PíEE, finca Tlan Makán, 8 de junio de 2015).

Para la operación del PRONIM y el PíEE, durante los últimos año se han utilizado ‘aulas móviles’ como espacio educativo, es decir, una especie de remolques que son ubicados en los estacionamientos, al exterior de las galeras, de cada una de las tres secciones de la finca, las cuales están equipadas con una lámpara, sillas, un pizarrón, dos o tres mesas de aproximadamente 1.5 metros a los costados, así como con libros de texto, cuentos, libretas, juegos de mesa, lápices, colores, tijeras, pegamento, entre otros, los cuales se comparten entre los niños.

Adviértase, que el espacio que ostenta cada una de estas aulas es reducido, con la posibilidad de albergar a no más de diez niños, lo cual resulta una contradicción, pues durante la temporada de corte es cuando más familias y niños migran, rebasando en muchas ocasiones la cantidad de 30 niños jornaleros, pues aun cuando no todos tienen el interés de ir a la escuelita, el espacio disponible tendría que ser el adecuado para tal cantidad de personas.



Imagen 12. Niños en el aula del PíEE después de la jornada laboral.
Fotografía propia. Finca Tlan Makán, 22 de diciembre de 2015.

Aún más, otra de las vicisitudes del programa se halla en el hecho de que el material y los recursos con los que se trabaja en el aula móvil, deben ser solicitados por el promotor en turno a la coordinación estatal del programa. Dicha solicitud debe pasar tanto por la coordinación nacional como por la SEP, cuya respuesta y abasto está supeditado al criterio de los funcionarios correspondientes. Lo anterior, se sustenta en los relatos de varios de nuestros interlocutores, quienes expresan que esta estructura sólo complica la situación, pues muchas veces el material llega tarde, incompleto o simplemente nunca llega, lo cual entorpece las actividades académicas del programa.

Nótese que este material es solicitado en función del número de alumnos registrados, es decir, de niños inscritos por sus padres presentando el acta de nacimiento o CURP del infante. El problema radica en que los alumnos inscritos no representan el total de alumnos atendidos por el programa, pues no todos los padres cargan consigo los papeles de sus hijos para registrarlos al migrar. Por tanto, el material enviado, en este caso, a la finca Tlan Makán, resulta insuficiente, y son los mismos promotores los que terminan costéandolo:

Muchas veces [...] los niños vienen [a la finca] sin documento, o vienen solos; ha habido casos que na'mas se vienen con un primo, con un tío, cuando ya son de 12 años [...]. Entonces no saben [en] qué fecha nacieron, [en] qué lugar nacieron. A esos niños se les podrían decir *niños fantasmas*, porque no los puedes subir a la base [de datos] a la SEP. Y digamos que por la estadística que se sube, los niños que si logran entrar, pues a veces no mandan material. Pero si tuviéramos más que todos esos niños fantasmas, si les pudiéramos meter a la estadística, llegaría más material. Ahorita este año sí nos dieron material, pero hay ocasiones en que [...] nosotros de nuestro sueldo tenemos que comprar que hojas, lápices, borradores. Es una deficiencia del programa. (Entrevista a Carmen, promotora del PíEE en la finca Tlan Makán, 9 de diciembre de 2015).

Cabe señalar que, para algunos de los niños registrados tanto en la escuela de su comunidad de origen como en el PíEE, el documento probatorio de que recibieron atención educativa en el lugar de destino es de gran utilidad para evitar que pierdan el año escolar. Por ejemplificar, entrevistando a una niña jornalera que recién llegaba a la finca con su familia –ella y sus hermanos vestían el uniforme de su escuela–, comentó que ya conocían escuelitas como la de la finca Tlan Makán, entonces preguntó: “¿y aquí te anotan? porque allá donde hemos ido, nos anotan” (Rafaela, 12 años, finca Tlan Makán, 31 de diciembre de 2015).

Por otra parte, notamos que los promotores educativos del programa son becarios estudiantes de universidades pedagógicas interculturales, quienes frecuentemente no cuentan con todos los insumos necesarios o el perfil requerido para desarrollar sus actividades a plenitud en un contexto complejo como el de la finca Tlan Makán.

En este sentido, se encontraron casos como el de Carmen de 21 años, proveniente de Atla, cerca de Huauchinango, quien fue promotora responsable de una de las aulas móviles de la finca por dos ciclos agrícolas³¹. A Carmen, la labor docente se le dificultó, pues aunque podía comunicarse y comprender a los alumnos hablantes de náhuatl, en ocasiones encontraba frustrante la interacción con aquellos niños que solo hablan totonaco, con quienes sólo lograba hablar a través de la traducción realizada por un niño o niña bilingüe en español y totonaco:

Cuando Mario [uno de los alumnos] está solito, puede ser buen alumno. Pero, con sus otros dos amiguitos, no. Luego sólo hablan totonaco, me miran y se ríen. Y hasta me da coraje de no saber lo que están diciendo. [Hay una] niña que no sabe hablar español, no entiende; entonces la niña más grande, lo que yo le digo en español, ella le dice en su lengua [tononaco]. Ya entre ellos mismos, si uno ya le entendió lo que va a hacer, le dice al otro. (Entrevista a Carmen, Promotora del PíEE, finca Tlan Makán, 9 de diciembre de 2015).

Sumado a lo anterior, hallamos que en ocasiones los maestros suelen abandonar sus labores, pues sus condiciones son similares a los de los jornaleros agrícolas (comida, vivienda, movilidad entre su lugar de origen y la finca, entre otros), lo cual en ocasiones suele traer el desánimo de los promotores:

Carmen [la promotora PíEE en la finca] es de las únicas que le entra bien al trabajo. Los maestros de la otra sección, de la A3, no fueron toda la semana. A veces dicen que tenían un compromiso, que se enfermaron, y eso que sí hay niños a quien enseñar (Don Fermín, finca Tlan Makán, 22 de diciembre de 2015).

Otro ejemplo de este desánimo por parte de los promotores del PíEE, fue que durante la temporada de corte de 2016 a 2017, no se presentó ningún profesor a la escuelita de la finca Tlan Makán. En su lugar, niños y jóvenes se reunían en espacios como la fogata detrás de las galeras, la presa, el comedor, entre otros, durante su tiempo libre. Aún más, Carmen, que

³¹ Como promotora del PíEE, Carmen se traslada por un periodo máximo de cinco meses, desde su comunidad de origen a la finca Tlan Makán cada lunes, regresando los viernes por la mañana, pues los sábados estudia en la Escuela Normal de Huauchinango, en donde también atiende a una consejería por parte del PíEE, para discutir el desempeño del programa. (Información de campo obtenida en la finca Tlan Makán, diciembre de 2015).

entonces había pasado de ser promotora a ser asesora de promotores en dicho programa, comentaba:

Estamos buscando promotores para el programa. El único requisito es haber terminado el bachiller y la motivación de seguir estudiando. Estamos promoviéndolo porque ahora sí no hay, ahora sí hubo una baja de maestros muy fuerte (Carmen, asesora PíEE, finca Tlan Makán, 19 de septiembre de 2016).

Aún más, otro de los grandes problemas que enfrentan los maestros del PRONIM y del PíEE es la asistencia itinerante de los alumnos dado el carácter temporal de su presencia en la finca, pues si bien, puede haber periodos en que atienden a más de diez niños que con dificultad caben en el aula móvil –principalmente durante la temporada vacacional invernal del ciclo escolar regular–, de una semana a otra, el número de estudiantes puede reducirse a cero. Esta ausencia de niños en las aulas móviles, suele traducirse en el ausentismo de los maestros, pues ciertamente consideran un sinsentido ofertar sus servicios cuando no hay demanda.

Lo anterior, muestra de nueva cuenta el panorama complejo de la educación para los niños y niñas migrantes, en el que resalta la incapacidad del PíEE de asirse de alumnos, así como la deficiente distribución y organización del personal frente a las necesidades reales de la finca. Por si fuera poco, hallamos que muchas veces los promotores sólo se incorporan al programa a fin de cumplir con los requerimientos que pide la Universidad Pedagógica Nacional para inscribirse en algunas de sus licenciaturas (Jacobo; en Corona, *et. al.*, 2014).

Por todo lo anterior, podemos deducir que muchos de los docentes no están lo suficientemente capacitados para manejar la complejidad del problema que abraza el PíEE. Hay que matizar, no obstante, que con lo anterior, no deseamos desacreditar la ardua labor que algunos de ellos realizan dentro del mencionado programa. Tal es el caso de la maestra Carmen, quien expresa la dificultad que enfrenta al dar clases a niños con distintos conocimientos, resultado de los distintos grados de estudio en los que se encuentran cada uno de ellos en sus comunidades de origen



Imagen 13. La diversidad de edades, capacidades y adscripciones étnicas dentro del PIEE.
Fotografía propia. Finca Tlan Makán, 22 de diciembre de 2015.

Pese a ello, Carmen intenta crear estrategias multigrado e interculturales, a fin de desarrollar una serie de habilidades y conocimientos generales (competencias), situación nada sencilla de sortear, pues un solo docente debe conducir un sinnúmero de actividades con varios niños que hablan distintas lenguas indígenas (español, náhuatl y totonaco en este caso). Aún más, podríamos señalar que la enseñanza dentro del aula móvil suele complejizarse para el docente debido a que no existe una homogeneidad entre los niños, sus conocimientos y habilidades, resultado de que muchos de ellos son alumnos regulares o irregulares; abandonaron sus estudios; son analfabetas; presentan algún tipo de rezagado educativo; deficiencias en la educación de sus escuelas de origen; las condiciones particulares de vida; entre otros.

4.2.3 Vicisitudes y aciertos del PIEE en la finca Tlan Makán.

Mirado en su totalidad, hallamos una serie de desigualdades en cuanto al acceso a la educación de los niños jornaleros, en donde cada niño representa un caso particular de atención para desarrollar más plenamente las competencias educativas que se requieren. A través del PIEE, se busca cubrir una currícula de acuerdo al grado escolar de cada niño que se atiende, tenemos que esto se dificulta dadas las condiciones anteriormente señaladas. En consecuencia, los objetivos del programa se ven reducidos a enseñar y/o reforzar la lectura y

escritura y el pensamiento lógico matemático básico, conocimientos de los que ninguna niña, niño o joven debería prescindir. Para ejemplificar esto, dos promotores del PíEE relatan una de sus experiencias al enseñar en la finca Tlan Makán:

Francisco: Hace dos años estuve aquí. Mi experiencia exitosa era sacar a los alumnos leyendo, en cuanto estos alumnos no sabían nada. Uno tenía 12 años, y el otro 7 u 8 años, y no sabían nada de leer, y entonces en el tiempo que yo estuve aquí, logré que esos niños salieran leyendo. Y ahorita me comentan que esos niños ya están en una escuela, que ya anda en el DF [Distrito Federal] con su mamá. Es una satisfacción que dices: ¡qué bien! ¡Logré algo!

Carmen: [Este niño] nunca había ido a una escuela regular, siempre estudiaba aquí de octubre a marzo. Con sus papás estaba aquí, aprovechaba cuando venían los maestros, y lo mandaron a una escuela regular, y le pedían esos documentos [constancias que otorga el PíEE para validar la educación recibida en la finca cafetalera], y logró entrar a una escuela regular.

Ahora bien, se encontró que tanto niños jornaleros como padres de familia, aprecian y valoran la educación ahí impartida. En más de una ocasión, los niños, confundiendo a la investigadora de este trabajo con promotores del PíEE, expresaron su motivación por aprender: “¿ya van a abrir la escolita?”, “¿Nos vas a enseñar a leer maestra?”, ¡Enseñanos cuentas!”.

En este tenor, al preguntarle a Josefina (12 años), ¿qué piensas de ‘la escolita’? (la escolita entendida como este espacio educativo en que opera el PíEE dentro de la finca), ella respondió: “¡ah, pues está muy bien! porque la maestra no nos regaña y nos deja hacer cosas, enseña cuentas, que dibuje mi pueblo, florecitas”.

Es más, atender a esta ‘escolita’ del PíEE en la finca se convierte en la única oportunidad de los pocos niños que asisten a ella, de recibir atención educativa y obtener conocimientos básicos de lectoescritura u operaciones aritméticas básicas, lo cual es preocupante en términos de pensar a la educación como una herramienta para insertarse y escalar en el mercado de trabajo.

Ahora bien, otras de las actividades que se observaron en la escolita del PíEE durante el trabajo de campo en la finca Tlan Makán, incluyeron lectura de libros y cuentos, repetición de palabras del diccionario, escritura de oraciones dictadas, resolución de problemas matemáticos de suma, resta, multiplicación y división, enseñanza del abecedario, investigación del árbol genealógico personal, juegos de lotería, memoria y dibujo. Para los menores de 5 años, usualmente la maestra dibujaba figuras en una libreta y los niños las coloreaban.

Un día en que los niños votaron por jugar memorama en la escolita, fue notoria la dificultad de integrar a todos los niños, pues los niños menores de 6 años, no hablantes de español, no entendían de qué trataba el juego, en parte por el desconocimiento de una lengua que la mayoría habla, en parte, por la complejidad del mismo juego. No obstante, era notorio que estos niños en edad preescolar (Carmen, Diego, Lesly y Luis de entre 3 y 5 años), aprendían español conviviendo con los niños mayores en la escolita.

Con lo anterior, podemos decir que si bien el PíEE enfrenta obstáculos para cumplir su objetivo general (los cuales se abordarán en el siguiente apartado), entre sus aciertos se encuentra el refuerzo de la lectoescritura en los niños y niñas que asisten o asistieron a la escuela en sus lugares de origen; el fomento de habilidades sociales al permitir a niños y niñas relacionarse entre sí en este espacio, en donde con frecuencia había humor, juego y expresión de las experiencias de vida. Especialmente, las actividades guiadas por la promotora que buscaban la expresión de los niños a través del arte y el juego con el material disponible, eran las más motivantes.

En ocasiones, los niños llegaban después de la jornada laboral a la escolita, se sentaban y preguntaban: “¿qué hago maestra?”, otras veces ellos elegían la actividad a realizar, aunque generalmente era la maestra quien les decía: “saquen sus libretas”, buscando adecuar la clase a los intereses, conocimientos y capacidades que reconocía en los niños. Sugeriría actividades como contar las cubetadas de café que cortaron en el día, en la semana y en la quincena; escribir y dibujar cómo es su comunidad, lo que les gustaba de ella, o las celebraciones más representativas para ellos (Observación de campo, aula móvil del PíEE, finca Tlan Makán, diciembre, 2015).

Uno de los días que más disfrutaron los niños, fue cuando después de realizar ejercicios de aritmética y español, descubrieron que la maestra tenía unos pliegos de papel de china y le propusieron hacer entre todos un globo de fuego, convenciéndola al decirle que ya casi era fin de año. Todos se entusiasmaron mucho, más porque en sus pueblos (Chiconcuaúta, San Andrés, Filomeno Mata), la gente acostumbraba hacer estos globos de papel y lanzarlos al cielo. Lucas (16 años), consiguió un trozo de tela usada y gasolina con uno de los jornaleros, para prender fuego a la base; Josefina (12 años) cortaba trozos de papel de china, Felipe (12 años) y Misael (13 años) los pegaban dándole estructura, Gerardo (11 años) encontró un alambre para colocar el trozo de tela en la base del globo. Finalmente lo

encendieron, el globo se elevó un metro sobre el suelo y luego comenzó a bajar quemándose; entre sonrisas lo apagaron, con el gusto de haber trabajado juntos en algo significativo para todos. (Observación de campo, finca Tlan Makán, 29 de diciembre de 2015).



Imagen 14. Dinámica de creación de globo de fuego en el PIEE.
Fotografía propia. Finca Tlan Makán, 29 de diciembre de 2015.

Aún más, a través de las observaciones de campo, fue notorio el gusto de los niños –sobre todo en edades de entre 6 y 12 años– por atender a la escuela. Por ejemplificar, tenemos el caso de Dominga (10 años), quien al terminar la jornada de corte, se despreocupaba del saco de café que pesaría su familia, dirigiéndose al aula móvil sin siquiera lavarse las manos, como la maestra siempre indicaba. Unos minutos después, la seguían Mario y Jesús, quienes al entrar mencionaban ‘ya nos lavamos las manos maestra, ¿qué vamos a hacer?’. Al ver a Dominga, los tres niños oriundos de Filomeno Mata, comenzaban a hablar en totonaco, para después presumirse en español unos a otros la cantidad de café que cortaron. Mario: ¿Cuántas cubetadas? Yo corté 9. Jesús: Yo me corté 7 cubetadas. Dominga: ¡Yo corté más que ustedes!

A veces, la confianza que propiciaba la escuela a los niños, les permitía expresar no sólo sus gustos e intereses, sino también, conductas y expresiones que dejan entrever los diversos contextos en los que transitan, que pueden ser de violencia y carencia. Por ejemplificar, tenemos que en más de una ocasión, los hermanos Mario y Jesús ‘jugaban’ a golpearse uno al otro la cabeza con la palma de la mano, a tomar palos y fingir golpear a la gente a su alrededor o a insultarse verbalmente, a lo que la maestra respondía con firmeza: “¡cálmense niños! ¡Ya saben que eso aquí no se vale!”.

En el mismo tenor, en una ocasión en que la promotora Carmen intentaba enseñarle a Dominga (quien nunca había ido a la escuela) algunas letras del abecedario, alguien más se asomó a la puerta de la escuelita y preguntó “¿apoco no te las sabes?”. Dominga, un tanto incómoda, sólo asintió con la cabeza sin voltear a verle, sonriendo forzosamente. Luego borró las letras que había anotado en su libreta, escribiéndolas de nuevo, intentando hacerlo mejor. (Observación de campo, 21 de diciembre de 2015).

No obstante, esta investigación confirma los hallazgos de diversos autores sobre las deficiencias y obstáculos que ha presentado el PRONIM (Ocampo y Peña, 2013; Rojas, 2011a, 2011b; Leal, 2011; entre otros), que se trasladan y acentúan en el actual PíEE – relacionados con el espacio, tiempo, disposición de la empresa privada en que opera el programa, contenidos curriculares, estrategias multigrado e interculturales, promotores con que opera y el rezago educativo de los niños que enfrenta– que impiden que los objetivos del programa se cumplan, dificultando el alcance de la equidad educativa y, por ende, la posibilidad de sortear la marginación y exclusión social de los niños jornaleros. De hecho, en la mayoría de los casos, los niños y sus familias transitan por un ciclo en el que se reproduce la pobreza y la vulnerabilidad social, dificultando su movilidad social.

Conclusiones

A lo largo de este texto pudimos conocer varias aristas de la vulnerabilidad social que experimentan las niñas y niños jornaleros agrícolas migrantes en relación al trabajo y la educación. En el camino, han surgido reflexiones en torno a los aciertos y aportes del marco teórico y metodológico empleado, del contexto etnográfico elegido y del análisis realizado a través del concepto de vulnerabilidad social sobre el problema de estudio. Del mismo modo, pueden reconocerse limitantes, preguntas por responder, nuevos horizontes y rutas de investigación que permitan ampliar el conocimiento de la realidad que viven los sujetos centrales de esta investigación.

Primeramente, consideramos como un acierto la articulación de perspectivas analíticas, provenientes de diversas disciplinas, tales como la antropología, historia, geografía cultural y sociología, permitiendo tener una mirada más integral del problema de estudio a través del abordaje de las causas profundas del fenómeno de la migración – especialmente de carácter interno, temporal y regional–, llevándonos a analizar la realidad que viven los jornaleros agrícolas en el campo mexicano, buscando comprender la perspectiva de las niñas y niños en el tema a través de los planteamientos de la antropología y de la geografía de las infancias, recuperando como eje transversal al concepto de vulnerabilidad social para dar cuenta de la condición de susceptibilidad al riesgo y a sufrir daños de niños y niñas, a la vez que permitiendo encontrar los diversos factores que incrementan esta susceptibilidad.

Si bien este concepto de vulnerabilidad social permitió conocer una de las dimensiones de la realidad de los niños y niñas jornaleros agrícolas migrantes en la finca Tlan Makán, coincidimos con González, Ortecho y Molinatti (2013) en que el mismo, podría impedir o dificultar el análisis de la movilidad social de los sujetos, así como de su papel más activo en la sociedad.

No obstante, pudimos aprender que aunque dicha condición vulnerable está presente, ésta no es estática, sino que es un fenómeno multifactorial y dinámico, que ha resultado del proceso histórico venido de los ajustes estructurales políticos de corte neoliberal en México y el mundo, mismos que provocaron un desequilibrio entre los actores del campo mexicano, pues por un lado se privilegió a los productores con mayor capacidad productiva, mientras

que a los pequeños productores se les abandonó, cayendo estos en condiciones de pobreza, marginación, exclusión y vulnerabilidad social.

Ahora bien, es importante recuperar algunas de las reflexiones en torno al trabajo de campo realizado con niños y niñas migrantes, empezando por reconocer que fue un reto, pues por una parte, la alta movilidad propia del contexto migratorio requirió de concentrar los esfuerzos en generar relaciones de *rapport* más rápidas con niños y niñas y con sus familias, para poder acceder y conocer sus prácticas cotidianas y sus perspectivas de la realidad social en periodos cortos de tiempo. Con frecuencia, fue a través del juego, conversaciones informales y de ambientes relajados que se logró profundizar en los temas de interés de este trabajo.

En este sentido, el foco que esta investigación hizo en las perspectivas de niñas y niños, requirió de experimentar y encontrar herramientas metodológicas alternativas, propuestas desde la antropología y la geografía cultural –algunas de carácter lúdico–, aunadas a las propias de la antropología, buscando facilitar la comunicación con dichos sujetos, así como hacer lo más agradable posible la experiencia para los mismos. Asimismo, fue de gran interés observar que estas herramientas no sólo permitieron acercarnos a los menores, sino también a los adultos, a las familias en conjunto, quienes mostraron entusiasmo por participar en las actividades lúdicas y artísticas.

Cabe destacar que de estas herramientas metodológicas alternativas, los niños y niñas mostraron gran interés por aquellas que involucraron el uso de nuevas tecnologías, como celulares y cámaras para tomar fotografías y video, pues estas permiten experimentar y hasta cierto punto jugar con las posibilidades de la realidad vivida. Aun cuando en esta investigación su uso por parte de niños y niñas fue superficial, sería importante encontrar maneras de facilitar el acceso a las misas, con el propósito de profundizar en el conocimiento de las perspectivas y experiencias de la niñez en diversos contextos.

En cuanto al contexto etnográfico elegido para realizar esta investigación, se puede considerar como un acierto el haber conseguido permiso para hacer la investigación dentro de un centro agroproductor como la finca Tlan Makán. Del mismo modo, son valiosos los aportes etnográficos en esta precisa área geográfica en torno al tema de estudio, pues son casi nulas las investigaciones de este tipo en la Sierra Norte de Puebla. En este sentido, la

investigación nos acerca a comprender mejor la vida de las familias jornaleras agrícolas, así como las prácticas dentro del sector agroproductor cafetalero.

Como parte de este trabajo, pudimos comprender las transformaciones que impulsaron migraciones de diversos tipos, incluyendo la migración al interior del país, de carácter temporal, en donde diversas empresas agrícolas, centros agroproductores de gran capacidad, han fungido como focos de atracción de mano de obra, soportando dichas movilidades territoriales a las que se han sumado mujeres, niñas y niños, es decir, familias completas.

Ahora bien, encontramos la importancia que ha tenido la producción cafetalera en la región de la Sierra Norte de Puebla, sobre todo durante el periodo de auge que tuvo hasta finales de la década de 1980. No obstante, cuando esta producción decayó debido a la caída del precio del café a nivel internacional, la economía de la región también lo hizo, especialmente la de los pequeños productores, sumiendo a su población en un mayor grado de pobreza.

Contradictoriamente, fue hasta la década de 1990 que la finca Tlan Makán tuvo su auge, convirtiéndose en uno de los centros importantes de mano de obra para la población de la región, y fue hasta principios de milenio que comenzó a decaer, por un lado debido a la caída del precio del café a nivel internacional y, por el otro, a factores como plagas (roya) o deterioro de cafetos.

No obstante, aunque la demanda de mano de obra disminuyó notoriamente, éste centro sigue siendo una importante fuente de empleo para las localidades cercanas a la finca, impulsando migraciones temporales de corta distancia por parte de niños, niñas y familias en la búsqueda de subsistencia y de mejores condiciones de vida, que al mismo tiempo les permitan mantener lazos con su comunidad, trasladándose a la finca según la demanda de fuerza de trabajo, y a sus comunidades para atender compromisos sociales, practicar la siembra de autoconsumo, atender a la familia, entre otras.

Ahora bien, podemos comenzar a vislumbrar los aportes del análisis de esta investigación, encontrando que tanto la migración como la inserción laboral de niños y niñas en la finca Tlan Makán, puede ser más o menos hostil, y representar distintas formas de vulnerabilidad social de acuerdo a la edad, el género, la pertenencia étnica, al dominio del

español, la antigüedad laboral, las relaciones sociales entabladas en dicho espacio, la escolaridad y la composición de la unidad doméstica.

Así es que encontramos que la variable étnica hace más propensos a los grupos totonacas, pues al tener un menor manejo del español (idioma predominante en la finca), su comunicación con los demás actores en este espacio se ve limitada. Contrariamente, observamos que los grupos nahuas, tienen un mejor manejo del español, haciendo de este, uno de los activos que contrarresta la vulnerabilidad social, siendo la lengua predilecta en la organización de las labores agrícolas en la finca Tlan Makán.

Por su parte, el tipo de relación con enganchadores, caporales u otras autoridades del espacio laboral de la finca, pueden facilitar o dificultar el acceso a mejores condiciones de trabajo, tales como el acceso a plantaciones más o menos productivas, de acceso más o menos difícil (terrenos planos contra laderas), implicando así un mayor o menor esfuerzo en relación al usufructo del trabajo.

Con frecuencia, este tipo de relación la entablan jornaleros adultos a través de lazos de parentesco, paisanaje o amistad con enganchadores, caporales o autoridades de la finca. Nótese que el beneficio de esta relación, lo es también para el grupo de acompañantes de dicho jornalero, especialmente para niños y niñas, razón por la cual las familias jornaleras suelen buscar crear lazos de amistad o compadrazgo con aquellos trabajadores en posiciones de mayor autoridad, creando así una especie de red o entramado social que les da acceso a los activos antes mencionados.

Aún más, con frecuencia estos jornaleros son los que tienen mayor antigüedad laboral en la finca, pues atienden a la misma de manera consecutiva, año con año, durante el periodo de mantenimiento y de cosecha, presentando un comportamiento deseable en este espacio (no provocan altercados ni conflictos de ningún tipo).

En contraposición, los jornaleros menos experimentados, que con frecuencia son grupos de niños y jóvenes, así como algunos grupos y familias de jornaleros nahuas y totonacos, no obtienen condiciones de trabajo tan ventajosas. No obstante, pueden empezar a crear su propio historial laboral en la finca, redes, capital social, etc., que les facilite el acceso a otras condiciones y recursos.

En cuanto a la variable del género, encontramos que las niñas y mujeres son más propensas a la vulnerabilidad social, pues se espera de ellas que cumplan con deberes

estereotípicos femeninos, además de cumplir con su jornada laboral. Actividades como lavar la ropa, cuidar a los hermanos pequeños, colaborar y preparar alimentos para la familia y los trabajadores ‘de comedor’. Esto, sumado a la propensión que tienen al acoso, a sufrir embarazos adolescentes, a ser madres solteras y a sufrir violencia intrafamiliar.

Ahora bien, la vulnerabilidad social en relación a la edad varía de forma dependiendo de ésta última. A menor edad, los niños son más dependientes de sus cuidadores, y por ello, son más propensos a sufrir daños físicos provocados por el entorno como la exposición a largas y extenuantes jornadas de trabajo que pueden implicar accidentes, quemaduras de sol, picaduras de animales ponzoñosos o exposición a agroquímicos; así como con menor frecuencia, daños físicos y psicológicos provocados dentro de la misma familia con amenazas de golpes y golpes durante la jornada laboral.

Por otra parte, a mayor edad, generalmente a partir de los 10 años, los niños y niñas adquieren mayores responsabilidades dentro de la dinámica de reproducción familiar, insertándose de manera más intensiva en el trabajo, y exponiéndose a una explotación de mano de obra más sistemática, con extenuantes jornadas de trabajo, remuneradas de manera precaria o nula, vulnerando a su vez, derechos como el acceso a la educación o al juego.

En este sentido, la composición de la unidad doméstica que experimenta vulnerabilidad social es de suma importancia, particularmente en la relación que hay entre los integrantes en edad productiva y no productiva, repercutiendo en el acceso que tienen niñas y niños a la educación y en el grado en que éstos se insertan al mercado laboral.

Así, los niños y niñas de menor edad, especialmente los menores de 10 años, representan una situación de mayor vulnerabilidad para dichas unidades domésticas, dado que son menos productivos y requieren de mayor atención por parte de sus cuidadores. No obstante, también son partícipes del proceso de inserción gradual al campo laboral, aumentando con el tiempo su capacidad productiva, colaborando activamente con la reproducción familiar y con la producción agrícola, aun cuando su labor no es reconocida sino que invisibilizada, y definitivamente no regulada.

Por si fuera poco, la experiencia que hacen estos niños y niñas en el corte de café, les lleva a continuar laborando como jornaleros agrícolas, en el marco de una estrategia de

pluriactividad, en la que con frecuencia también migran a otros destinos, tanto en el campo como en la ciudad, manteniéndose bajo unas condiciones paupérrimas laborales y de vida, en las que la exclusión y la marginalidad, además de la vulnerabilidad, son predominantes.

En este sentido, es de suma importancia recalcar la delgada línea que separa al trabajo que realizan niños y niñas como una ayuda, un aporte a su unidad doméstica comunidad dentro de esta última, del trabajo que realizan en la finca Tlan Makán, meramente de carácter productivo. Si bien las tareas que tienen entre uno y otro contexto pudieran ser similares, como el mismo corte de café, en el primero su labor beneficia directamente a la unidad doméstica, mientras que en el segundo lo hace a la empresa agrícola, quien remunera monetariamente a la unidad doméstica, grupo de paisanaje o amistad, de manera precaria, haciendo del trabajo de niñas y niños, uno de carácter explotador.

Ahora bien, se encontró que en el ámbito educativo, la inserción al trabajo a una edad temprana puede acompañarse de las dificultades para asistir de manera regular a la escuela, la reprobación y la deserción escolar, no obstante, la relación entre estos factores no es causal ni secuencial. De acuerdo a los hallazgos de esta investigación, se encontró que hay una serie de elementos que componen las condiciones de educabilidad entendidas como las condiciones que posibilitan la asistencia escolar de los NJAM, desprendidas de un contexto en el que se experimenta vulnerabilidad y exclusión social.

Se encontró que la materialización de las políticas neoliberales en el agro mexicano, se traducen en una pobre economía familiar que con frecuencia imposibilita costear el gasto que representa la escuela; el cambio de residencia y la migración temporal laboral familiar alejan a niñas y niños de las instancias educativas; los estereotipos de género, afectan especialmente a las niñas, quienes con más frecuencia abandonan sus estudios, mostrando un contexto de vulnerabilidad social en el que la precariedad, la incertidumbre y la inestabilidad son constantes para las familias jornaleras agrícolas. Por si fuera poco, se confirma el hecho de que la educación como derecho humano y constitucional básico, aún no está garantizado para el total de la población en México.

Entre las causas que encontramos para la reprobación y deserción escolar, tenemos que con frecuencia, niños y niñas se decepcionan del proceso educativo, especialmente al terminar la primaria y durante la secundaria, y prefieren insertarse al mercado laboral, pues

en el primero no encuentran motivación ni recursos útiles para salir de la condición vulnerable, y en ocasiones puede ser hasta perjudicial debido a factores como el maltrato de profesores en las escuelas en comunidades de origen, la baja calidad de la enseñanza y los costos elevados que implica la escuela aun cuando esta es pública.

Por su parte, el PíEE es uno de los programas que ha buscado resolver este problema entre los NJAM, no obstante, no ha logrado cumplir con el objetivo de incrementar de manera significativa el acceso a una educación de calidad a poblaciones vulnerables, ni evita que niños y niñas se conviertan en mano de obra barata en las agroindustrias. El máximo ejemplo de ello fue la suspensión del programa en la finca Tlan Makán en 2016, debido a la falta de promotores que atendieran el programa.

Se puede concluir que algunas de las características en la educación rural en los pueblos de origen de los niños y niñas que migran a la finca Tlan Makán, coinciden con características del desempeño del PíEE. El trabajo infantil, lejos de ser el único factor por el que los niños jornaleros no pueden acceder a la educación, forma parte de un entramado más complejo de elementos adversos, cuyo origen se encuentra en las instituciones: profesores sin ética ni vocación, pobres contenidos educativos, escuelas lejana a sus pueblos.

En este sentido, se observa que los factores individuales y familiares que impiden o dificultan la movilidad social, están inscritos por un contexto que dificulta el acceso a capitales materiales y simbólicos, en donde, como hemos analizado, los sujetos buscan estrategias de subsistencia que permitan la reproducción material y familiar.

Es decir que lo familiar e individual, se ve atravesado por la manera en que los aspectos culturales y sociales estructuran una realidad bastante desigual, en donde la educación, tanto en sus comunidades, como en el espacio laboral de la finca Tlan Makán, a través de programas como el PRONIM y el PíEE, no logra por sí sola mitigar las carencias y dar un giro a las vidas de las niñas y los niños jornaleros migrantes.

Así, se observa que la educación en contextos marginales, lejos de dar solución a la vulnerabilidad social y la explotación infantil que experimentan los NJAM, sólo logra proveer ciertas herramientas que pudieran sopesar estas condiciones dentro del marco del capitalismo neoliberal, posibilitando de manera muy limitada, la inserción y la movilidad social a través del mercado laboral.

Por tanto, habría que reflexionar sobre la calidad de la educación tanto en los pueblos de origen de los NJAM como en la finca Tlan Makán, con el PRONIM y el PIEE, y sobre la necesidad de espacios en los que se reconozca la identidad de estos sujetos como actores, partiendo de sus prácticas, en los que tengan lugar formas de reproducción familiar lejos de la explotación del trabajo de estas niñas y niños.

Ahora bien, entre las limitantes encontradas estuvo la temporalidad, pues como mencionamos anteriormente, la creación de lazos de confianza con los informantes debía realizarse en un corto periodo de tiempo, a sabiendas de que este podría durar sólo unos días, una semana o un mes. Hubo ciertos casos de niños, niñas y familias jornaleras con los que los lazos fueron más duraderos en la investigación dada su larga trayectoria laboral en la Tlan Makán. En este sentido, podemos considerar que de haber contado con mayor tiempo con los niños y niñas jornaleros migrantes en la finca, hubiésemos podido profundizar más en el conocimiento de sus perspectivas.

Otro elemento que jugó tanto a favor como en contra de la investigación, fue mi desconocimiento de la lengua totonaca y náhuatl, pues por una parte, me fue imposible comunicarme directamente con algunas personas hablantes de esta lengua, tanto niños como adultos. Por otro lado, mi intención de aprender y conocer estos idiomas me permitió relacionarme con los niños y niñas conocedores de los mismos, quienes con gran entusiasmo me enseñaron a nombrar alimentos, colores, animales, entre otros. No obstante, esto deja la puerta abierta a la búsqueda por comprender mejor el problema de estudio, partiendo de la lengua que hablan los sujetos principales.

Asimismo, la suspensión del PIEE en la finca fue un hecho que de cierta manera limitó la comprensión de la operación del programa y de la relación que pudiera tener con los niños y niñas migrantes. Claramente, dio luz sobre su ineficiencia e ineficacia, así como sobre la dificultad que tiene la niñez jornalera migrante para acceder a la educación, confirmando las hipótesis de este trabajo relacionada al ámbito educativo. De igual manera, deja pendiente la necesidad de dar seguimiento al PIEE en diversos contextos del país, desde las ciencias sociales y desde el ámbito de las políticas públicas, para dar mejor atención a niñas y niños migrantes.

En definitiva, podemos vislumbrar algunos otros horizontes para continuar con los estudios en torno a las experiencias de niños y niñas jornaleras agrícolas migrantes, así como

en relación a la vulnerabilidad social, la migración, el trabajo infantil y la educación. En este sentido, encontramos importante profundizar en el conocimiento del papel que tienen los lazos comunitarios y de parentesco, pues puede observarse que siguen siendo de gran importancia para la organización, producción y subsistencia, tanto comunitaria como familiar. Además, estos lazos sirven a los centros agroproductores no sólo al contratar mano de obra jornalera, sino también al perpetuar la explotación de niños y niñas bajo el velo de las formas tradicionales de reproducción material propias de las sociedades agrícolas.

Por otra parte, habría que ahondar en las transformaciones de la dinámica pluriactiva, que han permitido la subsistencia de familias y unidades domésticas campesinas por varias décadas, y en la manera en que niños y niñas se insertan en ésta, pues como analizamos en este trabajo, dichos sujetos se insertan en flujos migratorios de carácter temporal, tanto en la ciudad como en otros contextos agrícolas, ampliando de alguna manera su abanico de activos, pero también atenuando su condición como sujetos vulnerables, pues bajo la lógica del capitalismo neoliberal, con frecuencia se ven obligados a vender su mano de obra en diversos mercados de trabajo, exponiéndose a la explotación laboral, a la marginalidad y a una inestabilidad constante.

Ahora bien, podríamos apuntar a que esta investigación, y particularmente la comprensión de la condición vulnerable de niños y niñas jornaleros agrícolas debiera guiar la discusión y aplicación de políticas públicas que por un lado, regulen de manera más fehaciente el trabajo infantil, y por el otro, coadyuven a la implementación de reformas en el ámbito educativo, tomando en cuenta en todo momento los intereses y necesidades tanto de niños y niñas, como de sus familias.

Por último, quedan algunas preguntas pendientes que apunten al desarrollo de políticas públicas para el grupo de niños y niñas jornaleros y migrantes, tales como: ¿cuáles son los ajustes que deben hacerse en las políticas públicas en México para facilitar la satisfacción de las necesidades de los jornaleros agrícolas dentro de sus comunidades?, ¿cuáles son las políticas públicas que deben aplicarse para evitar la explotación y regular el trabajo que realizan niñas y niños en el mercado laboral agroproductor?, ¿y cuáles son los ajustes que deben aplicarse en los programas educativos que atienden a los niños y niñas jornaleras agrícolas, tanto en sus comunidades de origen como en programas como el PíEE,

para facilitar el desarrollo adecuado de conocimientos, habilidades y actitudes a modo de activos, considerando la variable étnica y económica de estos sujetos?.

Bibliografía

Acosta y Cruz (2015) Factores económicos y sociales asociados a la migración interna en México en el período 1995-2010. En R. Cruz y F. Acosta (coords.). *Migración interna en México: tendencias recientes en la movilidad interestatal* (pp. 115-148). México: El Colegio de la Frontera Norte.

Admin. (8 de enero de 2015) Aumenta a 7 el número de jornaleros fallecidos en accidente en Zacatecas. *Al momento*. Recuperado de: <http://almomento.mx/aumenta-a-7-el-numero-de-jornaleros-fallecidos-en-accidente-en-zacatecas/>

Arias, P. (2009) *Del arraigo a la diáspora. Dilemas de la familia rural*. México: H. Cámara de Diputados, LX Legislatura; Universidad de Guadalajara; Centro Universitario Ciencias Sociales y Humanidades (CUCSH); Miguel Ángel Porrúa.

Arizpe, L. (1978) Teorías sobre la migración. En *Migración, etnicismo y cambio económico (un estudio sobre migrantes campesinos a la ciudad de México)*. México: El Colegio de México.

Asamblea General de las Naciones Unidas (1989) Convención sobre los Derechos del Niño. Recuperado de: https://www.unicef.org/mexico/spanish/mx_Convencion_Derechos_es_final.pdf

Asociación Nacional del Café (s/f). Tipos de poda. Recuperado de: https://www.anacafe.org/glifos/index.php/Tipos_de_poda

Báez, L. (2004) *Nahuas de la Sierra Norte de Puebla*, México: CDI, PNUD. Recuperado de: https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/12557/nahuas_sierra_norte_puebla.pdf

Bayón, M. C. y Mier y Terán, M. (2010) *Familia y vulnerabilidad en México. Realidades y percepciones*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales.

Buendía, E. A. (2013). El papel de la Ventaja Competitiva en el desarrollo económico de los países. *Análisis Económico*, XXVIII (Septiembre-Diciembre). Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=41331033004>

Bustamante, M., Salazar, D. F., y Agüero, R. O. (2008) Relación entre agroindustrias y empresas agrocomerciales con la explotación primaria agrícola en el área aledaña a la ciudad de Río Cuatro, República Argentina. Modificaciones socio-territoriales. *Sociedade & Natureza*. Número 20, Año 2, 121-133. Recuperado de: <http://www.scielo.br/pdf/sn/v20n2/a08v20n2.pdf>

Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión (5 de febrero de 1917) Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. Recuperado el 20 de noviembre de 2018, desde: http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/1_270818.pdf

Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión (1 de abril de 1970) Ley Federal del Trabajo. Recuperado el 20 de noviembre de 2018, desde: http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/125_220618.pdf

Canabal, B. (2010) Programas en apoyo a la migración jornalera. Investigación en la montaña de Guerrero. En F. Mestries (coord.). *Los excluidos de la modernización rural: migrantes, jornaleros, indígenas y pequeños productores* (pp. 127-144). México: UAM, UAM-A.

Castillo, M. A. (2013) El universo cultural entre los nahuas de Cuetzalan: tradición, modernidad y vida cotidiana. En P. Máynes y M. Reinoso (eds.). *El Mundo indígena desde la perspectiva actual Vol. II* (pp. 58-76). México: Grupo Destiempos. Recuperado de: https://www.academia.edu/7802712/EL_MUNDO_IND%C3%8DGENA_DESDE_LA_PERSPECTIVA_ACTUAL_-_Vol._II

CEDRSSA (2014) Producción y mercado de café en el mundo y en México. México: CEDRSSA. Recuperado de: http://www.cedrssa.gob.mx/files/b/13/39Reporte_Producci%C3%B3n_y_mercado_de_caf%C3%A9_-_Cedrssa_2014.pdf

Chacón, J. (2015) Antropología e infancia. Reflexiones sobre los sujetos y los objetos. *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia Nueva Época*, Volumen 22, Número 64 (pp. 133-155). México: ENAH.

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL) (2010) “Medición de la pobreza. Tablas dinámicas (mapas y gráficas por municipio)”. [Base de datos en línea]. Recuperado desde: <https://www.coneval.org.mx/Medicion/Paginas/Tablas-dinamicas-municipales.aspx>

Consejo Nacional de Población (2011) Índice de marginación por entidad federativa y municipio 2010, desde: http://www.conapo.gob.mx/en/CONAPO/Indices_de_Marginacion_2010_por_entidad_federativa_y_municipio

Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (s/f). Documento informativo sobre el trabajo infantil en México. Recuperado el 20 de noviembre de 2018, desde: https://www.conapred.org.mx/documentos_cedoc/DocumentoInformativo-TrabajoInfantil.pdf

Corona, Y. y Gáal, F. (2009) *Estrategias participativas para niños: algunos aportes para escuchar a los niños y realizar consultas infantiles*. México: UAM-X. Recuperado de: <http://www.uam.mx/cdi/pdf/publicaciones/estrategias.pdf>

Corona, M. Á., Ortiz, B. y Corona, M. A. (2014) La migración en las regiones del Estado de Puebla, en el contexto de las carencias y de los factores externos 2000-2010. En: A. Ortega (coord.). *Puebla y sus migrantes, tendencias y retos de agenda pública*, (pp. 1-24). México: Gernika.

Cruz, R., Silva, Y. y Navarro, A. M. (2015) La migración interna en México: niveles y tendencias presentes y posibles. En R. Cruz y F. Acosta (coords.). *Migración interna en México: tendencias recientes en la movilidad interestatal* (pp. 175-200). México: El Colegio de la Frontera Norte.

De Grammont (2010) La evolución de la producción agropecuaria en el campo mexicano: concentración productiva, pobreza y pluriactividad. *Andamios: revista de investigación social*, 7(3), 85-117. Recuperado de: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=62815635005>

“Definición de pilcate” (21 de septiembre de 2018). Recuperado de: <https://www.definiciones-de.com/Definicion/de/pilcate.php>

El Vigía (21 de abril de 2014) Investigan el accidente de autobús con jornaleros. *El Vigía*. Recuperado de: <https://www.elvigia.net/el-valle/2014/4/22/investigacion-accidente-autobus-jornaleros-156314.html>

Exportadora de Café California (s/f). *Acerca de Nosotros*. Recuperado de: <http://es.eccmexico.com/aboutus>

Feito, L. (2007) Vulnerabilidad. *Anales del Sistema Sanitario de Navarra*, 30 (3), 7-22. Madrid: Universidad Rey Juan Carlos, Recuperado de: http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1137-66272007000600002

Filgueira, C. (2001) Estructura de oportunidades y vulnerabilidad social. Aproximaciones conceptuales recientes. En *Naciones Unidas. Las diferentes expresiones de la vulnerabilidad social de América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: CIESU, CEPAL y CELADE. Recuperado de: <http://www.cepal.org/publicaciones/xml/3/8283/cfilgueira.pdf>

García, A. (2010) El trabajo infantil en los campos agrícolas de fresa en Zamora, Michoacán. Estudio de caso 2007. En F. Mestries (coord.). *Los excluidos de la modernización rural: migrantes, jornaleros, indígenas y pequeños productores* (pp. 111-126). México: UAM – UAM-A.

Glockner, V. (2006) Metodología y marco teórico. En *De la montaña a la frontera: Identidad, representaciones sociales y migración de los niños mixtecos de Guerrero* (pp. 1-18). Puebla, México: UDLAP.

Glockner, V. (2010) Explotación infantil jornalera y capitalismo postfordista. *Revista Internacional N° 18 desde los Niños, Niñas y Adolescentes Trabajadores*. Año IX - febrero, 119-134.

Gobierno de México (2016) Programa para la inclusión y la equidad: Semblanza del PIEE. Recuperado de: <http://www.inclusionyequidad.sep.gob.mx/es/acerca/semblanza.html>

Gobierno del Estado de Veracruz y Secretaría de Educación de Veracruz (2011) *Programa 'Educación básica para niñas y niños de familias jornaleras agrícolas migrantes (PRONIM)'*. Recuperado de: [http://www.programassociales.org.mx/sustentos/Veracruz834/archivos/351dula%20PRONIM%20Conglomerado\).pdf](http://www.programassociales.org.mx/sustentos/Veracruz834/archivos/351dula%20PRONIM%20Conglomerado).pdf)

González, L., Ortecho, M. y Molinatti, F. (2013) Desde la vulnerabilidad a la movilidad social, con una mirada decolonial. *Estudios*, Número 30 (Julio-diciembre 2013), 177-196.

Guzmán y León (2002) Reproducción y movilidad de la fuerza de trabajo agrícola en Morelos, en León Antro, *et. al.* (coords.), *Migración, poder y procesos rurales*. México: UAM-Plaza y Valdés, 109-132.

Hernández, R.; Fernández, C. y Baptista, P. (2006) *Metodología de la investigación*. México: McGraw-Hill.

INAFED (s/f) Jopala. *Enciclopedia de los Municipios y Delegaciones de México. Estado de Puebla*. Recuperado de: <http://siglo.inafed.gob.mx/enciclopedia/EMM21puebla/municipios/21089a.html>

INEE (2016) Directrices para mejorar la atención educativa de niñas, niños y adolescentes de familias de jornaleros agrícolas migrantes. México: INEE. Recuperado de: <http://publicaciones.inee.edu.mx/buscadorPub/P1/F/103/P1F103.pdf>

INEGI (s/f). Uso de suelo. Recuperado de: <http://www.inegi.org.mx/geo/contenidos/reclnat/usopsuelo/Default.aspx>

INEGI (2005) El fenómeno migratorio. En *La migración en Puebla*. Recuperado de http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/productos//prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/historicos/76/702825498108/702825498108_1.pdf

INEGI (2009) Prontuario de información geográfica municipal de los Estados Unidos Mexicanos. Jopala, Puebla. INEGI: México. Recuperado desde: http://www.beta.inegi.org.mx/contenidos/app/mexicocifras/datos_geograficos/21/21089.pdf

INEGI (2010) Migración. Principales resultados del Censo de Población y Vivienda 2010. Recuperado de: <http://cuentame.inegi.org.mx/poblacion/migracion.aspx?tema=P>

INEGI (2011) *Panorama Sociodemográfico de Puebla*. Tomo I. México: INEGI. Recuperado de <http://www.reduitmanesco.info/puebla-municipios.pdf>

INEGI (2015a) Encuesta Intercensal: principales resultados. México: INEGI. Recuperado de: http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva_estruc/702825078966.pdf

INEGI (2015b) Conjunto de datos vectoriales de información topográfica escala 1:50 000 serie III. F14D84. México: INEGI. Recuperado de: <http://www.beta.inegi.org.mx/app/biblioteca/ficha.html?upc=702825271091>

Leal, O. (2011) Escuelas en campamentos y fincas en México: experiencias educativas con niños jornaleros migrantes. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 14 (2). Recuperado de: <http://www.journals.unam.mx/index.php/rep/article/view/26041/24514>

López, G. (1999) La educación en la experiencia migratoria de niños migrantes. En G. Mummert (Ed.) *Fronteras fragmentadas* (pp. 359-374). Zamora: COLMICH - CIDEM.

Madera, G. (4 de enero de 2018) Fallecen nueve jornaleros agrícolas en accidente carretero en Autlán. *Radio UDG*. Recuperado de: <http://udgtv.com/radio-udg/fallecen-nueve-jornaleros-autlan/>

Martínez, M. A.; Evangelista, V.; Mendoza, Myrna; Morales, G.; Toledo, G., y Wong, A. (1995) *Catálogo de plantas útiles de la Sierra Norte de Puebla, México*. México: UNAM, Instituto de Biología.

Masferrer, E. (2004) Totonacos. *Pueblos indígenas del México contemporáneo*. México: CDI; PNUD.

Masferrer, E. (2006) Cambio y continuidad entre los totonacos de la Sierra Norte de Puebla. México: Universidad Iberoamericana.

Mead, M. (1993) *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Buenos Aires: Paidós. Recuperado de: https://drive.google.com/file/d/1tIb-75s6Rj1xpgj1a8drCJDSbKqmN_dI/view?fbclid=IwAR27rD5jTz2k86CJI-1X17WVdLY06uydkGUrcU7ijwJcdclT-UgD8mF-flw

Moreno, J. C. (2008) El concepto de vulnerabilidad social en el debate en torno a la desigualdad: problemas, alcances y perspectivas. *Observatory on Structures and Institutions of Inequality in Latin America*. Working paper no. 9. Miami: Center for Latin American Studies; University of Miami. Recueprado de: <http://www.sitemason.com/files/h2QrBK/WORKING%20PAPERS%209.pdf>

Muñoz, A. (2013). ¿Quiénes son los jornaleros agrícolas? En M. A. Barrón, *Trabajo infantil y pobreza. El programa Oportunidades entre los jornaleros agrícolas* (pp. 131-158). México: Facultad de economía UNAM.

Neumann Kaffee Gruppee (s/f) About us. Recuperado de: <https://www.fincalapuebla.com/aboutus>

Ocampo, N., & Peña, A. (14 de abril de 2013). Los niños jornaleros agrícolas en Morelos. En *Educación Contra Corriente*, Recuperado de: <http://www.educacioncontracorriente.org/memorias/241-los-ninos-jornaleros-migrantes-en-morelos-en-el-estado-de-morelos>

Ortiz, A. (2007) Geografías de la infancia: descubriendo <<nuevas formas>> de ver y de entender el mundo. *Doc. Anàl.*, 2007 (49), 197-216.

Partida, V. (2015) Medición de la migración interna en México a partir de los censos de población de 1990-2010. En R. Cruz y F. Acosta (coords.). *Migración interna en México: tendencias recientes en la movilidad interestatal*, 57-114. México: El Colegio de la Frontera Norte.

Petit, J. M. (2003) Migraciones, vulnerabilidad y políticas públicas. Impacto sobre los niños, sus familias y sus derechos, *Serie población y desarrollo* 38, Santiago de Chile: CEPAL; CELADE – División de Población; Banco Interamericano de Desarrollo.

Prud'homme, J. (coord.) (1995) *El impacto social de las políticas de ajuste en el campo mexicano*. México: Plaza y Valdés – Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales.

Quinteros, G. (2003) Arte y participación infantil. *Anuario de investigación*, 2002 (II). México: UAM-X, CSH, Depto. de Educación y Comunicación. Recuperado de: http://148.206.107.15/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=CAPITULO&id=610&archivo=24-610dsf.pdf&titulo=Arte%20y%20participaci%C3%B3n%20infantil

Real Academia Española (2005) Diccionario panhispánico de dudas. Consultado en: <http://lema.rae.es/dpd/srv/search?key=deprivaci%F3n>

Real Academia Española (2018) Diccionario de la lengua española. Consultado en: <http://dle.rae.es/?id=KBXdIsE>

Rivera, L. (2007) La formación y dinámica del circuito migratorio Mixteca-Nueva York-Mixteca: los trayectos internos e internacionales. *Norteamérica* 2(1), 177-203.

Rivera, L. (2012) *Vínculos y prácticas de Interconexión en un circuito migratorio entre México y Nueva York*. Buenos Aires: CLACSO. Recuperado de: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/becas/20120507115705/RiveraSanchez.pdf>

Rojas, T. (2011a) La investigación educativa con población infantil jornalera migrante en México. *Revista Académica de Investigación y Postgrado – Edición Especial*. 2(2), 135-149. Recuperado de: <http://postgrado.upnfm.edu.hn/r2011/12.pdf>

Rojas, T. (2011b) *Inequidades. La educación primaria de niñas y niños jornaleros migrantes*. México: Universidad Politécnica Nacional.

Romo, V., Téllez, Y. y López, J. (2013) Tendencias de la migración interna en México en el periodo reciente. En *La situación demográfica de México 2013*, 83-106. México: CONAPO. Recuperado desde: http://www.conapo.gob.mx/en/CONAPO/La_Situacion_Demografica_de_Mexico_2013

Salinas, S. (17 de marzo 2012) Jornaleros Agrícolas: invisibilización deliberada. *La Jornada del campo*. Recuperado de: <http://www.jornada.unam.mx/2012/03/17/cam-jornaleros.html>

Sánchez, K. (2000) Los niños en la migración familiar de jornaleros agrícolas. En Del Río, Norma (Coord.) *La infancia vulnerable de México en un mundo globalizado* (pp. 79-94). México: UAM-UNICEF.

Sánchez, K. (2003). Mercado de trabajo rural, migración indígena y relaciones interétnicas. *Investigaciones sociales*, Año VII (11), 151-166.

UNICEF (2004) Convención internacional sobre los derechos del niño y de la niña. Paraguay: UNICEF. Recuperado de:

https://www.unicef.org/paraguay/spanish/py_convencion_espanol.pdf

Sánchez, L. (2002) Programa para contribuir al ejercicio de los derechos de niñas y niños, hijos de jornaleros agrícolas, y desalentar el trabajo infantil (PROCEDER). Foro *Invisibilidad y conciencia: Migración interna de niñas y niños jornaleros agrícolas en México*. Recuperado de:

<http://www.uam.mx/cdi/foroinvisibilidad/conferencistas/pronjag.pdf>

Secretaría del Trabajo y Previsión Social (2014) *El trabajo infantil en México: Avances y desafíos*. México: Secretaría del Trabajo y Previsión Social; Subsecretaría de Previsión Social; Dirección General de Inclusión Laboral y Trabajo de Menores. Recuperado de: http://www.stps.gob.mx/bp/gob_mx/librotrabajoinfantil.pdf

SEDESOL (2010) Diagnóstico del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas. México: SEDESOL. Recuperado de: http://www.inapam.gob.mx/work/models/SEDESOL/Resource/1778/3/images/Diagnostico_PAJA.pdf

SEDESOL (2013) Municipio de Jopala. *Catálogo de Localidades*. Recuperado de: <http://www.microrregiones.gob.mx/catloc/LocdeMun.aspx?tipo=clave&campo=loc&ent=21&mun=089>

Valdéz, G. (2011). Antropología, migración y niñez. En G. Valdéz (Coord.) *La antropología de la migración: niños y jóvenes migrantes en la globalización* (pp. 11-19). Hermosillo, Sonora, México: Colegio de Sonora; Universidad Autónoma de Sinaloa.

Weller, G. (2000) Migración infantil. Explotación de la mano de obra y privación de los servicios educativos. En Norma Del Río (Coord.) *La infancia vulnerable de México en un mundo globalizado* (pp. 39-53). México: UAM-UNICEF.

Anexos

Anexo A. Fotografías capturadas y editadas por niños jornaleros agrícolas migrantes a modo de herramienta para conocer su perspectiva y realidad.



Corte de café. Fotografía por Mario, 12 años, finca Tlan Makán, diciembre de 2016.



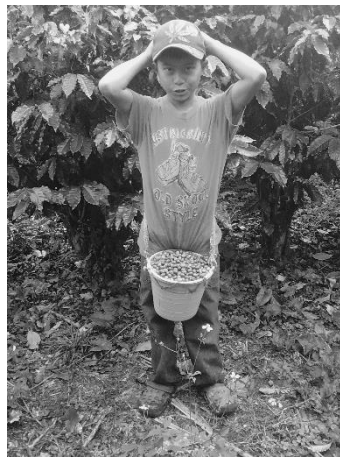
Araña. Fotografía por Mario, 12 años, finca Tlan Makán, diciembre de 2016.



Huellas de armadillo. Fotografía por Jesús, 10 años, finca Tlan Makán, diciembre de 2016.



Árbol con forma de dinosaurio. Fotografía por Mario, 12 años, finca Tlan Makán, diciembre de 2016.



Jesús y su cubeta llena de café. Fotografía por Mario, 12 años, finca Tlan Makán, diciembre de 2016.



Ave en el árbol. Fotografía por Mario, 12 años, finca Tlan Makán, diciembre de 2016.



Hormigas trabajadoras.
Fotografía por Jesús, 10
años, finca Tlan Makán,
diciembre de 2016.



Papá trabajando.
Fotografía por Jesús, 10
años, finca Tlan Makán,
diciembre de 2016.



Flor rompecabezas.
Fotografía por Mario,
12 años, finca Tlan
Makán, diciembre de
2016.



Acomodo de la bolsa de
café. Fotografía por
Jesús, 10 años, finca Tlan
Makán, diciembre de
2016.

Anexo B. Fotografías de las inmediaciones y actividades diversas en la finca Tlan Makán.



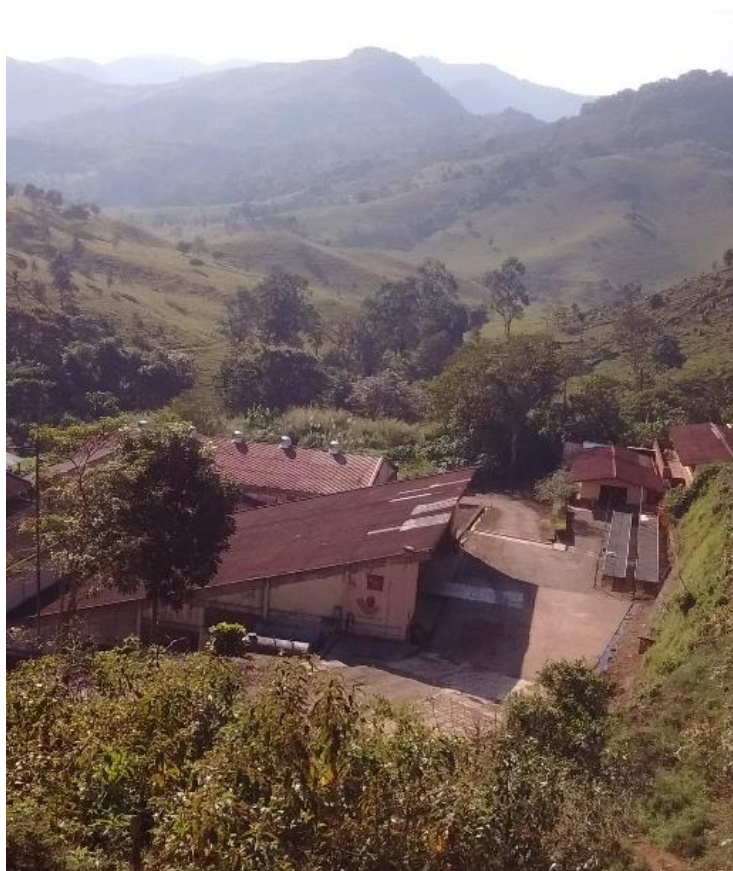
Galeras de la sección B. Fotografía propia, finca Tlan Makán, diciembre de 2015.



Jardín fuera de las galeras de la sección B. Fotografía propia, finca Tlan Makán, diciembre de 2015.



Comedor de la sección B. Fotografía propia, finca Tlan Makán, diciembre de 2015.



Beneficio de café. Fotografía propia, finca Tlan Makán, diciembre de 2015.



Jornaleros agrícolas en plantación de café. Fotografía propia, finca Tlan Makán, julio de 2015.



Secado de café para siembra. Fotografía propia, finca Tlan Makán, enero de 2017.



Niños y niñas recogiendo dulces en la piñata de posada. Fotografía propia, finca Tlan Makán, diciembre de 2015.



Niños y niñas jugando y pescando en la presa. Fotografía propia, finca Tlan Makán, diciembre de 2015.